

Gastón Leroux

El sillón maldito

Capítulo I

La muerte de un héroe

—¡Menudo trago va a pasar!

—Desde luego, pero dicen que es un hombre que no se asusta de nada...

—¿Tiene hijos?

—No, ¡y es viudo!

—¡Tanto mejor!

—Bueno, en cualquier caso hay que confiar en que no morirá... ¡Pero apresurémonos!

Al oír esos fúnebres propósitos, Gaspard Lalouette —un hombre honrado, marchante de cuadros y de antigüedades establecido desde hace diez años en la calle Lafitte, y que ese día se paseaba por el quai Voltaire, examinando los escaparates de los vendedores de grabados antiguos y de chamarilería— alzó la cabeza...

En ese mismo momento lo empujó suavemente en la estrecha acera un grupo de tres jóvenes tocados con la boina de estudiante que acababan de salir de la esquina de la calle Bonaparte y que, sin dejar de hablar, no se molestaron siquiera en disculparse.

Gaspard Lalouette, por temor a involucrarse en un infame altercado, se tragó el mal humor que sintió ante semejante falta de educación, y pensó que los jóvenes iban corriendo a asistir a algún duelo, sin ocultar su temor por el desenlace fatal.

Y volvió a considerar con atención un cofrecillo estampado con flores de lis que supuestamente databa de San Luis y había podido contener el salterio de Blanca de Castilla. Fue entonces cuando una voz, detrás de él, dijo:

—¡Se mire como se mire, es un hombre verdaderamente valiente!

Y otra contestó:

—¡Se dice que ha dado tres veces la vuelta al mundo!... Pero a decir verdad, no me cambiaría con él. ¡Mientras no llegemos tarde!

Lalouette se volvió. Los que pasaban eran dos ancianos, camino del Instituto, apretando el paso.

«¡Pero bueno! —pensó Lalouette—, ¿es que de pronto los ancianos se han vuelto tan locos como los jóvenes? —el Sr. Lalouette tenía unos cuarenta y cinco años, más o menos, la edad en que no se es ni viejo ni joven—. ¡Me da la impresión de que esos dos van a la misma enojosa cita que los estudiantes de antes!». Ocupado en estos pensamientos, Gaspard Lalouette había llegado a la esquina de la calle Mazarine, y tal vez se hubiera internado en esa tortuosa vía de no haberse topado de pronto, cara a cara, con cuatro caballeros a los que, por su levita, sombrero de copa y cartera de tafilete bajo el brazo, se podía reconocer como profesores, y que iban gritando y

gesticulando:

—¡Pero bueno, no me digan que no ha hecho testamento!

—¡En tal caso ha hecho mal!

—Se dice que ha visto a la muerte de cerca más de una vez.

—Cuando sus amigos fueron a disuadirle de su propósito, ¡los echó a la calle!

—Pero es posible que se eche atrás en el último momento...

—¿Le toma usted por un cobarde?

—Miren, ahí está... ¡Ahí está!

Y los cuatro profesores se echaron a correr, cruzando la calle y el muelle, y girando a su derecha hacia el Pont des Arts.

Gaspard Lalouette, sin dudarle un momento, soltó toda la quincalla. Ya no tenía más que una curiosidad: conocer al hombre que iba a arriesgar su vida en unas condiciones y por motivos que aún ignoraba, pero que el azar le había dejado entrever como particularmente heroicas. Atajó por los soportales del Instituto para reunirse con los profesores y enseguida se encontró en esa placita cuyo único monumento lleva en la cabeza un pequeño bonete que se suele llamar cúpula. La plaza estaba rebosante de gente. Los carruajes se apresuraban entre los gritos de los cocheros y los de los vendedores ambulantes. Bajo el arco que conduce al primer patio del Instituto, una ruidosa multitud rodeaba a un personaje a quien parecía costarle horrores zafarse de ese entusiasta asedio. Y ahí estaban los cuatro profesores gritando «¡Bravo!».

Lalouette se quitó el sombrero y, dirigiéndose a uno de esos caballeros, le pidió con gran timidez que tuviera a bien explicarle lo que estaba ocurriendo.

—¡Pues ya lo ve usted!... ¡Es el capitán de navío Maxime d'Aulnay!

—¿Es que va a batirse en duelo? —siguió inquiriendo Lalouette, con la más humilde cortesía.

—¡Claro que no!... ¡Va a pronunciar su discurso de investidura en la Academia Francesa! —contestó, molesto, el profesor.

En estas, Gaspard Lalouette se vio separado de los profesores por un gran tumulto en la muchedumbre. Se trataba de los amigos de Maxime d'Aulnay que, tras haberlo escoltado y abrazado emotivamente, trataban de penetrar en la sala de sesiones públicas. Se armó un gran alboroto, pues sus invitaciones no les sirvieron de nada. Algunos de ellos, que habían tomado la sabia precaución de contratar a alguien que les guardase el sitio, se encontraron con que habían tirado el dinero, pues los que habían venido en nombre de otros se quedaron allí en su propio nombre. La curiosidad, más fuerte que el interés, los mantuvo allí clavados. Sin embargo, estando Lalouette arrinconado entre las pacíficas garras del león de piedra que custodia el umbral de la Inmortalidad, un ordenanza le dijo estas palabras:

—¡Si quiere usted entrar, señor, son veinte francos!

Gaspard Lalouette, aunque fuera marchante de cuadros y de chamarilería, le tenía

un gran respeto a las letras. Él mismo era autor. Había publicado dos obras que eran su mayor orgullo, una sobre las firmas de los pintores célebres y las maneras de reconocer la autenticidad de sus obras, y la otra sobre el arte de enmarcar, a consecuencia de lo cual había sido nombrado oficial de la Academia; pero nunca había entrado en la Academia, y desde luego la idea que hubiera podido hacerse de una sesión pública en la Academia no concordaba en absoluto con todo lo que acababa de oír y ver en el último cuarto de hora. Por ejemplo, jamás hubiera pensado que para pronunciar un discurso de investidura fuera tan útil ser viudo y sin hijos, no tener miedo de nada y haber hecho testamento. Pagó los veinte francos y, tras sufrir mil embates, se encontró más o menos instalado en una tribuna donde todo el mundo estaba de pie mirando a la sala.

Estaba entrando Maxime d'Aulnay.

Llegaba un poco pálido, flanqueado por sus dos padrinos, el Sr. conde de Bray y el profesor Palaiseaux, aún más pálidos que él.

Un largo escalofrío recorrió a la congregación. Las mujeres, que eran numerosas y de nivel, no pudieron contener un gesto de admiración y de piedad. Una vieja dama piadosa se santiguó. En las gradas todos se habían puesto en pie, pues toda esa emoción era infinitamente respetuosa, como al paso de la muerte.

Al llegar a su sitio, el aspirante se había sentado entre los dos guardias del cuerpo; después alzó la cabeza y paseó una mirada firme por sus colegas, la asistencia, la mesa, y también por el rostro alicaído del miembro de la ilustre asamblea encargado de recibirlo.

Por lo común, este último personaje aporta a esta clase de ceremonia una fisonomía feroz, presagio de todas las torturas literarias que ha preparado en la sombra de su discurso. Pero ese día, tenía la cara compasiva del confesor que viene a asistir a un enfermo en sus últimos momentos.

Lalouette, en tanto que examinaba atentamente el espectáculo de toda esa tribu ataviada de hojas de roble bordadas, no perdía palabra de cuanto se decía a su alrededor. Se decía:

—¡Ese pobre Jehan Mortimar era guapo y joven, como él!

—¡Y estaba tan contento de que lo hubieran elegido!

—¿Se acuerdan de cuando se levantó para pronunciar su discurso?

—Parecía que brillase... Rebosaba vida...

—Dirán lo que quieran, pero eso no es una muerte natural.

—No, no es una muerte natural...

Gaspard Lalouette no pudo seguir escuchando sin volverse hacia su vecino para preguntarle de qué muerte estaban hablando, y se dio cuenta de que aquel a quien se estaba dirigiendo no era otro que el profesor que antes ya le habían informado de manera algo huraña. Una vez más, el profesor habló sin pelos en la lengua:

—¿Pero es que no lee usted los periódicos, caballero?

¡Pues no, Lalouette no leía los periódicos! Había para ello un motivo que diremos más adelante y que Lalouette no aireaba a los cuatro vientos. Sólo que, a causa de que no leía los periódicos, el misterio en que se había adentrado al penetrar por veinte francos bajo la bóveda del Instituto se oscurecía más y más a cada momento. Fue por ello por lo que no comprendió nada de la especie de protesta que se alzó cuando una noble dama, a la que todos llamaban la bella Mme. de Bithynie, ocupó el palco que le estaba reservado. Se opinaba en general que tenía una cara muy dura. Pero de nuevo Lalouette no supo por qué.

Aquella dama consideró a la asistencia con una fría arrogancia, dirigió unas breves palabras a los jóvenes que la acompañaban, y clavó sus anteojos en Maxime d'Aulnay.

—¡Le va a traer mala suerte! —exclamó uno.

Y el murmullo general repitió:

—¡Sí, sí, le traerá mala suerte!

Lalouette preguntó:

—¿Por qué le va a traer mala suerte?

Pero nadie le contestó. Lo único de lo que pudo enterarse más o menos con seguridad fue de que el hombre que estaba allí, listo para pronunciar un discurso, se llamaba Maxime d'Aulnay, que era capitán de navío, que había escrito un libro titulado *Viaje alrededor de mi cabina* y que había sido elegido para el sillón que anteriormente ocupó Monseñor d'Abbeville. Y después volvió a empezar el misterio con gritos y gestos alocados. El público en las tribunas se levantaba y gritaba cosas así:

—¡Como el otro!... ¡No la abra!... ¡Ah, la carta!... ¡Como el otro!... ¡Como el otro!... ¡No la lea!...

Lalouette se asomó y vio a un bedel que traía una carta para Maxime d'Aulnay. La aparición de ese bedel con esa carta parecía haber sacado de sus casillas a la congregación.

Sólo los miembros de la mesa se esforzaban por mantener la sangre fría, pero se veía que a Hippolyte Patard, el simpático secretario perpetuo, le temblaban todas las hojas de roble.

En cuanto a Maxime d'Aulnay, se había levantado, había tomado de manos del bedel la carta y la había abierto. Sonreía ante todos los clamores. Y, ya que la sesión no había comenzado aún, pues se esperaba al canciller, la leyó, y sonrió. Entonces en las tribunas todos volvieron a empezar:

—¡Está sonriendo! ¡Está sonriendo!... ¡El otro también sonrió!

Maxime d'Aulnay le pasó la carta a sus padrinos, que desde luego no sonreían. El texto de la carta pasó pronto de boca en boca y mientras hacía la vuelta a la sala de

boca a oreja y de oreja a boca, Lalouette se enteró de lo que contenía la carta:

¡Hay viajes más peligrosos que los que se hacen alrededor de su cabina!

Parecía que ese texto iba a llevar al colmo la emoción que reinaba en la sala, cuando se oyó la voz gélida del presidente anunciando, tras hacer sonar el timbre, que se abría la sesión. Un silencio trágico envolvió inmediatamente a la asistencia.

Pero Maxime d'Aulnay ya estaba en pie, ¡más que valiente, audaz!

Y he aquí que comienza a leer su discurso.

Lo lee con una voz profunda, sonora. Primero da las gracias por todo lo alto a la Compañía que le ha hecho el honor de acogerlo; después, tras una breve alusión a un luto que ha castigado recientemente a la Academia en su propio recinto, habla de Mons. d'Abbeville.

Habla y habla...

Junto a Gaspard Lalouette, el profesor murmura entre dientes esta frase que Lalouette —erróneamente, por lo demás— creyó inspirada en la extensión del discurso: «¡Está durando más que el otro!...». Él habla y parece que la asistencia, a medida que sigue hablando, respira mejor. Se oyen suspiros, las mujeres se sonríen como si volvieran a verse tras un gran peligro...

Sigue hablando y ningún incidente imprevisto lo interrumpe...

Llega al final del elogio a Mons. d'Abbeville, se anima. Se enciende cuando, a propósito de los talentos del eminente prelado, emite algunas ideas generales sobre la sagrada elocuencia. El orador evoca el recuerdo de ciertos sermones sonados que le valieron a Mons. d'Abbeville las iras de los laicos por su falta de respeto por la ciencia humana...

El gesto del nuevo académico toma una envergadura inusitada como para golpear, ¡para fustigar a su vez a esa ciencia, isla de la impiedad y del orgullo!... Y, con un ademán admirable que ciertamente no tiene nada de académico, pero que es por ello si cabe más hermoso, pues se trata desde luego de un marino de la vieja escuela, Maxime d'Aulnay exclama:

—¡Hace seis mil años, caballeros, que la venganza divina encadenó a Prometeo a su monte! ¡Así pues, no soy de los que temen la furia de los hombres! ¡No temo más que la ira de Dios!

Apenas había terminado de pronunciar esas palabras cuando se vio al desgraciado tambalearse, llevarse la mano a la cara con un gesto desesperado, y desplomarse como un fardo.

Un clamor de espanto se alzó bajo la Cúpula. Los académicos se precipitaron, se inclinaron sobre el cuerpo inerte...

¡Maxime d'Aulnay estaba muerto!

Costó dios y ayuda evacuar la sala.

Muerto, como había muerto dos meses antes, en plena sesión de investidura, Jehan Mortimar, el poeta de los Perfumes trágicos, el primer elegido para la sucesión de Mons. d'Abbeville.

Él también había recibido una carta con amenazas, traída al Instituto por un recadero a quien no se halló jamás, una carta en la que leyó: «*En ocasiones los Perfumes son más trágicos de lo que se piensa*»; y también él, unos minutos más tarde, se desmoronó: esto es lo más concreto que finalmente pudo saber Gaspard Lalouette, escuchando ávidamente las frases histéricas que corrían por esa muchedumbre que abarrotaba hacía rato la sala pública del Instituto, y que acababa de ser arrojada a la calle inmersa en un desconcierto inexpresable. Hubiera querido saber más, y al menos conocer la razón por la que, habiendo muerto Jehan Mortimar, se temía tanto el fallecimiento de Maxime d'Aulnay. Sí que oyó hablar de una venganza, pero en términos tan absurdos que no le concedió ninguna importancia. No obstante creyó deber preguntar, para quedarse tranquilo, el nombre de aquel que habría de vengarse en tan novedosas circunstancias; entonces le soltaron tan extraña enumeración de vocablos que pensó que le estaban tomando el pelo. Y como se acercaba la noche, pues era invierno, decidió regresar a casa, atravesando el Pont des Arts, por donde algunos académicos rezagados y sus invitados, profundamente conmocionados por la terrible coincidencia de estas dos siniestras defunciones, corrían a sus casas.

Sin embargo, cuando iba a desaparecer entre las sombras que ya se espesaban en los pasajes de la Place Carrousel, se lo pensó. Detuvo a uno de esos caballeros que bajaban del Pont des Arts y que, con su andar nervioso, parecía aún turbado por el suceso, y le preguntó:

—¡Pero, señor! ¿Se sabe de qué ha muerto?

—Los médicos dicen que ha muerto por rotura de aneurisma.

—¿Y el otro caballero, de qué murió?

—¡Dijeron los médicos que de congestión cerebral!

Entonces una sombra se adelantó entre los dos interlocutores y dijo:

—¡Todo eso son bobadas!... ¡Los dos han muerto porque han querido sentarse en el Sillón Maldito!

Lalouette trató de retener a esa sombra agarrando la sombra de su chaqueta, pero ya había desaparecido.

Regresó a casa, pensativo...

Capítulo II

Una sesión en la sala del Diccionario

Al día siguiente de aquel día nefasto, el Sr. secretario perpetuo Hippolyte Patard penetró en la bóveda del Instituto cuando estaba dando la una. El conserje estaba en el umbral de su garita. Le tendió el correo al secretario perpetuo y le dijo:

—Viene usted muy pronto hoy, señor secretario perpetuo, aún no ha llegado nadie.

Hippolyte Patard cogió de manos del conserje su correo, que era bastante voluminoso, y se dispuso a continuar su camino sin mediar palabra con aquel buen hombre.

Este se quedó asombrado.

—El señor secretario perpetuo tiene aspecto de estar realmente preocupado. ¡Por lo demás, todo el mundo está conmocionado aquí después de semejante historia!

Pero el conserje ni siquiera se volvió, y el conserje cometió el error de añadir:

—¿Ha leído esta mañana el señor secretario perpetuo el artículo del L'Époque sobre el sillón maldito?

Hippolyte Patard tenía la particularidad de ser tan pronto un ancianito fresco y rosado, amable y sonriente, acogedor, benevolente, encantador, a quien todo el mundo en la Academia llamaba «mi buen amigo», evidentemente con excepción del servicio —aunque les colmaba de atenciones, preguntándoles por su salud—; y tan pronto, Hippolyte Patard era un ancianito completamente seco, amarillo como un limón, nervioso, enojoso, bilioso. Sus mejores amigos llamaban entonces a Hippolyte Patard «señor secretario perpetuo», en toda su extensión; el servicio tampoco las tenía todas consigo. Hippolyte Patard amaba tanto la Academia que se había desdoblado así para servirla, amarla y defenderla. Los días fastuosos, que eran los de los grandes triunfos académicos, las hermosas solemnidades, los premios a la virtud, los señalaba con el Patard rosado, y los días nefastos, que eran aquellos en que algún deleznable plumífero había osado faltar al respeto a la divina institución, los señalaba con el Patard amarillo.

Era evidente que el conserje no se había fijado, ese día, a qué color de Patard había de enfrentarse, pues se hubiera ahorrado la réplica mordaz del secretario perpetuo. Al oír hablar del Sillón Maldito, Patard se paró en seco.

—¡Ocúpese usted de sus asuntos! —le espetó—; ¡no sé si hay un sillón maldito, pero lo que sí sé es que hay un palco que no se vacía de periodistas! ¡A buen entendedor pocas palabras bastan!

Y dio media vuelta dejando al conserje fulminado.

¡Que si el Sr. secretario perpetuo había leído el artículo sobre el Sillón Maldito! ¡Pero si ya no leía más que ese artículo en los periódicos, desde hacía semanas! ¡Y tras la muerte fulminante de Maxime d'Aulnay, que había seguido tan de cerca a la muerte no menos fulminante de Jehan Mortimar, no era probable que la prensa perdiera en mucho tiempo el interés por un tema tan apasionante!

Y sin embargo, ¿qué persona sensata (Hippolyte Patard se detuvo para preguntárselo de nuevo), qué persona sensata hubiera osado ver en esas dos defunciones otra cosa que no fuera una coincidencia infinitamente lamentable? Jehan Mortimar había muerto de congestión cerebral, era una cosa de lo más natural. Y Maxime d'Aulnay, impresionado por el trágico fin de su predecesor, así como por la solemnidad de la ceremonia, y por último por los enojosos pronósticos con los que algunos malvados diablillos de letras habían rodeado su elección, había muerto por rotura de aneurisma. Y eso tampoco dejaba de ser algo de lo más natural.

Hippolyte Patard, que estaba atravesando el primer patio del Instituto y girando a la izquierda, hacia la escalera que conduce a la secretaría, golpeó el adoquinado desigual y musgoso con la punta de hierro de su paraguas.

«¿Pero es que hay algo más natural —se dijo— que la rotura de un aneurisma? Es algo que le puede pasar a todo el mundo, morirse por rotura de aneurisma, ¡incluso leyendo un discurso en la Academia Francesa!». Y añadió: «¡Basta con que se sea académico!». Al decir esto, se detuvo pensativo en el primer escalón de la escalera. Aunque se lo prohibiera a sí mismo, el secretario perpetuo era bastante supersticioso. Esa idea de que, con todo lo Inmortal que se sea, se puede uno morir de rotura de aneurisma, lo incitó a tocar furtivamente con la mano derecha el mango de madera de su paraguas, que sostenía con la izquierda. Todo el mundo sabe que la madera protege contra la mala suerte. Y reemprendió su marcha ascendente. Pasó ante la secretaría sin detenerse, continuó subiendo, se paró en el segundo piso y dijo en voz alta:

—¡Si no fuera por esa historia de las dos cartas! ¡Pero todos esos imbéciles se han dejado embaucar!, ¡esas dos cartas firmadas con las iniciales E. D. S. E. D. T. D. L. N., todas las iniciales de ese cuentista de Eliphaz! Y el secretario perpetuo se puso a pronunciar en voz alta en la solemnidad sonora de la escalera el aborrecido nombre de aquel que, mediante algún sortilegio criminal, parecía haber desencadenado la fatalidad sobre la ilustre y apacible Compañía: ¡Eliphaz de Saint-Elme de Taillebourg de La Nox!

¡Con semejante nombre, haber osado presentarse para la Academia Francesa!... ¡Haber esperado, él, ese mercachifle de desgracias, que se hace pasar por mago, que se hace llamar «Sâr» y que ha publicado un volumen absolutamente grotesco sobre la Cirugía del alma, haber esperado el honor inmortal de sentarse en el sillón de Mons. d'Abbeville!...

¡Quién, un mago!, ¡como quien dice un brujo, que asegura conocer el pasado y el futuro, y todos los secretos que pueden hacer del hombre el dueño del universo! ¡Un alquimista, vaya!, ¡un adivino!, ¡un astrólogo!, ¡un encantador!, ¡un nigromante!

¡Y «eso» había querido ser de la Academia!

Hippolyte Patard se quedaba sin aliento.

Fuera como fuese, desde que le dieron a ese mago las calabazas que se merecía, ¡dos desgraciados que habían sido elegidos para el sillón de Mons. d'Abbeville habían muerto!...

¡Ja!, ¡que si el secretario general lo había leído, el artículo sobre el Sillón Maldito! Pero si hasta lo había vuelto a leer esa misma mañana, en los periódicos, y lo iba a leer de nuevo ahora mismo, en el diario L'Époque. Y efectivamente, desplegó la gaceta con una energía bárbara para su edad: ocupaba dos columnas, en primera página, y repetía todas las sandeces que ya habían machacado una y otra vez las orejas de Hippolyte Patard, pues en verdad ya no podía entrar en ningún salón o biblioteca sin oír inmediatamente: «¿Y bien, qué hay del Sillón Maldito?». L'Époque, en relación con la formidable coincidencia de esas dos muertes excepcionalmente académicas, se había creído en el deber de referir en toda su extensión la leyenda que se había formado a propósito del sillón de Mons. d'Abbeville. ¡En algunos círculos parisinos, en los que se interesaban mucho en las cosas que ocurrían al final del Pont des Arts, la gente estaba persuadida de que ese sillón estaba ahora maldito por el espíritu de venganza del sâr Eliphas de Saint-Elme de Taillebourg de La Nox! Y como, después de su fracaso, ese Eliphas había desaparecido, L'Époque no podía evitar lamentar que, precisamente antes de desaparecer, este hubiera pronunciado expresiones amenazantes a las que infaustamente siguieron tan lamentables decesos súbitos. Al salir por última vez del club de los «Pneumáticos» (llamado así por pneuma, alma), que él había fundado en el salón de la bella Mme. de Bithynie, Eliphas había dicho textualmente, refiriéndose al sillón del eminente prelado: «¡Desgraciados aquellos que pretendan sentarse antes que yo!». A fin de cuentas, L'Époque no parecía estar nada tranquila. Decía, en relación con las cartas que los dos difuntos habían recibido inmediatamente antes de su muerte, que la Academia podía estar enfrentándose a un cuentista, pero también podía estar enfrentándose a un loco.

El periódico quería que se encontrase a Eliphas, y poco faltaba para que reclamase la autopsia de los cuerpos de Jehan Mortimar y del Sr. d'Aulnay.

El artículo no estaba firmado, pero Hippolyte Patard le deseó las gemonías al anónimo autor, tras tacharlo directamente de idiota, tras lo cual, habiendo empujado la hoja de una puerta, atravesó una primera sala toda repleta de columnas, pilastras y bustos, monumentos de escultura funeraria dedicados a la memoria de los académicos difuntos, a quienes saludó al pasar, y una segunda sala para llegar a una tercera llena

de mesas cubiertas con tapetes de un verde uniforme y rodeadas de sillones ordenados simétricamente. Al fondo, sobre un gran paño, destacaba el retrato de cuerpo entero del cardenal Armand Jean du Plessis, duque de Richelieu.

El Sr. secretario perpetuo acababa de entrar en la sala del Diccionario.

Aún estaba desierta.

Volvió a cerrar la puerta tras de sí, fue a su sitio habitual, dejó allí su correo y, en un rincón que podía vigilar fácilmente, depositó su paraguas, del que no se separaba jamás y al que cuidaba celosamente, como un objeto sagrado.

Después se quitó el sombrero, lo reemplazó por un pequeño birrete de terciopelo negro bordado y, a pasitos de gato, comenzó la ronda de las mesas que formaban remetidos entre unas y otras, donde se hallaban los sillones. Había algunos célebres.

Cuando pasaba junto a esos, el secretario perpetuo recreaba su mirada apesadumbrada, asentía con la cabeza y murmuraba nombres ilustres. Así llegó ante el retrato del cardenal Richelieu. Se quitó el birrete.

—¡Buenos días, gran hombre! —dijo.

Y se detuvo, le dio la espalda al gran hombre y contempló, justo delante de él, un sillón.

Era un sillón como todos los demás que había allí, con sus cuatro patas y su respaldo cuadrado, ni más ni menos, pero se trataba del sillón en el que acostumbraba a asistir a las sesiones Mons. d'Abbeville, y nadie se había sentado en él desde la muerte del prelado.

Ni siquiera ese pobre Jehan Mortimar, ni siquiera ese pobre Maxime d'Aulnay, que nunca tuvieron la ocasión de franquear el umbral de la sala de sesiones privadas, la sala del Diccionario, como se la suele llamar. Y en el reino de los Inmortales, esa es en realidad la única sala que cuenta, pues es ahí donde están los cuarenta sillones, escaños de la Inmortalidad.

Así pues, el secretario perpetuo estaba contemplando el sillón de Mons. d'Abbeville. Y dijo en voz alta:

—¡El sillón maldito!

Se encogió de hombros. Y pronunció la fatal frase, a modo de burla:

—¡Desgraciados aquellos que pretendan sentarse antes que yo!

Repentinamente, se acercó al sillón hasta rozarlo.

—¡Pues bien, yo —exclamó golpeándose el pecho—, yo, Hippolyte Patard, me río de la mala suerte y del Sr. Eliphaz de Saint-Elme de Taillebourg de La Nox, yo me voy a sentar sobre ti, sillón maldito!

Y volviéndose, se dispuso a sentarse...

Pero estando a medio encorvar, detuvo el gesto, se incorporó y dijo:

—¡Pues no me sentaré, pardiez! ¡Es demasiado estúpido!... No se debe acordar importancia alguna a semejantes tonterías.

Y el secretario perpetuo regresó a su sitio tras haber rozado con un dedo furtivo, al pasar, el mago de madera de su paraguas.

En estas se abrió la puerta y entró el Sr. canciller, trayendo consigo al Sr. director. El canciller era un canciller cualquiera, como todos los que se eligen cada tres meses, pero el director de la Academia de ese trimestre era el gran Loustalot, uno de los principales sabios del mundo. Se dejaba guiar por el brazo como un ciego. No es que no viera bien, pero tenía tan ilustres distracciones que en la Academia se había decidido no dejarlo solo ni un momento. Vivía en las afueras. Cuando salía de su casa para venir a París, un zagal de unos diez años lo acompañaba y venía a traerlo hasta la garita del conserje del Instituto. Desde ahí se encargaba de él el canciller. Por lo común el gran Loustalot no se enteraba de nada de lo que ocurría a su alrededor, y todo el mundo se cuidaba de dejarlo en sus sublimes cavilaciones de las que podía surgir algún nuevo descubrimiento destinado a transformar las condiciones de vida de la humanidad. Pero ese día, las circunstancias eran tan graves que el secretario perpetuo no dudó en recordárselas, o quizás en hacérselas saber. El gran Loustalot no había asistido a la sesión de la víspera; le habían mandado a buscar con urgencia a su casa, y lo más probable era que fuese, a esas horas, la única persona del mundo civilizado que ignorase aún que Maxime d'Aulnay había sufrido el mismo sino cruel que Jehan Mortimar, el autor de tan Trágico perfume.

—¡Oh, señor director, qué catástrofe! —exclamó Hippolyte Patard alzando las manos al cielo.

—¿Pero qué ocurre, querido amigo? —se dignó a preguntar con gran candidez el gran Loustalot.

—¡Cómo!, ¡no lo sabe! ¿El Sr. canciller no le ha dicho nada? ¡Así pues a mí me corresponde anunciarle tan nefasta noticia! ¡Maxime d'Aulnay ha muerto!

—¡Dios lo tenga en su gloria! —soltó el gran Loustalot, que no había perdido nada de la fe de su infancia.

—Muerto como Jehan Mortimar, ¡muerto en la Academia pronunciando su discurso!...

—¡Tanto mejor! —declaró el sabio, con total seriedad—. ¡Es una muerte realmente hermosa!

Y se frotó las manos, inocentemente. Después añadió:

—¿Por eso es por lo que me han molestado?

El secretario perpetuo y el canciller se miraron, consternados, y después se dieron cuenta, por la mirada vaga del gran Loustalot, de que el ilustre sabio ya estaba pensando en otras cosas; no insistieron y lo condujeron a su sitio. Le ayudaron a sentarse y le dieron papel, una pluma y un tintero, con aire de decirse: «Bueno, ahora se quedará tranquilo». Luego, retirándose al vano de una ventana, el secretario perpetuo y el canciller, lanzando con satisfacción una mirada al patio desierto, se

felicitaron por la estratagema que habían empleado para deshacerse de los periodistas. Habían mandado anunciar oficialmente, la noche anterior, que tras haber resuelto asistir en pleno a las obsequias de Maxime d'Aulnay, la Academia no se reuniría hasta quince días más tarde para elegir al sucesor de Mons. d'Abbeville, ya que se seguía hablando del sillón de Mons. d'Abbeville como si dos votaciones sucesivas no le hubieran adjudicado dos nuevos titulares.

Pero habían engañado a la prensa. Era el propio día siguiente a la muerte de Maxime d'Aulnay, y por consiguiente el día en que acabamos de acompañar a Hippolyte Patard a la sala del Diccionario, cuando tendría lugar la elección. El secretario perpetuo se había ocupado de advertir personalmente a cada uno de los académicos, y esa sesión, tan excepcional como privada, iba a abrirse en media hora.

El canciller le dijo al oído a Hippolyte Patard:

—¿Y Martin Latouche? ¿Tiene usted noticias suyas?

Mientras decía esto, el canciller consideraba al secretario perpetuo con una emoción que en modo alguno trataba de disimular.

—No sé nada —contestó evasivamente el Sr. Patard.

—¡Cómo!... ¿Que no sabe nada?

El secretario perpetuo señaló su correo, intacto.

—¡Aún no he abierto mi correo!

—¡Pero ábralo ya, desgraciado!

—¡Tiene usted mucha prisa, señor canciller! —dijo Patard con cierta vacilación.

—¡Patard, no le entiendo!

—¡Tiene usted mucha prisa en enterarse de que tal vez Martin Latouche, el único que había osado mantener su candidatura junto con Maxime d'Aulnay, por lo demás a sabiendas, en aquel momento, de que no sería elegido... tiene usted mucha prisa, digo, señor canciller, por enterarse de que Martin Latouche, el único que nos queda, renuncia ahora a la sucesión de Mons. d'Abbeville!

El canciller abrió los ojos extraviados, pero estrechó las manos del secretario perpetuo:

—¡Oh, Patard!, ya le entiendo...

—¡Tanto mejor, señor canciller! ¡Tanto mejor!

—Entonces... no abrirá usted su correo... hasta después de...

—Usted lo ha dicho, señor canciller; ¡ya tendremos tiempo, cuando haya sido elegido, de enterarnos de que Martin Latouche no se presenta! ¡Ay, es que no son numerosos, los candidatos al Sillón Maldito!

No más había pronunciado estas dos últimas palabras, el secretario sintió un escalofrío. Lo había dicho, él, el secretario perpetuo, lo había dicho con normalidad, como algo natural: «¡el Sillón Maldito!»... Entre los dos hombres se produjo un silencio. Fuera, en el patio, comenzaban a formarse algunos grupos de gente, pero,

ensimismados como estaban, ni el secretario perpetuo ni el canciller repararon en ello. El secretario perpetuo soltó un suspiro. El canciller frunció el entrecejo y dijo:

—¡Figúrese! ¡Qué vergüenza si la Academia ya no tuviera más que treinta y nueve sillones!

—¡Me moriría! —dijo simplemente Hippolyte Patard.

Y lo hubiera hecho tal y como lo decía.

Entre tanto, el gran Loustalot se embadurnaba tranquilamente la nariz con tinta negra que había sacado de su tintero con el dedo, creyendo estar introduciéndolo en su tabaquera.

De golpe, la puerta se abrió con gran estruendo: Barbentane entró, Barbentane, el autor de la *Historia de la casa de Condé*, el anciano realista.

—¿Saben cómo se llama? —profirió.

—¿Quién? —preguntó el secretario perpetuo que, en el lamentable estado de ánimo en que se hallaba, temía a cada momento toparse con otra desgracia.

—¡Pues él! ¡Nuestro Eliphas!

—¡Cómo que nuestro Eliphas!

—¡Bueno, el de ellos!... ¡Pues bien!, ¡el Sr. Eliphas de Saint Elme de Taillebourg de La Nox se llama Borigo, como todo el mundo! ¡Un Borigo cualquiera!

Otros académicos acababan de entrar; todos parloteaban con la mayor animación.

—¡Sí, sí! —repetían—, ¡señor Borigo! ¡A la bella Mme. de Bithynie le leía la buenaventura el Señor Borigo! ¡Lo están diciendo los periodistas!

—¡Así que los periodistas están aquí! —exclamó el secretario perpetuo.

—¿Cómo?, ¿que si están aquí? Pero si el patio está abarrotado. Saben que nos reunimos, y suponen que Martin Latouche ya no se presenta.

Patard palideció. En un susurro, se atrevió a decir:

—No he recibido ninguna comunicación al respecto...

Todos lo interrogaban, ansiosos. Él los tranquilizaba sin convicción.

—Se trata de otra invención de los periodistas. Conozco a Martin Latouche... Martin Latouche no es un hombre que se deje intimidar... Además, vamos a proceder a su elección inmediatamente.

Lo interrumpió la llegada impetuosa de uno de los dos padrinos de Maxime d'Aulnay, el conde de Bray.

—¿Saben lo que vendía, ese Borigo? —preguntó—: ¡Vendía aceite de oliva!... Y como nació al borde de la Provenza, en el valle del Careï, al principio se hacía llamar Jean Borigo du Careï...

En ese momento la puerta se abrió de nuevo y entró Raymond de la Beyssière, el viejo egiptólogo que había escrito pirámides de volúmenes sobre la primera pirámide propiamente.

—¡Fue con ese nombre, Jean Borigo du Careï, con el que yo lo conocí! —dijo

simplemente.

Un silencio gélido rodeó la entrada de Raymond de la Beyssière. Aquel hombre era el único que había votado a favor de Eliphas. ¡La Academia debía a aquel hombre la vergüenza de haber acordado un voto a la candidatura de alguien como Eliphas! Pero Raymond de la Beyssière era un viejo amigo de Mme. de Bithynie. El secretario perpetuo fue hacia él.

—Querido colega —dijo—, ¿podríamos saber si en esa época el Sr. Borigo vendía aceite de oliva, o pieles de niños, o dientes de lobo, o grasa de ahorcado?

Hubo risas. Raymond de la Beyssière hizo como que no las oía y contestó:

—¡No! ¡En esa época, en Egipto, era secretario de Manette-bey, el ilustre continuador de Champollion, y descifraba los textos misteriosos que están grabados desde hace milenios en Saqqarah, bajo las paredes funerarias de las pirámides de los reyes de la dinastías quinta y sexta, y buscaba el secreto de Toth!

Tras decir esto, el viejo egiptólogo se dirigió a su sitio, pero su sillón lo ocupaba otro colega que no había prestado atención. Hippolyte Patard, que seguía al Sr. de la Beyssière con una mirada pérfida, por encima de sus gafas, le espetó:

—¿Y bien, querido colega? ¿No se sienta usted? ¡El sillón de Monseñor d'Abbeville le está tendiendo los brazos!

El Sr. de la Beyssière contestó en un tono que hizo volverse a varios Inmortales.

—¡No! ¡No me sentaré en el sillón de Monseñor d'Abbeville!

—¿Y por qué? —le preguntó con una risilla desagradable el secretario perpetuo—. ¿Por qué no iba a sentarse en el sillón de Monseñor d'Abbeville? ¿No será que, por casualidad, se toma usted también en serio todas las pamplinas que se cuentan sobre el Sillón Maldito?

—¡No me tomo en serio ninguna pamplina, señor secretario perpetuo, pero no me sentaré porque no me apetece, así de simple!

El colega que había ocupado el sitio de Raymond de la Beyssière se lo cedió inmediatamente y le preguntó —con la mayor cortesía y esta vez sin ninguna clase de guasa— si creía, él, Raymond de la Beyssière, que había vivido mucho tiempo en Egipto y que por sus estudios había podido remontarse tanto como cualquier otro hasta los orígenes de la cábala, si creía en la mala suerte.

—¡Yo me cuidaría mucho de negarla! —dijo.

Esa declaración hizo aguzar el oído a todos, y como aún faltaba un cuarto de hora para que se procediera al escrutinio, motivo de la reunión, ese día, de tantos Inmortales, se rogó al Sr. de la Beyssière que tuviera a bien explicarse.

El académico percibió, echando un vistazo alrededor, que nadie sonreía, y que Patard había perdido su aire burlón.

Entonces, con voz grave dijo:

«Nos hallamos ante el misterio. Todo cuanto nos rodea y que no podemos ver

pertenece al misterio, y la ciencia moderna, que ha desentrañado lo visible mejor que la antigua, está muy retrasada respecto a la ciencia antigua en lo tocante a lo invisible. Aquel que haya descubierto la ciencia antigua ha podido descubrir lo que no se ve».

«No se ve la “mala suerte”, pero existe. ¿Quién negaría la estrella o la mala sombra? Una y otra se aferran a las personas, a las empresas o a las cosas con notorio ahínco. Hoy en día se habla de la estrella o de la mala sombra como de una fatalidad contra la cual no hay nada que hacer».

«La ciencia antigua había medido, al cabo de centenares de siglos de estudio, esa fuerza secreta, y es posible —digo que es posible— que aquel que se hubiera remontado hasta el origen de esa ciencia hubiera aprendido de ella a dirigir esa suerte, es decir a echar buena o mala suerte. Por supuesto».

Hubo un silencio. Todos callaban ahora observando el Sillón.

Al cabo de unos instantes, el canciller dijo:

—¿Y el Sr. Eliphas de La Nox ha descubierto verdaderamente lo que no se ve?

—Así lo creo —contestó rotundamente Raymond de la Beyssièrè—; de otro modo no hubiera votado por él. Era su ciencia auténtica de la cábala lo que lo hacía digno de formar parte de nosotros. La cábala —añadió—, que parece querer renacer hoy en día con el nombre de Pneumatología, es la más antigua de las ciencias y tan respetable como las demás. Sólo los tontos se reirían de ello.

Y Raymond de la Beyssièrè volvió a mirar a su alrededor. Pero ya nadie se reía.

La sala se había llenado poco a poco. Alguien preguntó:

—¿Y qué es el secreto de Toth?

—Toth —contestó el sabio— fue el inventor de la magia egipcia, y su secreto es el de la vida y la muerte.

Se oyó la voz de flauta del secretario perpetuo:

—¡Con semejante secreto, debe resultar muy humillante no ser elegido para la Academia Francesa!

—Señor secretario perpetuo —declaró con solemnidad Raymond de la Beyssièrè—, si el Sr. Borigo o Eliphas, llámelo como quiera, no tiene importancia, si ese hombre ha encontrado, como dice, el secreto de Toth, entonces es más fuerte que usted y que yo, le ruego que lo crea; si yo hubiera tenido la desgracia de tenerlo como enemigo, ¡preferiría encontrarme en mi camino a un atajo de bandidos armados por la noche que a ese hombre, con las manos vacías, en plena luz del día!...

El viejo egiptólogo había pronunciado esas últimas palabras con tal fuerza y convicción, que no dejaron de causar sensación.

Pero el secretario perpetuo comentó con una risilla seca:

—¡Quizás sea Toth el que le ha enseñado a pasearse por los salones de París con una traje fosforescente!... ¡Según parece presidía las reuniones pneumáticas en casa de la bella Mme. de Bithynie con un traje que desprendía luz!

—Todo el mundo —contestó tranquilamente Raymond de la Beyssière—, todo el mundo tiene sus pequeñas manías.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó imprudentemente el secretario perpetuo.

—¡Nada! —replicó enigmáticamente el Sr. de la Beyssière—; únicamente permítame, mi querido secretario perpetuo, que me sorprenda el hecho de que aquel que se mete con un mago tan serio como el Sr. Borigo du Careï sea precisamente el más fetichista de todos nosotros.

—¡Fetichista, yo! —chilló Hippolyte Patard, acercándose a su colega con la boca abierta y los dientes fuera, como si hubiera decidido zamparse de un solo bocado toda la egiptología—. ¿De dónde ha sacado usted, caballero, que yo soy un fetichista?

—¡Viéndole tocar madera cuando cree que nadie le mira!

—¡Yo, tocar madera! ¿Me ha visto usted, a mí, tocar madera?

—¡Más de veinte veces al día!...

—¡Está usted mintiendo, señor!

Inmediatamente los demás se interpusieron. Se oyeron frases como «¡Vamos, vamos, caballeros!», o «¡Señor secretario perpetuo, cálmese!», o «Señor de la Beyssière, ¡esta discusión es indigna de usted y de este recinto!». Y toda la ilustre asamblea estaba en un estado febril inaudito para los Inmortales; sólo el gran Loustalot parecía no ver ni oír nada, y en ese momento se dedicaba a mojar con gran convicción la pluma en su tabaquera.

Hippolyte Patard se erguía de puntillas, poniendo el grito en el cielo y fulminando con sus ojillos al viejo Raymond:

—¡Ya nos está poniendo negros, ese, con su Eliphaz de San Memo de Tallapún de la Nuez del Borrico de Careï!...

Raymond de la Beyssière, ante una chocarrería tan maliciosa y tan fuera de lugar en boca de un secretario perpetuo, conservó completamente la sangre fría.

—Señor secretario perpetuo —dijo—, no he mentado en toda mi vida, y no voy a empezar a mi edad. ¡Ayer mismo antes de la sesión oficial lo vi acariciar el mango de su paraguas!...

Hippolyte Patard pegó un salto y costó dios y ayuda impedir que pasase a las manos sobre la persona del viejo egiptólogo. Vociferaba:

—¡Mi paraguas! ¡Mi paraguas!... ¡Para empezar, le prohíbo hablar de mi paraguas!

Pero el Sr. de la Beyssière lo hizo callar mostrándole, con un gesto trágico, el Sillón Maldito:

—Ya que no es usted fetichista, ¡siéntese ahí, si se atreve!...

La alborotada congregación se quedó de golpe inmovilizada. Ahora todos los ojos iban del sillón a Hippolyte Patard, y de Hippolyte Patard al sillón.

Hippolyte Patard declaró:

—¡Me sentaré si me da la gana! ¡No tengo porqué recibir órdenes de nadie!... ¡Y en cuanto a ustedes, caballeros, permítanme recordarles que pasan ya cinco minutos de la hora de abrir el escrutinio!

Y regresó a su sitio, habiendo recobrado de pronto la mayor dignidad.

No obstante no pudo alcanzar su pupitre sin que lo acompañasen algunas sonrisillas. Al verlas, y mientras cada uno tomaba asiento para la sesión que iba a comenzar, quedando vacío el Sillón Maldito, dijo con su airecillo afilado, el del Patard amarillo:

—El reglamento no dice nada en contra de que el colega que lo desee se siente en el sillón de Mons. d'Abbeville.

Nadie se movió. Uno de los caballeros, que era muy agudo, tranquilizó la conciencia de todo el mundo con esta explicación:

—Será mejor no sentarse ahí, por respeto a la memoria de Mons. d'Abbeville.

En la primera vuelta el único candidato, Martin Latouche, fue elegido por unanimidad. Entonces Hippolyte Patard abrió su correo. Tuvo la alegría, que le consoló mucho, de no hallar noticias de Martin Latouche.

Servilmente, recibió de la Academia la misión excepcional de ir en persona a anunciarle el feliz acontecimiento a Martin Latouche.

Nunca se había visto tal cosa.

—¿Qué le va a decir usted? —interrogó el canciller a Hippolyte Patard.

El secretario perpetuo, que tenía la mente un poco embrollada a consecuencia de todas esas ridículas historias, respondió vagamente:

—¿Pues qué quiere que le diga?... Le diré: «¡Valor, amigo mío!».

Y fue así como esa noche, al dar las diez, una sombra que parecía tomar todas las precauciones para no ser vista se deslizaba por las aceras desiertas de la vieja Place Dauphine y se detenía ante una casita baja, cuyo aldabón hizo sonar bastante lúgubrememente en aquella soledad.

Capítulo III

La caja que anda

Hippolyte Patard no salía nunca después de cenar. No sabía lo que era pasear de noche por las calles de París. Había oído decir, y había leído en los periódicos, que era muy peligroso. Cuando soñaba con París por la noche veía calles sombrías y tortuosas alumbradas aquí y allá por algún farol y atravesadas por sombras horrendas que perseguían a los burgueses, como en tiempos de Luis XV. Y como el secretario perpetuo seguía viviendo en el humilde Carrefour Buci, en un pequeño apartamento del que ningún triunfo literario ni situación académica habían logrado arrancarle, esa noche en que se dirigía a la silenciosa Place Dauphine atravesando las antiguas y estrechas callejuelas, los muelles desiertos y el inquietante Pont Neuf, Hippolyte Patard no halló diferencia alguna entre su imaginación y la lúgubre realidad.

De modo que estaba asustado.

Tenía miedo de los ladrones...

Y sobre todo... de los periodistas.

Se echaba a temblar ante la idea de que algún reportero lo sorprendiese a él, el señor secretario perpetuo, haciendo gestiones con nocturnidad en casa del nuevo académico, Martin Latouche.

Pero había preferido, para tan excepcional cometido, la propicia oscuridad a la claridad del día. Además, a decir verdad, esa noche Hippolyte Patard se tomaba la molestia no tanto para anunciar oficialmente —en contra de toda costumbre— a Martin Latouche que había sido elegido (acontecimiento que por lo demás él ya no debía ignorar), como para saber de boca del propio Martin Latouche si era cierto que había declarado que no se había «vuelto a presentar» y que rechazaba el sillón de Mons. d'Abbeville.

Pues era eso lo que decían los periódicos de la tarde.

Y si era cierto, la situación de la Academia Francesa sería terrible... y ridícula.

Hippolyte Patard no lo había dudado. Tras leer la espantosa noticia después de cenar, se había puesto su sobretodo y su sombrero y había bajado a la calle...

A la oscura calle...

Y ahora estaba temblando en la Place Dauphine, ante la puerta de Martin Latouche cuyo aldabón había alzado. El aldabón había sonado, pero la puerta no se abría... Y el secretario perpetuo estaba convencido de haber visto a su izquierda, a la trémula luz de una farola, una sombra extraña, chocante, inexplicable.

Ciertamente había visto como una caja que andaba.

Era una caja cuadrada con patitas, que se había desvanecido en la noche, sin

ruido. Por encima de la caja Patard no había visto nada, absolutamente nada. ¡Una caja que anda! ¡De noche! ¡En Place Dauphine! El secretario perpetuo golpeó el aldabón con frenesí.

Casi ni se atrevió a lanzar otra ojeada hacia el lado donde había tenido lugar tan bizarra aparición. En la vetusta puerta de la casa donde vivía Martin Latouche acababa de abrirse e iluminarse una pequeña mirilla. Un haz de luz dio de lleno en el extraviado rostro del señor secretario perpetuo.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —preguntó una voz ruda.

—Soy yo, Hippolyte Patard.

—¿Patard?

—Secretario perpetuo... Academia...

Ante esa palabra, «Academia», la mirilla volvió a cerrarse estruendosamente, y el secretario perpetuo se encontró de nuevo aislado en la silenciosa plaza.

Y de pronto, esta vez a su derecha, volvió a ver pasar la sombra de la caja que anda. Ahora el sudor chorreaba a lo largo de las enjutas mejillas del delegado extraordinario de la ilustre Compañía, pero hay que decir, en honor a Hippolyte Patard, que la emoción ante la que estaba a punto de sucumbir en aquel momento cruel no le venía tanto de la inaudita visión de la caja que anda ni del miedo a los ladrones, sino de la afrenta que la toda Academia Francesa acababa de recibir en la persona de su secretario perpetuo.

La caja, en cuanto apareció, volvió a desaparecer.

A punto de desfallecer, el pobre desgraciado lanzaba vagas miradas a su alrededor.

¡Oh, la plaza viejísima, con sus aceras elevadas, con escaleras, sus fachadas taciturnas, agujereadas de ventanas inmensas cuyos cristales negros y desnudos parecían proteger inútilmente de las corrientes de aire unas vastas salas abandonadas desde hacía incontables años! Los ojos desconsolados de Hippolyte Patard se fijaron por un momento en la bóveda celeste que surcaban densos nubarrones, más allá de los picudos tejados, y después volvieron a bajar a tierra, a tiempo para volver a ver, en el espacio alumbrado por un breve claro de luna que se extendía delante del Palacio de Justicia, a la caja que anda.

Lo que hacía en realidad era correr con toda la fuerza de sus patitas, hacia el Horloge. ¡Y resultaba diabólico!

El pobre hombre tocó desesperadamente, con las dos manos, el mango de madera de su paraguas. Y de pronto se sobresaltó.

Algo acababa de estallar a su espalda... Una voz colérica...

«¡Es otra vez él! ¡Es otra vez él! ¡Ah, buena la paliza que le voy a dar...!».

Hippolyte Patard se pegó a la pared con las piernas flojas, sin fuerzas, incapaz de lanzar un grito. Una especie de bastón, el mango de alguna escoba, daba vueltas por

encima de su cabeza. Cerró los ojos, dispuesto a pasar a mejor vida, ofreciendo su muerte a la Academia.

Y volvió a abrirlos, sorprendido de hallarse aún con vida. El mango de escoba, que seguía balanceándose por encima de un revuelo de faldas, se alejaba, acompañado por un ruido tumultuoso de zuecos retumbando contra la acera.

De modo que esa escoba, esos gritos y esas amenazas no iban dirigidas a él; respiró.

Pero ¿de dónde había salido esta otra aparición? Patard se volvió. Tras él, la puerta estaba entreabierta. La empujó y penetró en un pasillo que lo condujo a un patio donde se concentraba todo el cierzo del invierno.

Estaba en casa de Martin Latouche.

El secretario perpetuo se había informado. Sabía que Martin Latouche era soltero, que lo que más amaba del mundo era la música y que vivía con una vieja ama de llaves que en cambio no la soportaba; que esa ama de llaves era muy tiránica, tenía fama de hacérselas pasar canutas al pobre hombre. Pero sentía por él una devoción que no se podía expresar, y cuando él se portaba bien lo mimaba en cambio como a un niño. Martin Latouche aguantaba esa devoción con la resignación propia de un mártir. También el gran Jean-Jacques pasó por tragos de esa clase, y esto no le impidió escribir *La Nueva Eloisa*. Martin Latouche, a pesar del odio de Babette por la melodía y los instrumentos de viento, había redactado igualmente una Historia de la Música de lo más correcta, en cinco gruesos volúmenes, que había obtenido los mayores premios de la Academia Francesa.

Hippolyte Patard se detuvo en el pasillo, a la entrada del patio, convencido de que acababa de oír y de ver salir a la terrible Babette.

No dudaba de que volvería.

Con tal esperanza se quedó allí sin decir esta boca es mía, sin osar llamar por miedo a despertar tal vez a inquilinos irascibles, y sin aventurarse en el patio por miedo a romperse el cuello.

La paciencia del secretario perpetuo se iba a ver recompensada. Los zuecos resonaron de nuevo y a puerta de entrada se volvió a cerrar ruidosamente. E inmediatamente una forma negra vino a chocar contra el tímido visitante.

—¿Quién hay ahí?

—Soy yo, Hippolyte Patard... Academia, secretario perpetuo... —dijo una voz temblorosa.

—¡Oh, Richelieu!... ¿Qué quiere usted?

—El señor Martin Latouche...

—No está... Pero pase de todas formas, tengo algo que decirle...

E Hippolyte Patard se vio empujado a una habitación cuya puerta se abría en el zaguán. El pobre secretario perpetuo se percató entonces, al resplandor de un quinqué

que ardía en una mesa basta de madera blanca y que alumbraba, contra la pared, toda una batería de cocina, que lo habían hecho entrar en las cocinas.

Había oído un portazo a su espalda.

Y delante de él, veía una tripa enorme cubierta con un delantal de cuadros, y dos puños apoyados en dos caderas tremendas. Uno de ellos sujetaba aún el mango de escoba.

Más arriba, en la oscuridad, una voz, la voz cazallera hacia la que Hippolyte Patard no osaba levantar la mirada, que decía:

—¿Es que quiere matarlo?

Y esto, dicho con acento de Aveyron, pues la Babette era de Rodez, como Martin Latouche. Hippolyte Patard no contestó, pero se estremeció. Y la voz volvió a hablar:

—Diga, señor Perpetuo, ¿es que quiere matarlo?

El señor Perpetuo sacudió enérgicamente la cabeza, en señal de negación.

—No... —acabó por atreverse a decir—. No, señora, no quiero matarlo, pero sí me gustaría mucho verlo.

—Bueno, pues va usted a verlo, señor Perpetuo, porque en el fondo tiene usted una cara de buen hombre que me ha caído bien. Lo va usted a ver porque está aquí... Pero antes, es preciso que le hable... Es por eso que me ha de perdonar, señor Perpetuo, por haber introducido a un hombre como usted en mi cocina.

Y la terrible Babette, que al fin había soltado el mango de escoba, le hizo seña a Hippolyte Patard para que la siguiera al rincón de la ventana donde encontraron una silla para cada uno. Pero antes de sentarse, la Babette fue a esconder el quinqué detrás de la chimenea, de tal modo que el rincón al que había arrastrado al señor Perpetuo se hallaba sumido en una noche opaca. Después regresó y, muy despacio, abrió una de las contraventanas interiores que cerraban la ventana. Entonces quedó a la vista un lado de la ventana, con sus barrotes de hierro; y al colarse a través de esos barrotes un poquito del trémulo resplandor de la farola, abandonada en la acera de enfrente, el rostro de la Babette se iluminó suavemente. El secretario perpetuo la observó y se sintió tranquilo, a pesar de que todas las precauciones que había tomado la vieja sirvienta no hubieran dejado de intrigarlo, e incluso de inquietarlo. Ese rostro, que en algunos momentos debía ser bastante temible de ver, expresaba en aquel sombrío instante una dulzura lastimera que inspiraba confianza.

—Señor Perpetuo —dijo la Babette sentándose frente al académico—, no se sorprenda por mis maneras; le pongo en la oscuridad para vigilar al gaitero. Pero por ahora no se trata de eso... Ahora no quiero decirle más que una cosa (y la voz cazallera se convirtió en sollozo): ¿quiere usted matarlo?

Mientras decía esto, la Babette había tomado en sus manos las manos de Hippolyte Patard, que no las retiró pues empezaba a sentirse profundamente emocionado por ese acento sentido que venía del corazón pasando por Aveyron.

—Escuche —continuó Babette— se lo pregunto, señor Perpetuo, se lo pregunto sinceramente, en conciencia, como se dice donde los jueces, ¿piensa usted que todas esas muertes, es algo natural? ¡Respóndame, señor Perpetuo!

Ante esa pregunta, que no se esperaba, el Sr. Perpetuo se sintió algo alterado. Pero al cabo de un instante, que a Babette le pareció muy solemne, contestó con voz firme:

—En conciencia, sí... creo que esas muertes son naturales...

Hubo otro silencio.

—Señor Perpetuo —dijo la voz grave de Babette—, puede que no lo haya meditado lo bastante.

—Los médicos, señora, han afirmado...

—Los médicos se equivocan a menudo, señor. Se ha visto, no me diga que no... piénselo, señor Perpetuo. Escuche: le voy a decir una cosa. ¡No se muere uno así, de golpe, en el mismo sitio, dos personas, diciendo casi las mismas palabras con unas semanas de distancia, sin que sea algo planeado!

La Babette, con su lenguaje más expresivo que correcto, había resumido admirablemente la situación. El secretario perpetuo se quedó impresionado.

—¿Pues qué piensa usted, entonces?

—Pienso que su Eliphas de La Nox es un brujo malo. Dijo que se vengaría y los ha envenenado. A lo mejor el veneno estaba en la carta, ¿no me cree usted?... ¿O a lo mejor no es eso? Pero, señor Perpetuo, escúcheme bien... ¡Puede ser otra cosa! Le voy a hacer una pregunta: en conciencia, si al hacer el elogio el Sr. Latouche cayese muerto como los otros dos, ¿seguiría usted pensando que es natural?

—¡No, no lo pensaría! —contestó sin dudar Hippolyte Patard.

—¿En conciencia?

—En conciencia.

—Pues señor, ¡yo no quiero que muera!

—¡Pero señora, no va a morir!

—Eso es lo que dijeron del Sr. d'Aulnay, ¡y está muerto!

—Pero eso no es motivo para que el Sr. Latouche...

—¡Es posible! Pero yo, en cualquier caso, le he prohibido presentarse a su Academia.

—¡Pero señora, si ha sido elegido!... ¡Ha sido elegido!

—¡De eso nada, puesto que no se ha presentado! ¡Ah!, eso es lo que le he contado a todos los periodistas que han venido aquí... Y no hay porqué desdecirse.

—¿Cómo que no se ha presentado? Tenemos cartas suyas.

—Ya no cuentan, desde la última que le escribió a usted ayer noche, delante de mí, en cuanto se conoció la muerte de ese tal d'Aulnay. La escribió ahí, delante de mí; no se dirá lo contrario... Y ha debido usted recibirla esta mañana. Me la ha leído.

Decía que ya no se presentaba a la Academia.

—¡Le juro, señora, que no la he recibido! —declaró Hippolyte Patard.

Babette aguardó un momento antes de contestar, y por fin se decidió:

—Le creo, señor Perpetuo.

—En ocasiones el servicio postal no funciona bien —argumentó Patard.

—No —respondió en un suspiro Babette—, no señor Perpetuo... ¡No es eso!, no ha recibido usted la carta porque él no la ha enviado.

Y lanzó otro suspiro.

—¡Tenía tantas ganas de pertenecer a su Academia, señor Perpetuo!

Y Babette lloró.

—¡Oh, le traerá una desgracia!... ¡le traerá una desgracia!

Entre sollozos, seguía diciendo:

—Estoy barruntando algo... malos presentimientos que no engañan... ¿No es cierto, señor Perpetuo, que no sería natural si muriera como los otros? Pues entonces no lo haga todo para que muera como los otros... ¡no le obligue a hacer el elogio!

—Pero... —contestó inmediatamente Hippolyte Patard, cuyos ojos estaban húmedos—, ¡eso es imposible! Es preciso que alguien acabe pronunciando el elogio de monseñor d'Abbeville.

—A mí eso me da igual —replicó Babette—, pero él, ¡ay!, no piensa más que en eso. En hacer el elogio de monseñor d'Abbeville. No tiene ni pizca de maldad. ¡Oh, vaya si los hará, los elogios! No es eso lo que le impedirá pertenecer a su Academia... pero le digo que tengo malos presentimientos...

De pronto Babette había dejado de llorar.

—¡Chitón! —dijo.

Ahora observaba, con aire farruco, la acera de enfrente... El secretario perpetuo siguió su mirada, y entonces distinguió, de lleno bajo la farola, la caja que anda; sólo que ahora la caja tenía no sólo piernas, sino también cabeza, una extraordinaria cabeza peluda y barbuda que apenas sobresalía por encima de la enorme caja...

—Un músico con un órgano de Barbaria —murmuró Hippolyte Patard.

—¡Un gaitero! —corrigió en un susurro la Babette, para quien cualquier músico que tocara en la calle era un gaitero—. ¡Ahí está otra vez, pardiez! Se cree que nos hemos acostado; ¡no se mueva!

Estaba tan alterada que se podían oír los latidos de su corazón. Aún dijo, entre dientes:

—¡Ahora veremos lo que hace!

Enfrente, la caja que anda ya no andaba. Y la cabeza peluda y barbuda, por encima de la caja, miraba inmóvil hacia Patard y la Babette, aunque ciertamente sin verlos. La cabeza estaba tan poblada de pelo que no se podía distinguir ningún rasgo, pero sus ojos eran vivos y penetrantes.

Hippolyte Patard pensó: «Yo he visto esos ojos en alguna parte», cosa que lo inquietó aún más. No obstante, no necesitaba ningún otro acontecimiento para acrecentar su alteración, que aumentaba por sí misma. Era un momento tan extraño, tan incierto, tan misterioso, en el fondo de esa vieja cocina, tras los barrotes de esa oscura ventana, frente a esa buena sirvienta que le había turbado con sus preguntas... (¡En verdad! ¡En verdad! ¡Había contestado que esas dos muertes eran naturales!... ¿Y si el otro, el tercero, moría también? ¡Qué responsabilidad para Hippolyte Patard, y qué remordimientos!). Y el corazón del Sr. Perpetuo latía ahora con tanta fuerza como el de la vieja Babette.

¿Pero qué demontre estaba haciendo a esas horas, en la acera desierta, esa cabeza peluda y barbuda, por encima del órgano de Barbaria? ¿Y por qué había andado la caja tan singularmente, antes, apareciendo y desapareciendo, regresando después de haber sido echada de allí?, (pues era eso sin lugar a dudas lo que había perseguido la vieja Babette con tal ardor, con toda la celeridad de sus zuecos sobre la acera, hasta el final de la noche). ¿Por qué había regresado la caja a esa farola de enfrente, con esa barba impenetrable, esos ojillos que parpadeaban?

«Ahora veremos lo que hace.», había dicho Babette. Pero no hacía nada, nada más que mirar...

—¡Aguarde! —susurró la sirvienta—. ¡Aguarde!

Y con mil precauciones se dirigió a la puerta de la cocina. Era evidente que iba a volver a empezar la caza...

¡Desde luego era muy valiente, a pesar de su miedo!

El secretario perpetuo había perdido de vista por un instante la caja, inmóvil en la acera, para seguir los movimientos de Babette; cuando volvió a mirar hacia la calle, la caja había desaparecido.

—¡Vaya, se ha ido! —dijo.

Babette volvió junto a la ventana. Ella también miró hacia la calle.

—¡Ya no hay nada! —gimió—. ¡Me va a hacer morir de miedo! ¡Como coja esa barba entre mis manos...!

—¿Qué querrá? —preguntó por si acaso el secretario perpetuo.

—¡Hay que preguntárselo, señor Perpetuo! ¡Hay que preguntárselo!... Pero no nos deja acercarnos. Es más huidizo que una sombra... ¡Y, sabe usted, yo soy de Rodez! ¡Y los gaiteros traen mal farío!

—Ah... —dijo el Sr. Perpetuo tocando el mango de su paraguas—. ¿Y por qué?

Babette, persignándose, musitó en voz muy baja:

—La Bancal...

—¿Qué pasa con La Bancal?

—... La Bancal hizo venir a los gaiteros que tocaban en la calle para que no se le oyese asesinar a ese pobre Fualdès... Pero es algo muy conocido, señor Perpetuo.

—Sí, sí, ya sé... efectivamente, el caso Fualdès... Pero no veo la...

—¿Que no lo ve usted? ¿Pero lo está oyendo? ¿Lo está oyendo?

Y Babette, encorvada con un gesto trágico, con la oreja en la baldosa, parecía oír cosas que no llegaban en absoluto hasta Hippolyte Patard, cosa que no impidió que este se levantara presa de una gran agitación.

—Lléveme junto a Martin Latouche, inmediatamente —dijo, esforzándose por mostrar algo de autoridad.

Pero Babette se había vuelto a desplomar en su silla...

—¡Estoy loca! —espetó—. Había creído... Pero esas cosas no son posibles... ¿No ha oído usted nada, señor Perpetuo?

—No, nada en absoluto.

—¡Quiá!... me volveré loca con ese gaitero que no nos deja ni un momento.

—¿Cómo que no les deja ni un momento?

—¡Y cómo! En pleno día, cuando menos se lo espera, se lo encuentra uno en el patio... Yo le echo... Y me lo vuelvo a encontrar en la escalera, en un rincón de la puerta, en cualquier parte... Todo le sirve para ocultar su caja de música. Y de noche, ronda bajo nuestras ventanas.

—En efecto, eso no es normal —comentó el secretario perpetuo.

—¡Pues ya lo ve usted!... No soy yo la que lo dice...

—¿Hace mucho que ronda por aquí?

—Hará unos tres meses.

—¿Tanto tiempo?

—Bueno, a veces se pasa semanas sin aparecer... Mire, la primera vez que lo vi fue el día...

Y Babette se detuvo.

—¿Y bien? —interrogó Patard, impresionado por ese súbito silencio.

La vieja sirvienta murmuró:

—Hay cosas que no puedo decir... pero en cualquier caso, señor Perpetuo, el gaitero llegó en la época en que el Sr. Latouche se presentó a su Academia... Incluso le dije: «No es buena señal». Y justo cuando han muerto los otros. Y cada vez que se vuelve a hablar de su Academia, es entonces cuando vuelve a aparecer... No, no, no, nada de esto es normal. Pero no puedo decirle nada.

Y meneó enérgicamente la cabeza. Patard estaba ahora muy intrigado. Volvió a sentarse. Babette se arrancó de nuevo, como para sí misma:

—Hay veces que lo pienso..., pero me digo que son sólo ideas, sin más... En Rodez cuando se veía, en mi época, un gaitero, la gente se hacía la señal de la cruz y los niños le tiraban piedras, y salía pitando.

Y añadió, pensativa:

—Pero este siempre vuelve.

—Decía usted que no me podía decir nada —insinuó Patard—; ¿se trata de los organilleros?

—¡Oh, los gaiteros no son lo único!...

Pero sacudió la cabeza, como para ahuyentar las ganas que la embargaban de hablar. Cuanto más meneaba la cabeza, más deseaba Patard que la vieja Babette hablase. Y dijo, decidido a causar impresión:

—Después de todo, esas muertes... tal vez no sean tan naturales como se podría pensar. Y si usted sabe algo, señora, será usted más responsable que todos nosotros... de cuanto pueda ocurrir.

La Babette unió sus manos como en oración.

—Lo he jurado por el buen Dios —dijo.

Patard se levantó.

—Lléveme con su señor.

La Babette se sobresaltó.

—Entonces, ¿ya está? —imploró.

—¿El qué? —preguntó con voz algo ruda el secretario perpetuo.

—Le pregunto si ya está; lo han elegido ustedes para su Academia... ya está ahí... ¿y dirá su elogio a su Monseñor d'Abbeville?

—Pues claro, señora.

—¿Y dirá el elogio... delante de todo el mundo?

—Ciertamente.

—¿Como los otros dos?

—Cómo los otros dos. ¡Así debe ser!

Pero a estas alturas la voz del secretario perpetuo ya no era en absoluto ruda... Incluso le temblaba un poco.

—¡Pues bien, son ustedes unos asesinos! —soltó Babette, tranquilamente, persignándose, y prosiguió:

—Pero yo no dejaré que asesinen al Sr. Latouche, le salvaré a su pesar... a pesar de lo que haya jurado. Señor Perpetuo, siéntese... se lo voy a contar todo.

Y se dejó caer de rodillas sobre las baldosas.

—Lo he jurado por mi salvación, y voy a faltar a mi palabra... Pero el buen Dios que puede leer en mi corazón me perdonará. Esto es lo que ocurrió exactamente...

Patard escuchaba ávidamente a la Babette, mirando de reojo, por la contraventana entreabierta, hacia la calle. Vio que el organillero había regresado y que alzaba sus ojos parpadeantes, mirando fijamente hacia un punto por encima de la cabeza de Patard, hacia el primer piso de la casa. Patard se estremeció. De todos modos, mantuvo el suficiente control de sí mismo como para no revelar a la Babette, mediante algún movimiento brusco, lo que estaba ocurriendo en la calle. Y ella no fue interrumpida en su relato.

De rodillas, no podía ver nada; tampoco lo intentaba. Hablaba con dolor, suspirando, y de un tirón, como en confesión, para librarse lo antes posible del peso que cargaba en la conciencia.

—Pues lo que ocurrió fue que dos días después de que no quisieran ustedes a mi señor en su Academia (porque entonces no lo quisieron, y tomaron en su lugar a un tal Sr. Mortimar, como después tomaron al Sr. d’Aulnay), pues bien, una tarde en que yo debía ausentarme pero que sin embargo me quedé en mi cocina, sin que el Sr. Latouche lo supiera, vi llegar a un caballero que encontró él solo la escalera para subir adonde mi señor, y que se encerró con él. No lo había visto nunca. Cinco minutos más tarde, otro caballero a quien tampoco conocía llegó a su vez, y subió como el otro, rápidamente, como si temiera que lo vieran... y le oí llamar a la puerta de la biblioteca, que se abrió inmediatamente, así que ya estaban los tres en la biblioteca: el Sr. Latouche y los dos desconocidos.

Así pasaron una hora, dos horas... La biblioteca está justo encima de la cocina, y lo que más me chocaba es que ni siquiera los sentía andar... No se oía nada de nada. Me intrigaba demasiado, y confieso que soy curiosa. El Sr. Latouche no me había dicho ni una palabra de esas visitas... Así que subí yo también y pegué la oreja a la puerta de la biblioteca. No se oía nada... Por Dios, llamé y no me contestaron... Abrí la puerta, y allí no había nadie. Como aparte de la puerta de entrada sólo hay otra, la del despachito que da a la biblioteca, me fui para esa puerta; pero mientras me acercaba, era eso lo que me sorprendía, más que otra cosa: porque yo nunca, nunca he entrado en el despachito del Sr. Latouche. Y mi señor no ha recibido allí nunca a nadie; es una manía que tiene, el buen hombre; allí es donde escribe, y para estar seguro de que nadie le molesta, cuando está allí dentro... es como estuviera en una tumba. A menudo ha cedido en cosas que le he pedido razonablemente, pero en esto no ha cedido nunca. Se mandó hacer una llave especial, y ni yo ni ningún otro ha podido entrar jamás en el despachito. Él mismo lo arregla. Me dice: «Ese rincón es mío, Babette, todo lo demás te pertenece para frotar y limpiar». ¡Y resulta que se había encerrado allí dentro con dos hombres que no había yo visto en toda mi vida!

Entonces me puse a escuchar; intenté, a través de la puerta, entender lo que estaba pasando, lo que estaban diciendo. Pero hablaban muy bajo y yo me ponía negra de no enterarme... Finalmente creí comprender que había una discusión que no tenía trazas de acabar... Y de pronto mi señor, alzando la voz, dijo, y eso se oyó perfectamente: «¿Pero es posible? ¡No existiría en el mundo un crimen peor!». ¡Eso lo oí!, ¡con mis orejas! Y eso fue todo lo que oí...

Aún estaba yo atónita, cuando se abrió la puerta; los dos desconocidos se abalanzaron sobre mí. «¡No le hagáis daño! —exclamó el Sr. Latouche, que estaba volviendo a cerrar la puerta de su despachito—, ¡respondo de ella como de mí mismo!». Y se vino para mí y me dijo: «Babette, nadie va a preguntarte si has oído

algo o no, ¡pero te vas a poner de rodillas y jurar por Dios que no hablarás nunca a alma viviente de lo que hayas podido oír ni de lo que has visto! Creía que habías salido, de modo que no has visto nunca a estos dos señores venir a mi casa. No los conoces. Júramelo, Babette».

Yo miraba a mi señor. Nunca le había visto esa cara. Él es de ordinario tan dulce —hago lo que quiero con él—, pero el enfado lo había transformado. ¡Estaba temblando! Los dos desconocidos estaban inclinados sobre mí con rostros amenazantes. Yo caí de rodillas, y juré todo lo que quisieron... Entonces se fueron, uno tras otro, asomándose a mirar la calle con precaución... Yo volví a bajar a la cocina, más muerta que viva, y estaba observando cómo se alejaban cuando distinguí, precisamente por primera vez... ¡al gaitero! Estaba de pie, como antes, bajo la farola... Me persigné... La desgracia rondaba la casa.

El secretario perpetuo, en tanto que escuchaba con toda su atención a la vieja Babette, había seguido con la mirada los movimientos del organillero. Y su asombro fue grande cuando lo vio hacer, por encima de su caja, unos signos misteriosos... y finalmente, una vez más, la caja que anda desapareció en la noche.

La Babette se había vuelto a levantar.

—Eso es todo. La desgracia ronda la casa —repitió.

—Y esos hombres —preguntó Patard, a quien el relato de la gobernanta había inquietado sobremanera—, esos hombres, ¿los ha vuelto a ver?

—A uno de ellos no lo volví a ver, señor Perpetuo, porque murió. Vi su fotografía en los periódicos... Era ese Sr. Mortimar.

El señor Perpetuo dio un salto.

—Mortimar... ¿Y el otro? ¿El otro?

—¿El otro? También vi su fotografía en los periódicos... ¡Era el Sr. d'Aulnay!

—¡D'Aulnay!... ¿Y a ese sí que lo volvió a ver?

—¡Y que lo diga!... A ese lo volví a ver. Volvió aquí la víspera de su muerte, señor Perpetuo.

—La víspera de su muerte... ¿Anteayer?

—¡Anteayer! ¡Ah, no se lo he dicho todo! ¡Y es preciso! ¡No más llegó, me encontré al gaitero en el patio! En cuanto me vio, echó a correr, como siempre... Pero yo enseguida pensé: «Mala señal, mala señal». Señor Perpetuo, mi tía-abuela siempre me lo decía: «Babette, no te fíes de los gaiteros». Y mi tía-abuela, que había llegado a ser muy mayor, señor Perpetuo, sabía de lo que hablaba... Vivía justo enfrente de La Bancal, en mi tierra natal, en Rodez, la noche en que asesinaron al Fualdès. Y ella escuchó el aire del crimen... el aire que los organistas y los gaiteros estaban «tocando» en la calle mientras que en la mesa, La Bancal, Bastide y los demás le cortaron el cuello al pobre tipo... Era un aire que se le quedó siempre en la oreja, a la pobre vieja, y me lo cantó tantas veces, en secreto, muy bajito, para no comprometer

a nadie, un aire... un aire...

Y la Babette se alzó de repente con gestos de autómeta... Su rostro, alumbrado por el resplandor rojizo y paliducho de la farola de enfrente, expresaba el terror más indecible... Su brazo extendido mostraba la calle, de donde venía una tonada lenta, lejana, desesperadamente melancólica.

—¡Ese aire! —bramó—. ¡Escuche!... ¡Es ese mismo aire!

Capítulo IV

Martin Latouche

En ese momento se oyó, en la habitación que se hallaba justo encima de la cocina, un gran estruendo, un ruido de muebles volcados, como una auténtica lucha. El techo retumbaba.

Babette chilló:

—¡Lo están asesinando!... ¡Socorro!...

Y de un salto se plantó en el hogar, agarró un atizador y se precipitó afuera de la cocina, atravesando el zaguán y trepando por los escalones que conducían al primer piso.

Hippolyte Patard había murmurado:

—¡Dios mío!

Y se había quedado ahí, sintiendo en las sienas los latidos de su corazón, aniquilado por el pánico, fulminado por el horror de la situación, mientras que en la calle la maldita cantinela, el aire banal, histórico y terrible, prolongaba tranquilamente su ritmo cómplice de algún nuevo crimen... música del diablo, que siempre había impedido que se oyeran los gritos de aquellos a quienes se estaba degollando... y que llegaba ahora sola, encubriendo cualquier otro ruido, hasta las orejas de Hippolyte Patard, que zumbaban, hasta su corazón helado.

Creyó que se iba a desvanecer.

Pero la vergüenza que sintió de pronto de su pusilanimidad lo retuvo al borde de ese abismo oscuro en que se abandona el alma humana, dominada por el vértigo. Recordó a tiempo que él era el secretario perpetuo de la Inmortalidad y, ofreciendo por segunda vez en esa tormentosa noche el sacrificio de su miserable vida, se entregó a un esfuerzo moral y físico que lo condujo, unos segundos más tarde, armado con un paraguas en la mano izquierda y un par de tenazas en la derecha, ante una puerta de la primera planta que la Babette aporreaba a golpes de atizador, puerta que, por lo demás, se abrió inmediatamente.

—¿Pero sigues igual de chiflada, mi pobre Babette? —dijo una voz débil pero apacible.

Un hombre de unos sesenta años, de apariencia aún robusta, con el pelo rizado encanecido y una hermosa barba blanca que enmarcaba un rostro rosado y rubicundo de ojos dulces, se hallaba en el umbral de la puerta, sujetando una lámpara.

Era Martin Latouche.

Cuando reparó en Hippolyte Patard, con sus tenazas y su paraguas, no pudo contener una sonrisa:

—¡Usted, señor secretario perpetuo! ¿Qué ocurre, pues? —preguntó, inclinándose respetuosamente.

—¡Ay, señorito! ¡Eso es lo que le preguntamos nosotros! —gritó Babette soltando su atizador—. ¡Cómo es posible hacer semejante ruido! ¡Hemos creído que le estaban asesinando!... Y encima el gaitero está «tocando» el aire de Fualdès en la calle, bajo nuestras ventanas...

—¡Mejor haría el gaitero en irse a dormir! —contestó tranquilamente Martin Latouche—. Y tú también, Babette.

Y, volviéndose hacia Patard, prosiguió:

—Señor secretario perpetuo, tengo gran curiosidad por saber a qué debo, a estas horas, el gran honor de su visita.

Mientras decía esto, Martin Latouche había introducido a Patard en la biblioteca y le había retirado el par de tenazas. La Babette los seguía, mirando a todas partes. Todos los muebles estaban en orden: las mesas y los casilleros ocupaban su lugar habitual...

—¡Pero bueno, el señor Perpetuo y yo no lo hemos soñado! —aseveró—. Se hubiera dicho que alguien se estaba peleando aquí, o haciendo una mudanza...

—Tranquilízate, Babette. He sido yo, en el despachito, moviendo torpemente un sillón. Y ahora, danos las buenas noches.

La Babette miró con desconfianza la puerta del despachito, esa puerta que nunca estaba abierta para ella, y suspiró:

—¡Aquí nunca se han fiado de mí!

—¡Vamos, Babette, sal!

—Dice que ya no quiere saber nada de la Academia...

—¡Babette, quieres irte ya!

—... y aún así está en ella...

—¡Babette!

—Escribe cartas que no envía...

—Señor secretario perpetuo, ¡esta vieja criada es insoportable!

—¡Se encierra con llave en su biblioteca y sólo le abre a uno cuando casi ha echado la puerta abajo!...

—¡Cierro si se me antoja! ¡Y abro cuando quiero!... ¡Aquí el dueño soy yo!

—Si eso no lo pongo en duda: uno siempre es dueño de hacer tonterías...

—¡Babette, ya está bien!

—... de recibir a desconocidos en secreto...

—¿Cómo?

—... desconocidos de la Academia...

—Babette, ¡en la Academia no hay desconocidos!

—¡Arrea, pues esos sólo son conocidos porque se han muerto!...

La criada estaba aún terminando de pronunciar esas últimas palabras cuando ese hombre grandote y dulce que era Martin Latouche le saltó al cuello.

—¡Cállate!

Era la primera vez que Martin Latouche llegaba a las manos con su sirvienta.

Inmediatamente se arrepintió de su gesto, y se sintió especialmente avergonzado ante Hippolyte Patard; se excusó:

—Le pido perdón —dijo, tratando de dominar la emoción que visiblemente lo atenazaba—, pero esta vieja loca de Babette tiene esta noche el don de exasperarme. Y hay momentos en que incluso los más tranquilos... ¡Oh, la terquedad de las mujeres es terrible! Pero siéntese usted, caballero.

Martin Latouche le mostró a Patard un sillón situado de espaldas a Babette, y él mismo le dio la espalda a Babette: iban a intentar olvidar que estaba allí, ya que no quería irse.

—Señorito —dijo de repente la Babette—, después de lo que acaba usted de hacer me puedo esperar cualquier cosa, y quizás me mate usted. Pero se lo he contado todo al señor Perpetuo.

Martin Latouche se giró de golpe. En ese momento su cabeza estaba completamente en la penumbra, e Hippolyte Patard no pudo leer en ese oscuro rostro los sentimientos que lo animaban, pero la mano del hombre, que estaba apoyada en la mesa, temblaba. Y Martin Latouche permaneció unos segundos sin poder pronunciar palabra. Finalmente, controlando su turbación, dijo, con voz alterada:

—¿Qué es lo que le ha dicho usted al Sr. secretario perpetuo, Babette?

Era la primera vez que le hablaba de usted a la vieja gobernanta delante de Patard. Este se percató de ello, como de un signo certero de la gravedad de la situación.

—Le he dicho que los señores Mortimar y d'Aulnay vinieron a ver al señor, y que se encerraron con él en su despachito antes de ir a morir haciendo elogios en la Academia.

—Había jurado callar, Babette.

—Sí, pero sólo he hablado para salvar al señor... porque si no hacía algo, el señor iría allí a morir como los otros.

—Bien —pronunció la voz quebrada de Martin Latouche—. ¿Y qué más le ha contado al señor secretario perpetuo?

—Le he dicho lo que había oído escuchando en la puerta del despachito.

—¡Babette! ¡Escúchame bien! —prosiguió Martin Latouche, que dejó de hablarle de usted a la gobernanta para volver a tutearla, cosa que le resultó de una gravedad aún mayor a Patard—. Babette, no te he preguntado nunca lo que habías oído desde detrás de la puerta, ¿no es así?

—Eso es, mi señor.

—¡Habías jurado olvidarlo!, y no te lo pregunté pues me pareció inútil; pero ya

que te acuerdas de lo que has oído... me vas a decir a mí lo que le has dicho al Sr. secretario perpetuo.

—Me parece muy bien, señorito; le he dicho que oí su voz diciendo: «¡No, no! ¡No es posible! ¡Sería el peor crimen del mundo!».

Tras esta declaración de Babette, Martin Latouche no dijo nada. Parecía reflexionando. Su mano ya no estaba sobre la mesa, y por lo demás, ya no se lo veía en absoluto. Había retrocedido hasta el rincón más oscuro de la sala. Y entonces Patard se sintió más asustado por el aplastante silencio que reinaba en la vieja casa que por la cantinela de antes del organillero en la calle. Ya no se lo oía. Ya no se oía a nadie... nada.

Finalmente, Martin Latouche dijo:

—¡No oíste nada más, Babette, y no has dicho nada más!

—¡Nada, señorito!

—No me atrevo a pedirte que me lo jures, no sirve de gran cosa.

—Si hubiera oído algo más, se lo hubiera contado al señor Perpetuo, porque quiero salvarle. Si no le he contado nada más, es porque no oí nada más...

Entonces, para gran estupefacción de la sirvienta y de Patard, Martin Latouche dejó oír una gran carcajada.

Se adelantó hacia Babette y le palmeó las mejillas:

—¡Vamos!, ¡te han querido asustar, vieja boba! Eres una buena mujer y te quiero, pero tengo que hablar con el señor secretario perpetuo; hasta mañana, Babette.

—¡Hasta mañana, señorito!... ¡Dios le guarde! ¡He hecho lo que debía!

Saludó con gran ceremonia al Sr. Patard y se fue, cerrando con cuidado la puerta de la biblioteca.

Martin Latouche se quedó escuchando sus pasos que bajaban por la escalera, y después, volviéndose hacia Hippolyte Patard, le dijo, en tono burlón:

—¡Ah, estas viejas criadas!... Desde luego son abnegadas, pero en ocasiones son un fastidio. ¡Menudas historias le ha debido de contar!... ¡Está un poco chiflada, sabe usted!... Esas dos muertes en la Academia le han enturbiado la mente...

—Hay que disculparla —replicó Hippolyte Patard—. En París hay otros que tienen más instrucción que ella y que están más atolondrados aún con este asunto. Pero estoy contento, querido colega, de que tan deplorable acontecimiento, tan tremenda coincidencia...

—¡Oh, yo no soy supersticioso, sabe usted!

—Sin ser supersticioso... —murmuró el pobre Patard, que aún estaba profundamente alterado por los gritos y los miedos de Babette.

—Señor secretario perpetuo, escuché aquí mismo, como le ha narrado esa vieja loca de ama de llaves que tengo, a Maxime d'Aulnay, dos días antes de su muerte; puedo decirle, en total confianza, que le había impactado mucho el súbito

fallecimiento del Sr. Mortimar, después de las amenazas públicas de ese tal Eliphaz... Maxime d'Aulnay tenía una enfermedad del corazón. Cuando recibió, como el Sr. Mortimar, la carta que seguramente había enviado algún bromista siniestro, debió de sentir un golpe terrible, a pesar de su aparente valor. Con una embolia, no hace falta mucho más...

Hippolyte Patard se levantó; su pecho dilatado se hinchó de aire y lanzó uno de esos suspiros que parecen devolver la vida a los nadadores que desaparecen durante más tiempo del normal bajo las aguas.

—¡Ah, señor Martin Latouche —dijo— qué gran alivio oírle hablar así! ¡No le ocultaré que con todas esas historias de su Babette, yo mismo estaba empezando a dudar de la simple verdad que no obstante ha de saltarle a los ojos a cualquier persona con sentido común!

—¡Sí, sí —rió amistosamente Martin Latouche—, ya me lo figuro!... El organillero, los recuerdos del caso Fualdès, mis encuentros con los Sres. Mortimar y d'Aulnay, su muerte subsiguiente, las frases terribles pronunciadas en mi misterioso despachito...

—¡Es cierto! —interrumpió Hippolyte Patard—. Ya no sabía qué pensar...

Martin Latouche tomó las manos del secretario perpetuo, con un gesto de gran confianza y de súbita amistad.

—Señor secretario perpetuo —dijo—, voy a rogarle que entre en mi misterioso despachito.

Y le sonrió. Después prosiguió:

—Es preciso que conozca usted todos mis secretos... deseo confiárselos a usted, que es soltero como yo... ¡Usted me comprenderá! Y no es que me queje, pero le resultará gracioso...

Y Martin Latouche, conduciendo al secretario perpetuo, llegó a la portezuela del misterioso despachito, que abrió con su llave especial, «una llave de la que no me separo nunca», dijo.

—¡Esta es la caverna! —dijo el buen hombre empujando la puerta.

Era una pieza de pocos metros cuadrados. La ventana aún estaba abierta; había una mesa y una butaca volcadas en la tarima, y se veían papeles y diversos objetos que se habían desparramado formando un gran desorden. Sobre un piano, una lámpara alumbraba más o menos las paredes, de donde colgaban los más extraños instrumentos musicales. Hippolyte Patard, en medio de todo aquel batiburrillo, abría desorbitadamente unos ojos inquietos.

En cuanto a Martin Latouche, tras cerrar de nuevo la puerta con llave, había ido a la ventana. Miró hacia fuera por un momento, tras lo cual también cerró la ventana.

—Esta vez creo que sí que se ha ido —dijo—. ¡Se ha dado cuenta de que tampoco esta noche podría hacer nada...!

—¿De quién habla usted? —preguntó Hippolyte Patard, que se sentía de nuevo de lo más intranquilo.

—¡Caramba, pues del gaitero, como dice Babette!

Y con toda tranquilidad enderezó la mesa y la butaca; luego le sonrió al secretario perpetuo con toda su carita infantil y le dijo en voz baja:

—¡Mire usted, señor secretario perpetuo, aquí es donde me siento de verdad en mi casa!... No está tan ordenado como las demás habitaciones, ¡pero es que a Babette no le permito poner un pie dentro! Aquí es donde oculto mis instrumentos musicales, toda mi colección... ¡Si Babette se llegase a enterar... le prendería fuego a todo esto! ¡Sí, sí, palabra!... ¡Fuego!... ¡Y mi antigua lira del Norte, y mi arpa de menestril que data nada menos que del siglo xv, y mi naba! ¡Y mi salterio, y mi vihuela!... ¡Oh, señor secretario perpetuo!, ¿ha visto usted mi vihuela? ¡Mírela! ¡Y mi archilaúd, y mi tiorba! ¡Todo iría al fuego! ¡Al fuego!... ¡Y mi mandola!... ¡Ah, pero está usted mirando mi vihuela! Se trata de la guitarra más antigua que se conoce, ¿sabe usted?... ¡Pues bien, ella lo echaría todo al fuego! ¡Sí, sí, como se lo cuento!... ¡Oh, es que no le gusta la música!...

Y Martin Latouche lanzó un suspiro que le partió el corazón a Hippolyte Patard.

—Y todo esto —continuó el viejo melómano—, todo esto porque fue educada en medio de toda aquella estúpida historia de Fualdès. ¡Cuando éramos jóvenes, en Rodez, no se hablaba de otra cosa!, ¡de los organilleros que giraban el manubrio delante de La Bancal cuando asesinaron a aquel pobre hombre! Y Babette, sabe usted, señor secretario, jamás ha podido ver un instrumento musical... No se imaginaría usted todas las tretas que me han sido precisas para meter aquí estos instrumentos... ¡Mire, ahora quiero comprar un órgano de Barbaria! Los llaman así, pero es uno de los órganos más antiguos que hay. ¡Imagínese la suerte que ha sido haber dado con él! El pobre diablo que va devanando la música con este instrumento no se figura el tesoro que tiene entre las manos; me lo encontré en la esquina del Pont Neuf y el muelle, una tarde, hacia las cuatro. El hombrecillo estaba pidiendo limosna; yo soy un hombre honrado, y le ofrecí quinientos francos para su bote. ¡El asunto se concluyó enseguida, se lo puede usted figurar!... ¡Quinientos francos! Una fortuna para él... ¡y para mí también! No quería robarle, le prometí lo que tenía. Pero lo que no era fácil de apañar era la manera en que podía entrar en posesión del instrumento... Evidentemente, no lo pagaría más que si Babette no se enteraba de nada. ¡Pues bien, es como una fatalidad!... ¡Siempre está aquí cuando llega el otro!... Se lo encuentra en el patio o en la escalera, cuando creíamos que había salido. Y entonces, ¡diablos!, menuda persecución le arma... Menos mal que el otro es ágil... Esta noche habíamos acordado que, una vez que la Babette se acostara, yo subiría el instrumento con unas cuerdas, directamente al despachito. Ya me había subido a la mesa e iba a arrojar las cuerdas cuando de pronto... la mesa se ha tambaleado... y es

entonces cuando han llegado ustedes dos, creyendo que me estaban asesinando. ¡Ja, ja, ja!, estaba usted la mar de gracioso, señor secretario perpetuo... ¡con su paraguas y su par de tenazas! ¡Muy gracioso pero también muy valiente!

Y Martin Latouche se echó a reír. Hippolyte Patard también se rió, y esta vez de corazón... se rió no sólo de la imagen de sí mismo que evocaba Martin Latouche, sino también del propio miedo que había tenido frente a la caja que andaba. ¡Con qué naturalidad se explicaba todo! ¿Y es que acaso no era lo más normal, que todo se explicara naturalmente? Hay momentos en que un hombre no es mucho más razonable que un niño, pensaba Patard. ¡Pero qué ridículo había sido, con la Babette y toda su historia del organillero!

¡Ah, después de tantas emociones crueles, fue un momento estupendo! A Patard le enterneció el sino de ese viejo solterón de Martin Latouche, que sufría —como tantos otros, ¡ay!— la tiranía de su vieja sirvienta...

—¡No me compadezca tanto! —dejó oír este, volviendo a mostrar su amplia sonrisa—. ¡Si no tuviera conmigo a Babette, hace tiempo que estaría sin blanca con mis manías! No somos ricos, y al principio hice verdaderas tonterías por mi colección... La buena de Babette se ve obligada a sacar de donde no hay; ¡se priva de todo por mí! Me cuida como una madre... ¡Pero no puede con la música!

Mientras decía esto, Martin Latouche pasó una mano devota por sus adorados instrumentos, cuya pobre alma dormida no aguardaba más que la caricia de sus dedos para emitir su lamento junto a su amo.

—Así que los acaricio bajito, bajito... tan bajito que sólo nosotros sabemos que estamos llorando... Y también a veces, cuando logro enviar a Babette a algún recado, entonces cojo mi vihuela, a la que he puesto las cuerdas más antiguas que he podido encontrar, y toco aires lejanos, como un auténtico trovador... No, no soy demasiado desgraciado, señor secretario perpetuo, ¡créame! Además, ¡he de decirle que tengo piano! ¡Y con mi piano hago todo lo que quiero! Toco todas las melodías que quiero... aires terribles, oberturas atronadoras, marchas de todos los demonios... ¡Oh, es un piano maravilloso, que no molesta a Babette cuando está fregando los platos!

En esas Martin Latouche se precipitó hacia un piano y se abalanzó sobre las teclas, recorriendo con auténtica rabia toda la extensión del teclado. Hippolyte Patard se esperaba el loco estruendo del instrumento. Pero este, a pesar de todo lo que se esforzaba su amo, permaneció mudo. Se trataba de un piano mudo, que por consiguiente no emitía sonido alguno, de los que se fabrican para aquellos que quieren practicar las escalas sin molestar a los vecinos.

Martin Latouche dijo con la cabeza hacia atrás, con los rizos al viento de su inspiración, los ojos alzados al cielo y las manos brincando:

—En ocasiones toco todo el día... ¡Y sólo yo lo oigo! ¡Pero es ensordecedor! ¡Oh, es una auténtica orquesta!

Y luego, bruscamente, volvió a cerrar el piano e Hippolyte Patard se dio cuenta de que estaba llorando... Entonces el secretario perpetuo se acercó al amante de la música.

—Amigo mío... —dijo, dulcemente.

—¡Oh, usted es buena persona, sé que lo es! —contestó Martin Latouche con la voz quebrada—, es una alegría pertenecer a una Compañía en la que hay gente como usted. Y ahora conoce todas mis miserias, mi misterioso despachito donde tienen lugar tan tenebrosas citas, y comprende por qué siento tal ansiedad cuando me entero de que mi vieja Babette ha estado escuchando detrás de la puerta... La quiero mucho, a mi ama de llaves, pero también amo mi vihuela... y no me quiero separar ni de la una ni de la otra, a pesar de que en ocasiones —Martin Latouche se acercó al oído de Patard— aquí no haya de qué comer... ¡Pero silencio! ¡Oh, señor secretario perpetuo, usted es soltero pero no coleccionista! ¡El alma de un coleccionista es terrible para el cuerpo de un soltero!... ¡Sí, sí, menos mal que Babette está ahí! ¡Pero en cualquier caso conseguiré el órgano de Barbaria, un viejo órgano que devana aires añejos, remotos... un órgano que incluso puede ser el que se usó en el propio caso Fualdès!, ¿quién sabe?

Martin Latouche se enjugó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—¡Bueno —dijo—, es muy tarde!

Y con grandes precauciones hizo salir al secretario perpetuo del misterioso despachito a la gran biblioteca. Allí, una vez cerrada de nuevo la preciada portezuela, aún dijo:

—¡Sí, muy tarde!... ¿Cómo es que ha venido usted tan tarde, señor secretario perpetuo?

—Corría el rumor de que iba usted a rechazar el sillón de Monseñor d'Abbeville. Lo han sacado los periódicos de la tarde.

—¡Tonterías! —declaró Martin Latouche, con voz grave y súbitamente decidida—, ¡tonterías!... Me voy a volver a poner inmediatamente con el triple elogio de Mons. d'Abbeville, Jehan Mortimar y Maxime d'Aulnay.

—Mañana enviaré una nota a la prensa. Pero dígame, querido colega...

—¡Hable!, ¿qué hay?

—Tal vez sea un poco indiscreto...

Efectivamente Hippolyte Patard parecía bastante apurado; daba vueltas y más vueltas al mango de su paraguas. Finalmente se decidió:

—Me ha hecho usted tantas confidencias que me arriesgaré. Para empezar, ¿puedo preguntarle —si no es indiscreto— si conocía usted mucho a los señores Mortimar y d'Aulnay?

Martin Latouche no contestó inmediatamente. Fue a la mesa a coger la lámpara, que mantuvo por encima de la cabeza de Hippolyte Patard.

—Le voy a acompañar hasta la puerta de la calle, señor secretario perpetuo —dijo — a menos de que tema usted tener un mal encuentro, en cuyo caso le acompañaré hasta su casa..., aunque el barrio, a pesar de su aspecto lúgubre, es muy tranquilo.

—¡No, no, querido colega, se lo ruego, no se moleste!

—Como usted quiera —dijo Martin Latouche, sin insistir—; ya le alumbro...

Ahora se hallaban en el rellano; el nuevo académico respondió entonces a la pregunta que se le había formulado:

—Sí, sí, ciertamente... conocía mucho a Jehan Mortimar, y a Maxime d'Aulnay... éramos viejos amigos... antiguos camaradas. Y cuando nos vimos en la misma situación, para el sillón de Mons. d'Abbeville, decidimos dejar que las cosas fueran solas, no andar con intrigas, y nos reunimos algunas veces para charlar sobre el asunto, unas veces en casa de uno, otras en casa de otro. La historia de las amenazas de Eliphaz, después de la elección de Mortimar, fue para nosotros un tema de conversación más bien divertido.

—Pues esa conversación espantó a nuestra Babette. Y ahí es, querido colega, donde quizás voy a cometer una indiscreción... ¿De qué crimen hablaba usted cuando dijo «¡No, no, no es posible! ¡Sería el peor crimen del mundo!»?

Martin Latouche hizo bajar algunos escalones a Hippolyte Patard, rogándole que tantease bien la escalera con el pie...

—¡Pues caramba...! —contestó—. (¡Oh, no es ninguna indiscreción! ¡En absoluto! ¡Lo dirá usted en broma!). ¡Pues caramba!, ya le he dicho que a Maxime d'Aulnay, aunque bromease al respecto, le alteraron sobremanera las palabras amenazantes de Eliphaz, que había desaparecido después de haberlas pronunciado... Ese día Maxime d'Aulnay, mientras felicitaba a Mortimar por su elección, que se había producido dos días antes, le aconsejó (también en broma, naturalmente) a ese pobre Mortimar, que ya estaba imaginándose su discurso de investidura, que permaneciera en guardia, pues la venganza del sâr lo acechaba. ¿Acaso este no había anunciado que el sillón de Mons. d'Abbeville sería fatal para quien osara sentarse en él?... Entonces a mí no se me ocurrió otra cosa mejor (cuidado con ese escalón, señor secretario perpetuo), no se me ocurrió otra cosa mejor que rizar el rizo en esa especie de juego... (cuidado, ahí... ya estamos en el zaguán) y exclamé (gire a la derecha, señor secretario perpetuo), y exclamé con énfasis: «¡No, no, no es posible! ¡Sería el peor crimen del mundo!» (ya hemos llegado).

En efecto los dos hombres estaban ahora bajo el portón. Martin Latouche tiró ruidosamente de unos pesados barrotes de hierro, giró una llave enorme y, tirando de la puerta para sí, se asomó a la plaza.

—¡Todo está tranquilo! —dijo—, todo el mundo está durmiendo. ¿Quiere usted que le acompañe, mi querido secretario perpetuo?

—¡No, no!, ¡soy un estúpido! ¡Soy un pobre estúpido! Ah, querido colega,

permítame que le estreche la mano por última vez.

—¿Cómo que por última vez? ¿Es que cree usted que voy a morir como los otros? ... ¡Pues yo no lo creo!... Además, ¡yo no sufro del corazón!

—¡No, no, soy un estúpido! ¡Hay que confiar en que vendrán tiempos menos tristes, y en que algún día podremos reírnos de todo esto!... ¡Vamos, adiós, mi querido nuevo colega! ¡Adiós!... y una vez más, mis felicitaciones.

Alegre y completamente reconfortado, Hippolyte Patard, con el paraguas todo tieso, estaba ya entrando en el Pont-Neuf cuando Martin Latouche le llamó:

—¡Pssst!... ¡Una cosa más! ¡No olvide que todo esto son mis pequeños secretos!

—¡Ah, no me conoce usted! ¡Queda claro que yo no le he visto esta noche! ¡Buenas noches, querido amigo!

Capítulo V

Experiencia núm. 3

Llegó el gran día. La Academia lo había fijado el decimoquinto día después de las obsequias oficiales de Maxime d'Aulnay. La ilustre Compañía no había querido que se prolongase la lamentable situación en que la había puesto el triste final de los dos candidatos precedentes. Deseaba terminar lo antes posible con todos los rumores absurdos que no habían dejado de divulgar los discípulos de Eliphaz de La Nox, los amigos de la bella Mme. de Bithynie y todo el club de los Pneumáticos (de pneuma, alma). En cuanto al propio sâr, parecía haber desaparecido de la superficie terrestre. Todos los esfuerzos que se hicieron para dar con él no habían conducido a nada. Los mejores reporteros lanzados a su zaga habían vuelto con las manos vacías, y esa prolongada ausencia era el principal motivo de inquietud, pues resultaba evidente que el sâr se estaba escondiendo; ¿y por qué se escondía?

Por otra parte, es de justicia reconocer inmediatamente que los cerebros generalmente bien amueblados, después de la conmoción del primer —o más bien, del segundo— momento, conmoción que les había hecho divagar un poco (pero ¿es que hay algún cerebro, incluso sano, que no divague, al menos en algún momento?), que esos cerebros, digo, una vez superada la crisis, habrían encontrado de nuevo un perfecto equilibrio.

Así las cosas, el hombre más tranquilo del mundo, desde su emocionante y misterioso encuentro con Martin Latouche, era Hippolyte Patard. Incluso había recuperado su bonito color rosado.

Pero, cuando llegó el gran día de la investidura de Martin Latouche, se desató la curiosidad en unos y otros, tanto entre los sensatos como entre los locos.

La muchedumbre, que se abalanzó al asalto de la Cúpula, primero la llenó y luego se quedó recorriendo los alrededores, desbordando en los muelles y calles adyacentes, interrumpiendo la circulación.

En el interior de la sala de sesiones públicas, todo el mundo estaba de pie, los hombres y las mujeres apretujados. A medida que pasaban los minutos (los que precedían a la apertura de la sesión), el silencio, por encima del espantoso barullo, se iba haciendo más pesado, más terrible. Se había reparado en que la bella Mme. de Bithynie se había abstenido de aparecer en el acto, y de ello se extraía el más terrible augurio... ¡Ciertamente, si es que había de ocurrir alguna cosa, había hecho bien en no mostrarse, pues la hubiera despedazado una muchedumbre que de un momento a otro podía verse alterada por una ráfaga de locura!

En el lugar que esa dama ocupaba en la anterior sesión había un caballero muy

correcto, con una panza de burgués cuya simpática redondez estaba adornada con una gruesa y hermosa cadena de oro. Estaba de pie, con la punta de los dedos de sus dos manos metida en los bolsillos de su chaleco. Su rostro no era el de un genio, pero tampoco carecía de inteligencia, ni mucho menos. La frente calva hacía olvidar, por la ausencia de cualquier subterfugio capilar, que era bajito. Sobre su nariz común cabalgaban unos binoculares de oro. El Sr. Gaspard Lalouette (era él) no tenía nada de miope, pero no le disgustaba que a su alrededor se pensase que tenía la vista cansada por los trabajos de letras, a semejanza de los grandes escritores.

Su emoción no era menor que la de las gentes que lo rodeaban, y un pequeño tic nervioso no dejaba de alzarle, de manera bastante jocosa, el arco de las cejas. Observaba el lugar desde donde Martin Latouche iba a pronunciar su discurso.

¡Un minuto! Un minuto más, y el presidente abriría la sesión... si es que... si es que llegaba Martin Latouche, pues no estaba allí... Sus padrinos lo esperaban en vano... Permanecían junto a la puerta, ansiosos, compungidos, volviendo la cabeza mil veces.

¿Se habría echado atrás en el último momento?... ¿Tendría miedo?

Es lo que se preguntaba Hippolyte Patard, quien, ante esa idea, recobró todo su color amarillo limón.

¡Ah, qué vida esta!... ¡Qué vida para el secretario perpetuo! Había alguien —el secretario perpetuo— a quien le gustaría que la ceremonia ya hubiera terminado... ¡terminado felizmente!

De pronto, Hippolyte Patard se irguió todo lo alto que era, aguzando la oreja hacia un clamor lejano... Un clamor que venía de fuera, y se acercaba... corría... un clamor de entusiasmo, que sin duda acompañaba a Martin Latouche.

—¡Es él! —dijo Hippolyte Patard en voz alta.

Pero el ruido, hecho de gritos, bisbiseos y ajetreo de la muchedumbre, crecía en proporciones amenazadoras, y ahora no era pero que nada tranquilizador.

¡Pero no había manera de entender lo que gritaban fuera!... Y toda la sala, que hasta entonces aspiraba por cientos y cientos de bocas con la misma emoción, con el mismo aliento, dejó de golpe de respirar.

Una tormenta pareció rodear la Cúpula. La ola popular golpeteó en las paredes, abrió las puertas con estruendo. Los soldados, los guardias retrocedieron hasta la sala... Y se empezó a distinguir, entre tanto tumulto, una especie de rugido particular. Era como un infinito lamento lúgubre.

Hippolyte Patard sintió que se le erizaba el pelo.

Y como una bestia humana, un monstruoso fardo entró rodando entre faldas andrajosas, con el corpiño desgarrado, y todo ello rematado por una cabellera gorgónea de la que tiraban, arrancándola, unos puños crispados, mientras que una boca que no se veía bramaba:

—¡Señor Perpetuo! ¡Señor Perpetuo!... ¡Está muerto!... ¡me lo han matado
ustedes!...

Capítulo VI

La canción que mata

El autor de esta obra cruel renuncia a dar una idea del barullo sin nombre que siguió a ese golpe de efecto.

¡Así que Martin Latouche había muerto! ¡Muerto como los otros! No había sido mientras pronunciaba su discurso de investidura, bajo la Cúpula, pero sí en el momento mismo en que iba a salir hacia la Academia para leerlo: ¡en suma, cuando se disponía, como los otros dos, a tomar posesión del sillón de Mons. d'Abbeville!

Si la conmoción de la asistencia, alrededor de la vieja Babette que chillaba, rozó la locura, la de la muchedumbre de fuera, y después la de todo París, tampoco conoció límites mucho más razonables. Para recordarla íntegramente hay que releer los periódicos que aparecieron al día siguiente de esa nueva y abominable catástrofe. Una nota de la redacción (N. D. L. R.) del diario *L'Époque* nos permite vislumbrar con bastante exactitud el estado de ánimo reinante. Esta es:

«¡La serie continúa! ¡Después de Jehan Mortimar, después de Maxime d'Aulnay, es ahora Martin Latouche quien muere en el umbral de la inmortalidad, y el sillón de Mons. d'Abbeville sigue vacío! La noticia de la muerte súbita del tercer académico que intenta sentarse en el lugar que codiciaba el misterioso Eliphás corrió ayer noche por París con la rapidez y la violencia de un rayo. Y en verdad que no se nos ocurre nada mejor que apelar al propio trueno en nuestra ayuda para dar una idea de lo que ocurrió en la capital en las horas que siguieron al increíble acontecimiento. Algunos parecían realmente haber sido golpeados por el fuego celestial y, con la mente extraviada, se desperdigaron por las calles, los cafés, el teatro, los salones, sosteniendo unas afirmaciones tan estúpidas, que uno se pregunta cómo es posible que en la ciudad de las Luces, en nuestra época, pueda haber gente sensata que les escuche. ¡Oh, no perderemos el tiempo repitiendo aquí todas las sandeces que se profirieron! Ese Eliphás de Saint-Elme de Taillebourg de La Nox se debe estar divirtiendo en el fondo de su monstruoso retiro. En lo que a nosotros respecta, ya no nos reímos. Proclamamos bien alto la opinión que ya habíamos dejado entrever después de la muerte de Maxime d'Aulnay... ¡No, no y no! ¡Todas esas muertes no son naturales! Nos asombramos con la primera, vacilamos ante la segunda, ¡pero sería criminal dudar de la tercera! Pero entendámonos: cuando decimos que esas muertes no son naturales, no estamos haciendo alusión a ningún poder oculto que hubiera

asestado un golpe por encima de las leyes naturales conocidas. Esas pamplinas se las dejamos a las damiselas del club de los Pneumáticos, pues lo que queremos es decirle categóricamente al Sr. Procurador de la República: detrás de esto hay un asesino, ¡encuéntrelo!».

La prensa fue más o menos unánime, siguiendo a la opinión general, que era que los tres académicos habían sido envenenados, y reclamando la intervención de los poderes públicos; de modo que, a pesar de que los médicos que examinaron el cuerpo del difunto declarasen que Martin Latouche —no obstante su apariencia robusta— había muerto de vejez prematura y agotamiento, el fiscal se vio obligado a abrir una investigación para calmar los ánimos.

La primera persona interrogada fue, naturalmente, la vieja Babette, a quien llevaron desmayada de vuelta a casa el día fatal, mientras que unos amigos fieles conducían a Hippolyte Patard a su domicilio en un estado bastante lamentable.

Y así fue como la Babette, que ya no pensaba más que en vengar a su señor, narró la muerte realmente singular de ese pobre Martin Latouche.

—En los últimos tiempos mi señor no vivía más que para el elogio que tenía que hacer, y le oía hablar de su monseñor d'Abbeville, del Mortimar y del d'Aulnay como si fueran angelotes de azúcar. A menudo se ponía delante de su armario de espejo como un verdadero cómico. A su edad, es que daba pena, y me hubiera mofado en sus barbas de no ser por la preocupación que me roía por las palabras del brujo ese, que no quisieron para su condenada Academia. El brujo ya había matao a dos. Y yo no pensaba más que una cosa: que iba a matar a mi señor, como a los otros. Eso es lo que le dije al señor Perpetuo, en sus mismísimas narices. Pero no me escuchó, porque necesitaba a su académico, parece ser. Así que cada vez que veía a mi señor ensayando su elogio me echaba a sus pies, me agarraba a sus rodillas, lloraba como una loca y le suplicaba con las manos juntas que le mandase su dimisión al señor Perpetuo. Tenía malos presentimientos, y no han fallao. Y la prueba es que casi to's los días me encontraba con un gaitero tocando un órgano de Barbaria; yo soy de Rodez, y un gaitero trae mal fario desde el asunto de ese pobre Sr. Fualdès. Eso también se lo dije al señor Perpetuo, ¡pero nada, como si oyera llover!

Entonces me dije: «¡Babette, no te separes de tu señor! ¡Defiéndelo hasta el último momento!». Entonces el día del discurso, yo había estado limpiando y lo vigilaba desde mi cocina, con la puerta abierta, esperando a que pasase por el zaguán, decidida a acompañarlo hasta esa maldita Academia, ¡y hasta el fin del mundo! Así que lo esperaba, pero no venía... ¡Ya hacía un cuarto de hora que debería haber pasao!... Ya me estaba poniendo nerviosa cuando de pronto, ¿qué es lo que oigo?... ¡el aire del crimen!... ¡el aire que había matao a ese pobre Fualdès!... ¡Sí, el gaitero estaba otra vez en alguna parte, rondando la casa, dándole a la manivela!... Me

dieron sudores fríos... ¡No se podía negar, eso era una señal! Si me hubieran recitado al oído la oración de los difuntos no me hubiera impresionado tanto... Y me dije «¡Ya ha sonao la hora de la Academia... la hora de la muerte!», y abrí la ventana para ver si el gaitero estaba en la calle y hacerlo callar... pero en la calle no había nadie. Salí de la cocina... ¡Nadie en el zaguán!... ¡nadie en el patio!... Y la música que seguía sonando... ahora me venía de arriba, quizás el gaitero estaba en la escalera... Nadie en la escalera... en el primer piso... ¡nada! Nada más que el aire de ese pobre Fualdès que me perseguía... y cuanto más me acercaba, más lo oía. Abrí la puerta de la biblioteca, ¡y se hubiera dicho que la canción estaba detrás de los libros!... Mi señor no estaba; debía de estar en su despachito, donde yo no entro nunca. Me puse a escuchar, ¡y el aire del crimen estaba en el despachito!... ¡Ah!, ¿cómo diantre podía ser? Me acerqué a la puerta, conteniendo mi corazón que se me iba a salir del pecho, y llamé: «¡Señor!, ¡señor!»... No me respondió, y el aire seguía sonando... detrás de la puerta del despachito. ¡Oh, era tan triste!... Era un aire tan triste que uno dejaba de respirar y se le saltaban las lágrimas... ¡un aire que parecía llorar a todos los que hubieran sido asesinados desde el principio del mundo!... Me apoyé en la puerta para no caerme, y la puerta se abrió... En ese mismo momento hubo un chirrido, como de algo que se ponía en marcha donde el manubrio del aire del crimen. ¡Como si me hubiera desgarrado el corazón y las orejas!... Y casi me caigo redonda en el despachito, de tan aturdida que estaba, pero lo que vi me volvió a poner más tiesa que una estatua. En medio de un montón de instrumentos que no había visto yo en toda mi vida y que fueron a parar a ese despachito, de seguro, por obra del mismísimo diablo, mi señor estaba echado sobre el órgano del gaitero. ¡Vaya si lo reconocí! Era el órgano que tocaba la canción del crimen... ¡pero el gaitero no estaba!... Mi señor en todavía tenía la mano en el manubrio... ¡Me eché encima suyo y se desplomó! ¡Se cayó al suelo cuan largo era!... ¡Hizo «paf»!... Mi pobre señor estaba muerto... ¡asesinao por la «canción que mata»!

Este relato, unido a lo que narraban bajo cuerda algunos habituales del club de los Pneumáticos, produjo un efecto extraño, y a la opinión pública no le satisficieron las explicaciones demasiado naturales que suministró la investigación de tan bizarro suceso. La investigación mostró al viejo Martin Latouche como un maniaco que se quitaba el pan de la boca para poder enriquecer, en secreto, su colección. Se llegó a contar que se privaba de las comidas que supuestamente tomaba fuera para ahorrar unas pocas perras que derrochaba después en los anticuarios y en los vendedores de instrumentos musicales viejos.

Fue así, según toda evidencia, como llegó a su casa el famoso órgano, a pesar de la vigilancia de la Babette; y fue en el momento en que estaba probando la manivela cuando cayó, agotado por el régimen de abstinencia al que se estaba sometiendo desde hacía demasiado tiempo.

Pero nadie quiso admitir una versión que era demasiado sencilla para ser cierta, y los periódicos exigieron que la policía se pusiera a buscar al organillero. Desgraciadamente, este se hallaba en paradero tan desconocido como el propio Eliphaz. De lo cual resultó, como era de esperar, que algunos reporteros afirmaron que Eliphaz y el organillero no eran sino un mismo y único asesino.

Nadie osó alzar demasiado la voz en contra de esa opinión, ya que después de todo seguía existiendo la coincidencia de las tres muertes y, si bien cada una parecía en sí misma natural, no había duda de que las tres juntas daban miedo.

Por último, se reclamó la autopsia. Se trataba de un triste extremo al que había que decidirse. A pesar de todas las gestiones y de toda la influencia de los más grandes birretes del Instituto, se abrieron los ataúdes aún frescos de Jehan Mortimar y de Maxime d'Aulnay.

Los médicos forenses no hallaron trazas de veneno. El cuerpo de Jehan Mortimar, tras el examen, no presentó nada de particular. No obstante percibieron en el rostro de Maxime d'Aulnay ciertos estigmas que en cualquier otra ocasión hubieran pasado desapercibidos, y que se podrían atribuir a la descomposición normal de la carne. Parecían unas ligeras quemaduras que hubieran dejado una especie de amplio rastro en el rostro. Al observar de muy cerca, se podía distinguir en la cara de Maxime d'Aulnay algo como el sol de un ostensorio, según afirmaron dos de los tres médicos (pues el tercero no veía en absoluto).

Los forenses habían examinado igualmente, por supuesto, el cuerpo de Martin Latouche, y no habían señalado otra huella que la de una hemorragia nasal muy leve que también se había extendido a la boca. En resumen, en la punta de la nariz y en la comisura de la boca del lado hacia el que estaba inclinado el cadáver, había un hilillo de sangre que se había coagulado. En realidad esa hemorragia podía haberse producido por la caída del cuerpo al suelo, pero, tal y como estaban los ánimos, no se dejó de acordar a esas marcas insignificantes una importancia misteriosa destinada a que sobre el triple fallecimiento planease una leyenda criminal que definitivamente se adueñó de la multitud.

Los expertos habían trabajado concienzudamente en las dos cartas amenazantes que habían sido entregadas a los dos primeros candidatos en plena Academia, y habían declarado que esas cartas no correspondían con la letra del Sr. Eliphaz de La Nox, letra que previamente se habían procurado. Pero hubo gente que —con toda justicia— manifestó que los expertos habían fallado con demasiada frecuencia al afirmar que una letra era auténtica, como para que no fallasen también al afirmar que no lo era.

Por último, quedaba el órgano de Barbaria. Un experto anticuario, que en ocasiones comerciaba con Stradivarius más o menos verosímiles, solicitó ver el instrumento. Se le permitió con el fin de calmar las mentes exaltadas, que se

imaginaban que esa vieja caja que estaba tocando música mientras que Martin Latouche expiraba no podía ser un órgano común, y que un hombre como Eliphas había ocultado en ella el instrumento —o mejor, el medio misterioso— de su crimen. El anticuario examinó el órgano de arriba abajo e incluso tocó el aire del crimen, como decía Babette.

—¿Y bien? —le preguntaron— ¿se trata de un órgano como los demás?

—No —contestó—, no es un órgano como los demás... es una de las piezas más curiosas y antiguas que nos han llegado de Italia.

—De acuerdo, pero ¿ha descubierto usted algo fuera de lo normal?

—No he descubierto nada anormal.

—¿Cree usted que el órgano es cómplice del crimen?

—¡Ejem! ¡Ejem!

En vano se intentó preguntar a ese hombre lo que quería decir con su «¡Ejem! ¡Ejem!»... Se mantuvo en su: «¡Ejem! ¡Ejem!».

Ese experto, con su «¡Ejem! ¡Ejem!», acabó de sembrar la perturbación en la opinión pública.

Se dedicaba también a vender cuadros; vivía en la calle Laffitte y se llamaba Gaspard Lalouette.

Capítulo VII

El secreto de Toth

Unos días más tarde, a las tres y cuarto de la tarde, un viajero que debía rondar los cuarenta y cinco años y que lucía una panza cuya simpática redondez estaba adornada con una gruesa y hermosa cadena de oro, se bajaba de un vagón de segunda clase en La Varenne-Saint Hilaire.

Tras haberse envuelto cuidadosamente entre los pliegues de su abrigo con esclavina —pues era en la época de las heladas—, y haber conversado un momento con el empleado que cogía los billetes, tomó la gran avenida central que desembocaba en el Marne, atravesó el puente que conduce a Chennevières, y bajó por la orilla a su derecha.

La siguió durante alrededor de un cuarto de hora, y luego pareció orientarse. Acababa de dejar tras de sí las últimas casas de campo que desde el verano estaban vacías, y se encontraba en un espacio absolutamente llano y desierto. A sus pies se extendía un gran manto blanquísimo de nieves recientes, y el hombre, con su abrigo ondeando al paso, parecía un gran pájaro negro, ahí en medio.

A lo lejos, bien lejos, un tejado puntiagudo rodeado por un grupo de árboles que el granizo había vuelto casi invisibles, dándoles el color del cielo, fue distinguido no obstante por nuestro viajero que de inmediato dejó escapar al aire sonoro algunas frases malhumoradas. Se quejaba de que uno estuviera tan «grillado» como para vivir en semejante región en pleno invierno. Sin embargo apretó el paso, pero no se oía andar, pues sus pies estaban revestidos de zuecos de caucho.

Un silencio inmenso, un silencio blanquísimo lo rodeaba.

Eran alrededor de las cuatro cuando el hombre llegó a los árboles. La propiedad que protegían estaba cercada por altos muros. Una sólida verja de hierro impedía el paso. Tan lejos como alcanzaba la vista no se veía otra casa que esta.

De la verja colgaba el hilo de alambre de una campanilla. El hombre llamó. En el acto dos perros enormes, dos auténticos molosos, se abalanzaron gruñendo hacia él, con espuma en las fauces. Si no hubiera estado la verja entre esos perros y el hombre, de seguro hubiera habido una desgracia que lamentar.

El hombre retrocedió aunque entonces no tuviera nada que temer de la cólera de esas bestias devoradoras. Una voz tremendamente gutural ordenó: «¡Áyax! ¡Aquiles! ¡A la caseta! ¡Sucios bichos!». Y apareció un gigante.

¡Oh, era un gigante, uno de verdad!, ¡algo monstruoso!, más de dos metros de alto, puede que incluso dos metros y medio cuando el titán se irguiera, pues en ese momento caminaba ligeramente inclinado hacia delante, con sus pesados hombros

encorvados, en una actitud que debía de ser la habitual para él. La cabeza era completamente redonda, con el pelo cortado a cepillo, y un bigote colgante de huno le tachaba la cara; su mandíbula parecía tan temible como las de los dos animales cuyos colmillos rechinaban contra los barrotes. Con sus puños formidables agarró a los animales por el pescuezo, les hizo soltar presa y los arrojó, vencidos, tras de sí.

El visitante sintió un ligero temblor, ¡oh, una nadería!, un escalofrío por la espalda... ¡Pero evidentemente, no es que hiciera calor...! Y murmuró entre dientes: «Me habían dicho que tuviera cuidado con los perros, pero nadie me dijo nada del gigante».

El monstruo —estamos hablando del gigante— había pegado a la reja su espantosa cara de bruto:

—¿Quiay?

El visitante adivinó que eso quería decir «¿Qué hay?», y contestó manteniéndose a una distancia respetuosa.

—Quisiera hablar con el Sr. Loustalot.

—¿Caquiéstedel?

Evidentemente, el visitante tenía una buena inteligencia media, pues también comprendió que eso significaba: «¿Qué quiere usted de él?».

—Dígale que es urgente, que es por el asunto de la Academia.

Y le tendió su tarjeta, que tenía preparada en el bolsillo de su abrigo. El gigante cogió la tarjeta y se alejó gruñendo en dirección a una escalinata que debía dar acceso a la entrada principal de la casa. Enseguida Áyax y Aquiles vinieron a aplicar sus amenazadores hocicos a la reja, pero esta vez ya no ladraron. Consideraron en silencio al recién llegado; con los ojos inyectados en sangre, parecían estimar, pieza a pieza, la comida de la que estaban separados.

El visitante, impresionado, volvió la cabeza y dio algunos pasos de arriba abajo.

—Ya sé que tengo que tener paciencia —se dijo, en voz alta—, pero no me habían dicho que también me haría falta valor.

Miró la hora en su reloj y prosiguió con su monólogo, como si confiase en que el sonido de sus palabras a su alrededor le impediría pensar en los tres monstruos que custodiaban esa solitaria morada.

—No es tarde —dijo—, tanto mejor... Parece ser que puedo estar esperando una, dos o tres horas antes de que me reciba... No se molesta durante sus experiencias... y a veces se olvida de que está uno ahí... Todo le está permitido al gran Loustalot.

Estas frases nos permitirán apreciar el grato asombro del viajero cuando de pronto vio acercarse a él no al gigante que había desaparecido, sino al gran Loustalot en persona...

El gran Loustalot, honor y gloria de la ciencia universal, era pequeñito, es decir, de una estatura por debajo de la media. Sabemos que, fuera de sus trabajos, era

despreocupado y distraído, y que pasaba entre los hombres como una leve sombra lejana, ignorante de todas las contingencias. Nadie ignoraba esos detalles, y debían ser conocidos en particular por el visitante, pues este, a quien ya había asombrado sobremanera la rápida aparición de Loustalot, mostró en su actitud una verdadera estupefacción al ver al pequeño gran sabio precipitarse con toda la velocidad de sus piernecillas hacia la reja y saludarlo con estas palabras:

—¿Es usted Gaspard Lalouette?

—Sí, maestro... soy yo, para servirle a usted —dijo Gaspard Lalouette, rasgando el aire con su sombrero de fieltro (el experto anticuario marchante de cuadros usaba en las grandes ocasiones abrigos con esclavina y sombreros de fieltro, para parecerse todo lo posible a los héroes de letras famosos, como lord Byron por ejemplo, o Alfred de Vigny y su hijo Chatterton, pues amaba la literatura por encima de todo, y era—no hay que olvidarlo —oficial de la Academia). Ahora el pequeño rostro rosado y sonriente del gran Loustalot aparecía en la reja más o menos a la misma altura que las espeluznantes fauces de los dos molosos, y entre ellas dos. Era todo un espectáculo.

—Entonces, ¿fue usted quien analizó el órgano de Barbaria? —preguntó el gran Loustalot, cuyos ojillos, por lo común tan velados cuando se alejaban hacia alguna ensoñación científica insospechada, se habían vuelto ahora vivos, parpadeantes, penetrantes.

—¡Sí, maestro, fui yo!

De nuevo el sombrero rasgó el aire gélido.

—Vamos, entre... Hace frío fuera...

Y el gran Loustalot accionó, sin distracción alguna, los cerrojos interiores que cerraban la verja. Lo de «¡Entre!» era fácil de decir, cuando uno era amigo de Áyax y Aquiles. Los perros saltaron en cuanto vieron que se abría la puerta, y el pobre Gaspard Lalouette creyó que había llegado su hora, pero Loustalot, con un chasquido de la lengua, paró en seco el ademán de esos dos cerberos.

—No tenga miedo de mis perros —dijo—, son dulces como corderitos.

Y en efecto, Áyax y Aquiles se arrastraban ahora por la nieve lamiendo las manos de su amo. Gaspard Lalouette, heroicamente, entró. Loustalot le hizo inmediatamente los honores. Tras haber vuelto a cerrar la verja, lo precedió. Ahora los dos perros los seguían, y Lalouette no osaba volverse temiendo que un movimiento en falso incitara a las bestias a algún juego irreparable. Subieron los peldaños de la escalinata.

La casa de Loustalot era una casa de campo hermosa y grande, sólida y confortable, construida en ladrillo y piedra. Estaba completamente rodeada, por el jardín y el patio, de pequeños pabellones que ciertamente estarían consagrados a los inmensos trabajos del gran Loustalot, trabajos que revolucionaban la química, la física, la medicina, y en general todas las falsas teorías que la habitual ignorancia de los hombres ha situado en el origen de lo que, en nuestro orgullo, llamamos ciencia.

Una particularidad del gran Loustalot era que trabajaba solo. Su carácter, que al parecer era bastante receloso, no soportaba la colaboración.

Y vivía en esta casa todo el año, con su criado —su único criado—, el gigante Tobie. Era cosa bien sabida. Nadie se sorprendía de ello. El genio necesita aislamiento.

En pos de Loustalot, Gaspard Lalouette había penetrado en un estrecho vestíbulo al que daba la escalera que conducía a los pisos superiores.

—Le voy a subir al salón —dijo el gran Loustalot—, estaremos mejor para hablar.

Y ascendió la escalera que subía al primer piso. Lalouette lo seguía, naturalmente, y tras él venían los perros. Al llegar al primer piso, se pusieron a subir al segundo, y si se detuvieron allí es porque no había tercer piso. El salón del gran Loustalot estaba bajo el tejado. Abrió la puerta. Era una pieza completamente desnuda, sin ornamento alguno en las paredes, y que contaba, por todo mobiliario, con un velador y tres sillas de enea. Los dos hombres entraron, siempre seguidos por los dos perros.

—¡Está un poco alto! —dijo el gran Loustalot—, pero al menos los visitantes, y sabe usted que hay algunos a quienes no les preocupa hacer ruido y que en todas partes se creen en su casa, andando de arriba abajo por todo el salón, a tontas y a locas, los visitantes, digo, cuando los hago esperar en el desván, no me molestan mientras estoy trabajando abajo, en el sótano. Pero siéntese, mi querido señor Lalouette, desconozco lo que le trae por aquí pero estaré absolutamente encantado de complacerle. He sabido, por los periódicos que leo a veces...

—Pues yo, estimado maestro, no los leo nunca, pero la Sra. Lalouette los lee por mí. Así no pierdo el tiempo y estoy al corriente de todo.

Pero no dijo más. La actitud hasta entonces tan amable del gran Loustalot de pronto mostraba un aspecto inquietante. Su pequeña persona tan inquieta se había quedado en ese mismo instante inmobilizada en su silla como un pelele de cera, en tanto que sus ojos, antes parpadeantes, se habían vuelto absolutamente fijos, como los ojos de alguien que escucha a lo lejos si se oye algo.

Al mismo tiempo los dos perros, que se habían situado cada uno a un lado de Gaspard Lalouette, abrían lentamente las enormes fauces, dejando oír un lento, largo, lamentable ulular, como cuando los perros, según dicen, «aúllan a la muerte».

Impresionado, incluso asustado, Lalouette —que no obstante no perdía fácilmente la sangre fría— se levantó. En su silla, inmóvil, el gran Loustalot seguía escuchando, lejos, lejos.

Finalmente pareció regresar de la otra punta del mundo y, con la rapidez automática de un juguete de muelles, se abalanzó sobre los perros y los golpeó con sus manitas hasta que se les dejó de oír. Luego, volviéndose hacia Lalouette, lo hizo sentarse de nuevo y le habló, pero esta vez en un tono de lo más brusco y desagradable.

—¡Vamos!, ¡vaya al grano!... ¡No tengo tiempo que perder, hable! Este asunto de la Academia es verdaderamente lamentable, esas tres muertes... tres muertes sublimes. Pero ¿qué le voy a hacer yo, verdad? ¡Hay que confiar en que esto no siga!, porque en fin, ¿adónde iríamos a parar?, ¿adónde iríamos a parar?, como dice el bueno de Patard. El cálculo de probabilidades sería completamente insuficiente para justificar una cuarta muerte natural... Ciertamente, si la Academia Francesa, de la que me honra formar parte, si la Academia existiera desde hace diez mil años... ¡y aún así!... ¡semejante cosa en diez mil años! ¡No, no!, ya está bien... ¡Basta con tres! Es preciso que nos tranquilicemos... Pero dígame pues, señor Lalouette, ¡le escucho! ¿Entonces examinó usted el órgano de Barbaria? Y dijo usted..., sí, lo he leído..., usted dijo: «¡Ejem! ¡Ejem!». En el fondo, ¿qué opina usted?

Y añadió con un tono más dulce, casi infantil:

—Es muy curiosa, esa historia de la canción que mata.

—¿A que sí? —osó por fin «encajar» Gaspard Lalouette que, ahora entregado al tema, había dejado de pensar en los dos molosos los cuales, en cambio, no le quitaban el ojo de encima—. ¿A que sí? Pues bien, mi querido maestro... ese es el motivo de que haya venido a verle; ese, y el secreto de Toth... ya que lee usted los periódicos.

—Bueno, los hojeo, señor Lalouette, yo no tengo a una Sra. Lalouette que me los lea, y no tengo más tiempo que perder que usted, créame... así que ignoro completamente lo que es ese secreto suyo de Toth.

—¡Oh, mío no es, por desgracia!, en tal caso sería, parece ser, el amo del universo... Pero creo estar en situación de decirle en qué consiste.

—¡Disculpe señor, disculpe, pero no nos vayamos por las ramas! ¿Hay alguna relación entre la canción que mata y el secreto de Toth?

—Sin duda, querido maestro, de no ser así no le hablaría de ello...

—Pero ¿adónde quiere ir a parar? ¿Qué intención tiene viniendo aquí?

—La de preguntarle, como al más sabio, si un ser que conozca el secreto de Toth puede matar a otro por medios desconocidos para el resto de los hombres. Lo que yo quiero saber, yo, Gaspard Lalouette, a quien las circunstancias han llamado como experto a dar su opinión en esta lúgubre historia, es esto —y es el único motivo que me ha hecho venir a verle—: ¿Es posible que Martin Latouche fuera asesinado? ¿Es posible que Maxime d'Aulnay fuera asesinado? ¿Es posible que Jehan Mortimar fuera asesinado?

¡Lalouette no había terminado de formular esa triple hipótesis cuando Áyax y Aquiles volvieron a abrir sus espeluznantes fauces de donde escapó, más lamentable aún que antes, el ulular a la muerte! Enfrente, el pequeño gran Loustalot, con la mirada fija de nuevo, como la de alguien que escucha a lo lejos si se oye algo, el pequeño gran Loustalot estaba pálido.

Pero esta vez no hizo callar a sus molosos y, entre el ulular de los perros, Gaspard

Lalouette creyó oír otro aullido aún más atroz, más horrible, como un aullido que hubiera sido humano. Mas sin duda se trataba de una ilusión, pues finalmente los perros se callaron y lo que hubiera podido ser un aullido humano calló al mismo tiempo.

Entonces Loustalot dijo, con los ojos de nuevo parpadeantes, vivos, y tras dejar oír una tosecilla seca:

—Por supuesto que no han sido asesinados... No es posible. ¡No es así! ¡No es posible! —exclamó—. ¡Y no hay secreto de Toth que valga!

Loustalot se rascaba ahora la punta de la nariz. Soltó:

—¡Bah!, ¡bah!

Su mirada se había ido de nuevo, vaga... lejana... Lalouette seguía hablando, pero era evidente que Loustalot ya no le oía... ni siquiera lo veía... incluso se olvidaba de que estaba ahí... Y tanto se olvidó Loustalot de que Lalouette estaba ahí, que se fue, tranquilamente, sin una palabra de despedida ni de cortesía a la atención de su huésped, y cerró la puerta, dejando a Gaspard Lalouette con los dos molosos.

Lalouette se dirigió hacia la puerta, pero entre esta y él se topó con Áyax y Aquiles, que se opusieron formalmente, sin grandes discursos, a que diera un paso más en aquella dirección.

Entonces el desgraciado, completamente atolondrado, sin comprender nada de lo que estaba ocurriendo, llamó. Después se calló, pues al parecer su voz tenía el don de exasperar a los dos perros, que mostraban unos dientes terribles.

Retrocedió. Fue a la ventana y la abrió. Se decía: «Si veo pasar al gigante le hago señas, pues está claro que el gran Loustalot me ha olvidado aquí con sus perros». Pero no vio pasar a nadie. Allí abajo había un verdadero desierto de nieve, nadie en el patio, nadie en el campo... y la noche iba a caer tan pronto, como es su costumbre en esta estación. Se volvió, chorreando de sudor a pesar del frío, asaltado por mil presentimientos tristes. Los perros habían cerrado la boca. Tuvo la atrevida idea de acariciarlos, y las fauces volvieron a abrirse... Y de pronto, antes de que las fauces se pusieran a aullar, un clamor humano —oh, ciertamente humano, locamente humano—, llenó atterradoramente el espacio, cosa que le volvió a helar la sangre. Se lanzó de nuevo a la ventana, miró el espacio... el espacio desierto todo blanco, que había vibrado con ese grito desquiciado, pero ahora en sus oídos no había más que el doble aullido tremendo de los molosos, que había vuelto a empezar. Y Gaspard Lalouette se dejó caer en una silla, sin fuerzas, con las manos en los oídos...

Entonces ya no oyó nada más, y para no seguir viendo las fauces abiertas, cerró los ojos. Volvió a abrirlos al son de una puerta que se abría. Era Loustalot. Los perros se habían vuelto a callar. Todo se había callado. Nunca nada había sido tan silencioso como esa casa. El gran Loustalot se excusó amablemente:

—Le pido disculpas por haberle abandonado un momento... sabe usted, cuando

se está haciendo un experimento... Pero no estaba usted solo —añadió, soltando una risotada—, Áyax y Aquiles le han hecho compañía, por lo que veo... ¡Oh, son realmente unos perros caseros!

—Querido maestro —contestó, con la voz algo alterada, Lalouette, que se estaba recomponiendo de su emoción al volver a encontrar a un Loustalot tan amable y natural—, querido maestro... antes he oído un grito terrible.

—¡Imposible! —soltó Loustalot, sorprendido—, ¡aquí!

—Aquí.

—Pero si aquí no hay nadie más que mi viejo Tobie y yo, y acabo de dejarlo.

—Entonces sin duda habrá sido en los alrededores.

—Sin duda... ¡Bah!, algún furtivo del Marne riñendo con un guarda... Pero si es cierto, parece usted algo alterado... Veamos, Sr. Lalouette, esto no es serio... repóngase... Espere, voy a cerrar la ventana Así, ahora estamos a gusto... y ahora, conversemos como personas razonables... ¿No le parece a usted algo disparatado venir a preguntarme, a mí, lo que opino del secreto de Toth y de la canción que mata? Este asunto de la Academia es extraordinario, pero hay que guardarse de no hacerlo más extraordinario aún con todas esas bobadas de su Eliphas, de su Taillebourg, de su no-sé-qué, como dice ese magnífico Patard. Al parecer está enfermo, el pobre Patard, ¿no es así?

—Señor, fue Raymond de La Beyssière quien me aconsejó que viniera a verle.

—Raymond de La Beyssière, ¡un chiflado!... un amigo de la Bithynie, un Pneumático... Hace que las mesas den vueltas, ¡y le llaman a eso un sabio! Él sí que debe saber lo que es el secreto de Toth. ¿Por qué diantre le manda a mi casa?

—Verá usted, yo había ido a su casa, porque desde hacía unos días se hablaba mucho del secreto de Toth sin saber lo que era. Tengo que decirle que el tal Eliphas sobre quien se bromeaba al principio, ahora a todo el mundo le parece terrible; se han efectuado registros en su casa y en su laboratorio de la calle de la Huchette y allí se han descubierto fórmulas sobre los misterios de la humanidad que no son tan inofensivas como podría creerse, pues al parecer tienen relación con la física y la química, ¡para hacer a distancia que la gente pase a mejor vida!

—En ese estilo —se carcajeó el gran Loustalot—, tenemos la fórmula de la pólvora de cañón...

—¡Quiá!, pero es conocida... mientras que hay una fórmula, parece ser, que no todo el mundo conoce y que es la más peligrosa de todas... es lo que llaman el secreto de Toth. Según dicen en todas las paredes del laboratorio de la calle de la Huchette se repite esa fórmula misteriosa. Se ha preguntado —los magistrados, empujados por la opinión pública, los periodistas y yo mismo— se ha preguntado a Raymond de La Beyssière, que es uno de nuestros egiptólogos más brillantes, qué era el secreto de Toth.

Y contestó textualmente: «El texto del secreto de Toth dice así: Si lo deseo morirás por la nariz, los ojos, la boca y las orejas, pues soy el amo del aire, de la luz y del sonido».

—¡Desde luego era un fenómeno, el viejo Toth! —observó el gran Loustalot, asintiendo con la cabeza con un aire medio serio, medio burlón.

—Por lo que dice Raymond de La Beyssière, habría que considerarlo como el inventor de la magia. Era el Hermes de los griegos, aparentemente, y era nueve veces grande. Se ha hallado su fórmula escrita en Saqqarah, en las paredes de las cámaras funerarias de las pirámides de los reyes de las dinastías quinta y sexta —son los textos más antiguos que conocemos—, y esa increíble fórmula estaba rodeada de otras que protegían de la mordedura de serpiente, de la picadura de escorpión y en general, del ataque de todos los animales que fascinan a sus presas.

—Mi querido señor Lalouette —comentó el gran Loustalot—, habla usted como un libro, da gusto oírle.

—Tengo el don, querido maestro, de tener una memoria excelente, pero no me jacto de ello. Soy el hombre más ignorante de todos, y vengo muy humildemente a preguntarle lo que opina del secreto de Toth... Raymond de La Beyssière no oculta que a las palabras del famoso secreto inscritas en la tumba seguían unos signos misteriosos, como los nuestros de álgebra y química, que han hecho palidecer a varias generaciones de egiptólogos. Y dice que esos signos, que dan el poder de que habla Toth, habían sido descifrados por Eliphas de La Nox. Este lo afirmó en varias ocasiones y entre sus papeles, en el registro de la calle de la Huchette, se halló un manuscrito titulado *De las fuerzas del pasado a las del porvenir*, que daría pie a pensar que efectivamente Eliphas había desvelado el temible pensamiento de los sabios de aquella época. Sabrá usted, naturalmente, querido maestro, que los sacerdotes del primer Egipto ya habían descubierto la electricidad.

—¡Qué majete, Lalouette! —rió Loustalot, encorvándose como un mono y cogiéndose la punta de los pies con sus manitas—. ¡Pero sigue, sigue... que me diviertes!

Gaspard Lalouette se quedó impresionado por tan vulgares familiaridades, pero, considerando que los hombres de genio no han de saber moverse en el marco de la cortesía hecho a la medida de los hombres ordinarios, prosiguió con aspecto de no haber notado nada:

—Ese Raymond de La Beyssière es tajante al respecto. E incluso añadió: «Igualmente podrían estar al corriente de las inconmensurables fuerzas de la desmaterialización de la materia que acabamos no más de descubrir, e incluso es posible que hubieran medido esas fuerzas, lo cual les permitiría muchas cosas».

El gran Loustalot se soltó los piececillos, se tensó como un arco y se plantó todo derecho bajo la barbilla de Lalouette, profiriendo, mientras se rascaba la punta de la

nariz, estas extrañas palabras:

—¡Tú lo has dicho, cara de bicho!

Lalouette no pestañeó.

—Todo esto le parece a usted ridículo, querido maestro —dijo.

—¡Ya te digo, cara de higo!

—No estoy molesto —dijo inmediatamente Lalouette, sonriendo con amabilidad al estimado maestro— de ver que se lo toma usted de este modo. Figúrese que yo hubiera acabado por dejarme impresionar, como tanto otros. Pues usted sabe lo que ha ocurrido. En cuanto se conoció el texto del secreto de Toth, «Si lo deseo morirás por la nariz, los ojos, la boca y las orejas, pues soy el amo del aire, de la luz y del sonido», enseguida apareció gente que lo explicaba todo, ¡oh, sí!

¡Ante la idea de que, con el secreto de Toth, Eliphas era el amo del sonido, enseguida recordaron las palabras de la Babette sobre la canción que mata! Y dijeron que Eliphas o el organillero habían introducido algo en el mecanismo del órgano, una fuerza que mata al sonar y que tal vez estuviera encerrada en una caja que después se habría retirado del órgano. Por eso pedí revisar el órgano.

—¿De modo que le interesaba a usted mucho este asunto, señor Lalouette? —interrogó el sabio con un tono casi arisco que dejó completamente azorado al pobre Lalouette, que sin embargo no era tímido.

—No es que me interesase más que a cualquier otro —contestó, de manera un tanto apurada—. Sabe usted, yo también he vendido órganos, órganos viejos... y quise ver...

—¿Y qué vio usted?

—Escuche, maestro... no vi nada en el órgano, pero junto al órgano descubrí una cosa, un objeto... Este es...

Y Lalouette se sacó del bolsillo de su chaqueta un largo tubo estrecho terminado en cono y que se parecía un poco a la embocadura de un instrumento de viento.

El gran Loustalot tomó el objeto, lo miró y se lo devolvió.

—Es alguna embocadura —dijo—, de alguna clase de trompeta...

—Yo también lo creo así. Y sin embargo, figúrese, querido maestro, que esta embocadura encajaba maravillosamente en un agujero que había en el órgano de Barbaria, y yo nunca he visto una embocadura de esta clase en un órgano de Barbaria... Le pido perdón... pero, asustado por todas esas sandeces que había oído, me dije: «Tal vez se trate de la embocadura que estaba destinada a enviar en cierta dirección el sonido que mata».

—¡Ya! ¡Caramba, mi querido anticuario de Lalouette, ya está bien! ¡Es usted tan necio como los demás!... ¿y qué va a hacer usted con esa embocadura?

—Mi querido maestro —declaró Lalouette, enjugándose el rostro—, no haré nada en absoluto ni me ocuparé más de ese órgano si un hombre como usted me afirmara

que el secreto de Toth...

—¡Es el secreto de los imbéciles!... ¡Adiós, señor Lalouette, adiós!... ¡Áyax, Aquiles!, dejad salir al señor.

Pero Lalouette, que ahora tenía la libertad de salir, no la aprovechó.

—Sólo unas palabras más, querido maestro... y me habrá quitado usted un peso de la conciencia hasta un punto que no puede usted sospechar, pero que me permitiré explicarle más tarde.

—¿Qué es? —preguntó inmediatamente Loustalot, prestando oído de nuevo y deteniéndose en el rellano.

—Lo siguiente: los que dijeron que Eliphas pudo haber asesinado a Martin Latouche con la canción que mata, también supusieron, siempre en base al secreto de Toth, que habla del poder mortal de la luz, que Maxime d'Aulnay había sido asesinado a golpe de rayos.

—¡A golpe de rayos! ¡Decididamente está usted para encerrarlo! ¿Cómo que a golpe de rayos?

—Sí, le habrían enviado al ojo, con la ayuda de un aparato especial, unos rayos previamente envenenados, que le habrían dado muerte. Para apoyar su versión, afirman que un rayo cayó sobre Maxime d'Aulnay mientras leía su discurso... y que d'Aulnay, antes de caer fulminado, hizo el gesto de quien quiere apartarse una mosca de la cara o protegerse contra un resplandor que le molesta de repente.

—¡Ah, vaya!... enviado... ¡pum!, ¡al ojo!

—Y por último, el secreto de Toth permite también matar por la boca o por la nariz. ¡Esos chiflados, pues ya veo que no se les puede llamar de otro modo, esos chiflados, mi querido maestro, escogieron para Jehan Mortimar la muerte por la nariz!

—¡Es lo mejor que podían hacer, señor —comentó el gran Loustalot—, con el poeta de los Perfumes Trágicos!

—Sí, los perfumes son en ocasiones más trágicos de lo que se piensa.

—¡Hortensia!

—¡Ríase, querido maestro, ríase! ¡Y le voy a hacer reír hasta el final! Esos caballeros suponen que la primera carta que se le llevó a Jehan Mortimar con la terrible inscripción sobre los perfumes era auténtica, la verdadera letra de Eliphas, mientras que la segunda no era más que el envío de un bromista de mal gusto. En su carta, Eliphas había encerrado un veneno sutil como el de los Borgias, del que habrá usted oído hablar, sin duda.

—¡Picuda!

Se hubiera podido pensar que la manera tan despectiva con la que el gran Loustalot creía deber responder a las preguntas tan serias de Gaspard Lalouette acabó con la paciencia y la buena educación del experto anticuario, marchante de cuadros,

pero muy al contrario, lo que ocurrió fue que, sin poder contener más su alegría, Lalouette estrechó al gran Loustalot entre sus brazos y lo colmó de agasajos; mientras lo abrazaba, el pequeño grandísimo sabio pataleaba con toda la fuerza de sus piernecillas.

—¡Suélteme! —gritaba—. ¡Suélteme o hago que le devoren mis perros!

Pero —milagroso azar—, los perros ya no estaban ahí, y la felicidad de Lalouette parecía llegar a su colmo.

—¡Ah, qué alivio! —exclamaba—, ¡qué bien!... ¡qué bueno es usted!, ¡qué grande es usted!... ¡qué genio!

—¡Esta usted loco! —soltó Loustalot al liberarse por fin de él, furioso, sin saber lo que le estaba ocurriendo.

—¡No!, ¡son ellos los que están locos! ¡Repítamelo, maestro, y me iré!

—¡Pues evidentemente! ¡Están locos de remate!

—¡Ja, ja!, ¡locos de remate! Lo voy a retener: locos de remate.

—¡Locos de remate! —repitió el sabio.

Y ambos repetían: «¡Locos de remate!, ¡locos de remate!», y ahora se reían, como los mejores amigos del mundo.

Finalmente, Lalouette se despidió. Loustalot lo acompañó muy amistosamente hasta el patio, y allí, al ver que ya era noche cerrada, le dijo a Lalouette:

—Aguarde, le voy a acompañar un trecho del camino con una linterna; no quiero que se caiga al Marne.

Y volvió enseguida con una pequeña linterna encendida que iba bamboleando a la altura de sus cortas rodillas.

—¡Andando! —dijo.

Y él mismo abrió y cerró cuidadosamente la verja. No se había vuelto a ver al gigante Tobie. Lalouette se decía: «¿Pero quién cuernos me ha contado que este hombre es distraído? ¡Si está en todo!».

Caminaron así durante diez minutos. Llegaron a la orilla del Marne, donde Lalouette encontró un sendero cómodo. Lalouette, a quien no disgustaba un cierto énfasis en la conversación, se creyó en la obligación de decir entonces, antes de despedirse del gran Loustalot y después de haberse disculpado una vez más por la gran molestia que le había causado:

—Decididamente, querido maestro, nuestro gran París ha caído muy bajo. Aquí tenemos tres muertes que realmente son de lo más natural. Y París prefiere creer en los saltimbanquis que se arrogan un poder que haría sonrojarse a los dioses, en lugar de explicarlas, como usted y como yo, únicamente a la luz de la razón.

—¡Y un jamón! —concluyó el gran Loustalot, y se dio la vuelta, sin más, con su linterna, dejando a Gaspard Lalouette completamente atónito, en la orilla, en medio de la oscura noche...

A lo lejos danzaba el resplandor de la linterna... Luego ese resplandor también desapareció, y de repente, el espeluznante clamor, el gran grito de muerte, el aullido humano, resonó en lontananza... seguido por el ladrido desesperadamente prolongado de los molosos.

Lalouette, que al principio se había detenido jadeando de espanto ante ese grito enloquecedor, creyó oír más cerca de él el aullido de los animales, y huyó de allí.

Capítulo VIII

En Francia disminuye la Inmortalidad

¡Los treinta y nueve! No había remedio; ahora se decía los treinta y nueve.

¡Ya sólo había treinta y nueve académicos!

Y nadie se presentaba para ser el cuadragésimo.

Desde los últimos acontecimientos habían transcurrido varios meses, durante los cuales no se había presentado ninguna candidatura para el Sillón Maldito. La Academia estaba deshonrada...

Y cuando, por casualidad, la ilustre Asamblea se veía en la necesidad de designar a algunos colegas que, siguiendo la costumbre, debían con su presencia en uniforme realzar el resplandor de una ceremonia pública, generalmente fúnebre, era todo un drama.

Todo era ingeniarse para inventar una enfermedad o sacarse de la manga, del último rincón de una provincia lejana, algún pariente agonizante para no vestir en público el traje de hojas de roble ni colgarse al costado la espada de empuñadura de nácar.

¡Oh, realmente eran malos tiempos!

Y la Inmortalidad estaba muy enferma. Ya no se hablaba de ella sino con una sonrisa en los labios. Pues en Francia todo acaba así, con una sonrisa, incluso cuando las canciones matan. La investigación se había cerrado rápidamente y el caso se había archivado. Y parecía que de aquella terrible aventura en que la opinión pública, trastornada, no había visto más que crímenes, no había de permanecer más que el recuerdo de un sillón que traía mal fario... y en el que no había hombre lo bastante audaz para sentarse ahora...

Cosa que, efectivamente, era bastante risible. Así pues, todo el horror de aquella inexplicable tragedia triple se borraba ante la sonrisa de ahora: ¡los treinta y nueve!

La Inmortalidad había disminuido en Uno. Y esto había bastado para hacerla ridícula por siempre. Tan ridícula, que el ansia de antaño por formar parte de una Asamblea que indiscutiblemente reunía a las mentes más nobles de la época se había frenado sensiblemente.

Sí, incluso para los demás sillones —pues entretanto hubo que repartir dos o tres sillones—, hubo que traer por la oreja a los candidatos. Por Dios, es que no dejaban de mofarse un poco de ellos por presentarse a otro sillón y no al de Mons. d'Abbeville.

Hacían sus visitas, avergonzados. Luego resultaba que habían sido candidatos en el último minuto, y era algo bastante penoso oírles pronunciar un elogio cualquiera

mientras que los de Mons. d'Abbeville, Jehan Mortimar, Maxime d'Aulnay y Martin Latouche estaban aún por hacer.

Se los tomaba por unos cobardes, ni más ni menos.

Y se podía prever el momento en que el reclutamiento para la Inmortalidad se tornaría casi imposible.

¡Entretanto, esta no constaba más que de treinta y nueve!

¡Los treinta y nueve!... Si la Inmortalidad hubiera tenido pelos —normalmente es calva— se los hubiera arrancado. Le quedaba algún mechón por aquí y por allá, por ejemplo en el cráneo de Hippolyte Patard, pero un mechón tan lamentable que a la propia desesperación le habría dado pena. Era un mechón que lloraba, como quien dice, una lágrima de pelo colgando sobre la frente.

¡Hippolyte Patard había cambiado mucho! Hasta entonces sólo se le habían conocido dos colores: el rosado y el amarillo limón. Pues había adoptado otro, un tercero que era indefinible, por el hecho de que consistía en que ya no era ningún color. Es esa clase de color negativo, si se me permite, que los antiguos ponían en las mejillas de las pálidas Parcas, diosas infernales. Y también el Sr. secretario perpetuo, tan siniestro era su aspecto, parecía ascender del infierno adonde había creído firmemente que iba a descender.

Tras la muerte de Martin Latouche, unos remordimientos espantosos lo postraron en cama, y se lo oyó, en su delirio, acusarse del triste final del desgraciado melómano. Pedía perdón a la Babette, y fueron necesarios el cierre de la instrucción, la afirmación del médico y la visita de sus colegas para devolverle la razón. Al recobrar el sentido común, se dio cuenta de que jamás la Academia había necesitado tanto sus servicios como entonces. Se levantó y retomó heroicamente su gran tarea.

Pero no tardó mucho en percatarse de que la Inmortalidad ya no era vida para él. Cuando se dirigía al Instituto, se veía obligado a dar rodeos para no ser reconocido y convertido inmediatamente en objeto de escarnio. Las sesiones entorno al Diccionario transcurrían entre vanos lamentos, suspiros y gemidos inútiles, cosa que desde luego no aceleraba la conclusión de tan gloriosa obra, cuando de repente, un buen día en que unos cuantos miembros de la Compañía se hallaban silenciosos y repantigados en su sala privada... En la sala contigua se produjo un gran barullo de puertas abriéndose y cerrándose, unos pasos apresurados, y la aparición alocada de un Hippolyte Patard que había recuperado todo, todo su color rosado. Al verlo, todo el mundo se levantó entre un gran guirigay.

¿Qué ocurría?

El secretario perpetuo estaba tan emocionado que no podía pronunciar palabra... Agitaba un pedazo de papel, pero de su boca jadeante no alcanzaba a salir sonido alguno... Ciertamente, el correo de Maratón que llevó a Atenas la noticia de la derrota de los persas y la salvación de la ciudad no llegó más agotado que él; y si

murió, fue sólo porque no era, como Hippolyte Patard, Inmortal.

Hicieron que Hippolyte Patard se sentara, le arrancaron el papel de las manos y leyeron:

«Tengo el honor de presentar mi candidatura para el sillón que dejó libre la muerte de Mons. d'Abbeville, Jehan Mortimar, Maxime d'Aulnay y Martin Latouche».

Lo firmaba: «Jules-Louis-Gaspard LALOUETTE, hombre de letras, Oficial de la Academia. Calle Laffitte, 32 bis, París».

Capítulo IX

En Francia siempre se encuentra un ciudadano con valor y sentido común para avergonzar, con su ejemplo, a la estúpida plebe

Sencillamente, todos se besaron. El recuerdo de aquel entusiasmo feliz se ha conservado en la Academia con el nombre del «beso Lalouette». Los que estaban allí lamentaron no ser más numerosos para regocijarse con mayor plenitud. Cuantos más locos hay, más se ríe.

Y ellos reían.

Se besaban y reían los siete.

Pues sólo había siete. En aquellos tiempos, se asistía lo menos posible a las sesiones, pues no eran nada alegres. Pero aquella fue memorable.

Los siete resolvieron inmediatamente visitar a ese señor Jules-Louis-Gaspard Lalouette. Querían conocerlo sin más tardanza y, con una gestión tan ajena a toda costumbre, ligarlo definitivamente a la suerte académica. Querían «enrolarlo».

Aguardaron a que Hippolyte Patard se repusiera un poco de su emoción, y todo el mundo bajó a donde el conserje, a quien se mandó en busca de dos coches. También habían pensado en ir a la calle Laffitte a pie —les habría venido bien «tomar el aire», y hacía tiempo que no respiraban tan ligeramente— pero temieron que por la calle reconocieran al director, al canciller (que no eran los mismos que hemos conocido, pues la dirección se renueva cada tres meses) y al secretario perpetuo, y que dieran rienda suelta a alguna manifestación indecente que mellaría la dignidad académica.

Además, y en una palabra, tenían prisa por conocer a su nuevo colega. Se pueden imaginar que en los dos coches no se hablaba de otra cosa. En el primero se decía: «¿Pero quién será ese Sr. Lalouette, hombre de letras? Su nombre no me es desconocido. Me parece que ha publicado algo recientemente, su nombre ha aparecido en los periódicos». Y en el segundo se decía: «¿Se han fijado en que a continuación de su firma ha puesto esta curiosa fórmula, “Oficial de la Academia”? Se ve que es un hombre agudo, que nos ha querido dar a entender que ya nos pertenece». Y así cada uno iba dando su opinión, como ocurre cuando la vida es bella.

El único que no decía nada era Hippolyte Patard, pues su alegría íntima era demasiado preciosa como para dispersarla en vanos parloteos.

Él no se preguntaba en absoluto «¿Quién es ese Lalouette?» o «¿Qué ha publicado?». Todo ello le resultaba indiferente. El Sr. Lalouette era el Sr. Lalouette, es decir, el cuadragésimo, y le acordaba genialidad sin discusión.

Así llegaron a la calle Laffitte. Los coches se alejaron. Hippolyte Patard comprobó que realmente se encontraban ante el 32 bis y, seguido por sus colegas, se adentró en el zaguán. Se hallaban en un edificio «bien».

Desde la puerta de la portería, la portera le preguntó a esos caballeros adónde iban. El secretario perpetuo contestó:

—¿El señor Lalouette, por favor?

—Debe estar en su tienda, señor.

Los siete se miraron unos a otros. «¿En su tienda, el Sr. Lalouette, hombre de letras?». La buena mujer debía de estar equivocada, y el secretario perpetuo precisó:

—Deseamos ver al señor Lalouette, oficial de la Academia.

—Sí, eso es, señor, ya le digo que debe estar en su tienda. La entrada es por la calle.

Los siete la saludaron, bastante asombrados y profundamente decepcionados.

Se encontraron en la calle, considerando una tienda de anticuario sobre la que leyeron estas palabras: ¡Gaspard Lalouette!

—Pues es aquí —dijo Patard.

Observaron los escaparates, que mostraban un montón de chamarilería y un cuadro viejo cuyos colores ya no se distinguían.

—Aquí se vende de todo —comentó, con la boca torcida, el Sr. director.

El canciller dijo:

—¡No es posible! Este caballero puso en su carta «hombre de letras».

Pero el secretario perpetuo profirió, con voz ronca:

—Se lo ruego, caballeros, no muestren su disgusto.

Y con valor, abrió la puerta de la tienda. Los otros lo siguieron, incómodos, pero sin atreverse a hacer ninguna observación. El secretario perpetuo les lanzaba miradas fulgurantes.

De la oscuridad salió una señora que llevaba en el cuello una gruesa y hermosa cadena de oro. Era de cierta edad, había debido de ser hermosa y sus cabellos blancos le daban cierta dignidad. Preguntó a los caballeros lo que deseaban. Patard saludó con reverencia y respondió que deseaban ver al Sr. Lalouette, hombre de letras, oficial de la Academia.

El secretario perpetuo, con el tono de un capitán maniobrando, ordenó:

—¡Anuncie a la Academia!

Y miró fijamente a sus hombres, con la evidente intención de largarlos a todos al calabozo si hacían un sólo movimiento en falso. La señora lanzó un gritito, se llevó la mano al pecho, que era opulento, pareció preguntarse si iba a desmayarse y finalmente se adentró en la oscuridad.

—Sin duda se trata de la señora Lalouette —dijo Patard—; está muy bien.

Casi inmediatamente, la señora regresó con un amable caballero barrigón, cuyo

vientre estaba adornado con una gruesa y hermosa cadena de oro. Dicho caballero tenía una palidez marmórea. Se acercó a los visitantes sin poder articular palabra.

Pero Hippolyte Patard estaba en todo. Enseguida le hizo sentirse cómodo.

—¿Es usted, caballero, el señor Gaspard Lalouette —dijo—, oficial de la Academia, hombre de letras y que presenta su candidatura para el sillón de Mons. d'Abbeville? Si es así, caballero —Gaspard Lalouette, que no había podido sobreponerse de su abrumadora emoción, hacía señas de que sí, era así—, si es así, caballero, permita que el señor director de la Academia, el señor canciller, mis colegas y yo mismo, Hippolyte Patard, secretario perpetuo, le felicitemos. Gracias a usted quedará claro de una vez por todas que en Francia, siempre se encuentra un ciudadano con valor y sentido común para avergonzar, con su ejemplo, a la estúpida plebe.

Y el secretario perpetuo estrechó solemnemente y con fuerza la mano de Gaspard Lalouette.

—¡Pero bueno, Gaspard, contesta! —exclamó la señora del pelo blanco.

Lalouette miró a su mujer, y luego a esos caballeros, y luego a su mujer, y luego otra vez a Hippolyte Patard, y en el honrado y bonachón rostro de este último pudo ver tanto aliento, que le hizo recobrar su valor.

—¡Señor, es demasiado honor! —dijo—... Permítame que le presente a «mi señora».

Ante esas palabras, «mi señora», el director y el canciller habían comenzado a esbozar una sonrisa vaga, pero Patard les lanzó un terrible vistazo que les cortó en seco y los devolvió a la gravedad de la situación.

La señora Lalouette saludó y dijo:

—Seguro que estos caballeros quieren charlar. Estarán mejor en la trastienda.

Y los hizo pasar a la sala del fondo.

Esa expresión, «la trastienda», había provocado una mueca incluso al propio Hippolyte Patard, pero cuando los académicos hubieron entrado en esa trastienda en particular, les dio una gran alegría reconocer que se hallaban en un verdadero museo en miniatura, decorado con muy buen gusto y donde se podían admirar, en las paredes y en las mesas con vitrina, auténticas maravillas. Se exponían cuadros, estatuillas, joyas, encajes y bordados de gran valor.

—¡Oh, señora! ¡Trastienda lo llama! —exclamó Hippolyte Patard—, ¡qué modestia! ¡No conozco en toda la capital un salón más hermoso, más precioso y más artístico!

—¡Se creería uno en el Louvre! —apuntó el director.

—¡Oh, exageran ustedes! —afirmó la señora Lalouette, pavoneándose.

Y todo el mundo se recreó en alabanzas a los esplendores de la trastienda.

—Debe de darle mucha pena vender estas cosas tan bellas —dijo el canciller.

—¡De algo hay que vivir! —respondió humildemente Gaspard Lalouette.

—¡Es evidente! —acordó el secretario perpetuo—, ¡y no conozco oficio más noble que aquel que consiste en distribuir belleza!...

—¡Es cierto! —aprobó la compañía.

—Cuando he dicho oficio me he expresado mal —prosiguió Patard—. Los más grandes príncipes venden sus colecciones; no se es comerciante por eso. Usted vende sus colecciones, mi querido señor Lalouette, y está usted en su derecho.

—Eso es lo que yo le digo siempre a mi marido, señor —dejó oír la Sra. Lalouette—, y siempre estamos discutiendo por eso. Pero ha acabado por comprenderme, y en el Bottin del año que viene, ya no se leerá «Gaspard Lalouette, marchante de cuadros, experto anticuario», sino «Gaspard Lalouette, coleccionista».

—¡Señora! —exclamó Hippolyte Patard—, encantado, señora, es usted una mujer excepcional. Habrá que decir eso también en el Le Tout-Paris.

Y le besó la mano.

—¡Oh, ciertamente! —contestó ella—, cuando sea de la Academia.

Y se produjo un breve silencio, y luego unas tosecillas. Hippolyte Patard lanzó un vistazo severo a todo el mundo y, con autoridad, tomó asiento.

—¡Siéntense todos! —ordenó—. Vamos a hablar en serio.

Todos obedecieron. La Sra. Lalouette jugueteaba con su gruesa y hermosa cadena de oro. Junto a ella, Gaspard Lalouette miraba fijamente al secretario perpetuo, con la mirada llena de esa ansiedad particular de los alumnos algo zotes cuando se encuentran frente a sus examinadores, el día del *baccalauréat*.

—Señor Lalouette —dijo Patard—, es usted un hombre de letras; ¿eso quiere decir que simplemente que le gustan las letras, o que ya ha publicado algo?

Como se puede ver, el secretario perpetuo ya tomaba precauciones para el caso en que Lalouette no hubiera publicado nada de nada.

—Señor secretario perpetuo —dijo con seguridad el marchante de cuadros—, ya he publicado dos obras que, me atrevo a decir, son muy valoradas entre los aficionados.

—¡Ah, eso está muy bien! ¿Y cuáles son sus títulos, si me permite?

—*Del arte de enmarcar*.

—¡Perfecto!

—Y el otro es sobre la autenticidad de las firmas de nuestros pintores más célebres.

—¡Bravo!

—Evidentemente, esas obras no han llegado al gran público, pero todos los que frecuentan el Hôtel des Ventes las conocen.

—El señor Lalouette es demasiado modesto —declaró la Sra. Lalouette, haciendo tintinear su cadena de oro—. Aquí tenemos una carta de felicitación de un personaje

que ha sabido apreciar a mi marido en su justo valor. Me refiero a Monseñor el Príncipe de Condé.

—¡Monseñor el Príncipe de Condé! —prorrumpieron todos los académicos, levantándose como un solo hombre.

—Aquí está la carta —y la Sra. Lalouette se sacó una carta, en efecto, de su opulento corpiño—. ¡No me separo nunca de ella! Después del Sr. Lalouette, es lo que más quiero en este mundo.

Todos los académicos rodeaban ahora la carta, que efectivamente era del Príncipe, y de las más elogiosas. La alegría era general. Hippolyte Patard se volvió hacia Lalouette y le estrechó la mano hasta casi rompérsela.

—¡Mi querido colega —le dijo—, es usted un fenómeno!

Lalouette se puso completamente rojo. Había vuelto a alzar la frente. Ya dominaba la situación. Su mujer lo miraba con orgullo. Y todo el mundo repitió:

—¡Sí, sí, es usted un fenómeno!

Y Patard:

—La Academia se honrará de tener a un fenómeno en su seno.

—No sé, señor —dijo Lalouette con fingida humildad, pues ya veía que se había llevado «el gato al agua»—, si realmente no será demasiado ambicioso, para un pobre plumífero como yo, pretender semejante honor...

—¡Cómo! —gritó el director, que desde que había leído la carta de Monseñor el Príncipe de Condé consideraba a Lalouette con amor—. ¡Esto hará reflexionar a los imbéciles!

Al principio Lalouette no supo cómo tomarse esa reflexión, pero en el rostro del director había tal alegría, que pensó que este no había querido ser desagradable con él, cosa que, de hecho, era cierta.

—¡Y vaya si los ha habido, en toda esta historia! —dijo.

Todos lo escucharon. Tenían curiosidad por saber qué opinión tenía Lalouette de las desgracias de la Academia. Ahora no había más que un temor: que reconsiderase su resolución. Y dijo:

—¡Oh, en mi opinión es muy sencillo! Compadezco a la pobre humanidad que admite perfectamente una serie de veintiuno al negro y en cambio no admite tres muertes naturales seguidas en la Academia.

Todos aplaudieron. El director, que no conocía el juego de la ruleta, pidió que se lo explicasen. Dejaron hablar a Lalouette; lo estaban estudiando. Estaban contentos de él, pero se llegó a la auténtica admiración cuando, a propósito de un incidente puramente literario que enfrentaba al canciller y al secretario perpetuo, Lalouette terció con admirable autoridad. La cosa sucedió así:

—¡Por fin voy a poder vivir, gracias a este buen hombre! —exclamó Patard, en su entusiasmo—. Palabra, ya no era yo ni la sombra de lo que había sido, ¡se me estaba

quedando el acdomen...!

—¡Oh, señor secretario perpetuo —objetó el canciller—, se dice abdomen! Acdomen, eso no es francés.

Fue entonces cuando Lalouette, cortando las protestas de Patard, intervino y declaró de un tirón y casi sin respirar:

—«Acdomen, alteración de la palabra Abdomen, sustantivo masculino. Del latín *abdōmen*. En anatomía, vientre, cavidad del cuerpo de los animales vertebrados y conjunto de los órganos contenidos en ella. En los mamíferos queda limitada por el diafragma. En zoología, por extensión, se denomina abdomen o región abdominal, en muchos animales invertebrados, la que sigue al tórax, verbi gratia, en los insectos. Y por último: Adiposidad, gordura; vientre del hombre o de la mujer, en especial cuando es prominente».

No había nada que responder a eso. Todos cerraron el pico, con todo lo académicos que eran. Mas la admiración general se convirtió casi en humillación, y la humillación en consternación cuando, al pasar ante una especie de mesa dividida en cierto número de ranuras paralelas en las que se desplazaban unos botones móviles, el propio director preguntó qué era eso, y Lalouette le contestó que era un ábaco, y por último el director preguntó qué era «una baco».

Lalouette pareció hincharse y, lanzando una mirada gloriosa a la Sra. Lalouette, dijo:

—Señor director, se dice un ábaco. Ábaco es un sustantivo masculino que viene del griego abax, mostrador, damero. Para los griegos, mesa situada en el santuario para recibir las ofrendas. Para los romanos, aparador donde se disponían las vajillas de valor. Matemáticas: máquina de calcular de origen griego, empleada por los romanos en sus operaciones aritméticas. Los chinos, los tártaros y los mongoles lo emplearon; los rusos lo adoptaron. En arquitectura: tablero que se sitúa entre el capitel de una columna y el arquitrabe. Vitruvio, señor director, Vitruvio emplea la palabra plinto para referirse al ábaco.

Al escuchar al marchante de cuadros hablar de Vitruvio, todos agacharon la cabeza, con excepción de Patard, cuyos ojos destellaban. Sobre todo con Vitruvio acabó de conquistarlo.

—El sillón de Mons. d'Abbeville será ocupado dignamente —dijo.

Y ya no se habló a Lalouette sino con respeto. Finalmente los caballeros, algo apurados y temiendo cometer alguna otra falta de francés, se despidieron. Presentaron sus respetos al Sr. Lalouette y besaron la mano de «su señora», que les pareció bastante imponente.

Pero Patard no se fue, pues Gaspard Lalouette le había dado a entender que tenía que decirle algo en privado. Cuando se quedaron solos, Lalouette despidió a la Sra. Lalouette.

—Vete, niña —ordenó.

Esta se fue lanzando un suspiro y una mirada suplicante a Patard.

—¿Qué puedo hacer por usted, querido colega? —preguntó Patard, algo inquieto.

—Tengo que hacerle una confidencia, señor secretario perpetuo; esto quedará entre usted y yo, pero es preciso que no le oculte nada... Entre los dos, ciertamente podremos remediar los inconvenientes de la cuestión... pues por ejemplo, en cuanto al discurso...

—¿Qué?, ¿qué ocurre con el discurso? Explíquese, querido señor Lalouette, no le entiendo... ¿Es que no sabría usted componer un discurso?

—¡Oh, sí, sí! ¡No es eso lo que me preocupa!

—¡Pues bien!, ¿entonces?

—Pues bien, entonces... hay que leerlo...

—Naturalmente, es demasiado largo para aprendérselo de memoria.

—Pues eso es lo que me trae de cabeza, señor secretario perpetuo... ¡porque no sé leer!

Capítulo X

El Calvario

Ante esas últimas palabras, el secretario perpetuo pegó un salto como si le hubieran dado un latigazo en las piernas.

—¡Eso no es posible! —exclamó.

Y miró a Gaspard Lalouette, pensando que se estaba burlando de él. Pero Lalouette ahora callaba, con la mirada gacha, mostrándole un aspecto más bien triste.

—¡Ah, quiere usted reírse de mí! —exclamó Patard, tirándole de la manga.

—No, no —dijo Lalouette, sacudiendo la cabeza como un niño desgraciado—, ¡no me río!...

Pero el secretario perpetuo, que parecía estar adentrándose en una especie de delirio, prosiguió:

—¿Pero qué demontre es esta historia?, ¡vamos a ver...! ¡Respóndame!... ¡Míreme un poco!

Lalouette alzó sobre Patard una mirada humilde y dolorosa, una de esas miradas que no engañan. Esta vez el secretario perpetuo sintió un verdadero escalofrío recorrer su cuerpo de la cabeza a los pies: ¡el candidato a la Academia no sabía leer! Patard dejó escapar un «¡Oh!» que decía mucho de su estado de ánimo. Después, se desplomó sobre una silla, con un gran suspiro.

—¡Esto sí que es un fastidio! —dijo.

Se produjo un triste silencio entre los dos hombres.

Gaspard Lalouette fue el primero que se atrevió a tomar la palabra:

—Se lo hubiera ocultado también, como a los demás, pero usted, que está en la secretaría perpetua, que recibirá mi correspondencia, que ciertamente en alguna ocasión me someterá sus escritos (¡me someterá sus escritos! Hippolyte Patard alzó la mirada al cielo), he pensado que usted se percataría enseguida... y me he dicho que más valía ponerme de acuerdo con usted de manera que nadie sepa nada nunca... ¡nunca! ¿No contesta usted? ¿Es el asunto del discurso lo que le preocupa? Pues bien, no lo hará usted demasiado largo y me lo hará aprender de memoria... Haré todo lo que usted quiera... ¡pero diga algo!

Hippolyte Patard no volvía en sí. Estaba como aturdido. Había visto muchas cosas en los últimos meses, pero esto era el colmo. ¡Un candidato a la Academia que no sabía leer!

Finalmente se decidió a manifestar los sentimientos contradictorios que lo agitaban.

—¡Por Dios, esto es muy engorroso! ¡Ah, pero que muy engorroso! ¡Por fin

aparece un candidato y resulta que no sabe leer! ¡Cumple, desde luego cumple, pero no sabe leer!... ¡Ay Dios, qué fastidio! ¡Fastidio!, ¡fastidio!, ¡fastidio!

Y se fue, furioso, para Lalouette:

—¿Cómo puede ser que no sepa usted leer?... ¡Esto sobrepasa la imaginación!

Gaspard Lalouette respondió, gravemente:

—Sí que puede ser, porque nunca fui al colegio... mi padre me hizo trabajar como un obrero en su almacén, desde la edad de seis años. Consideró que era inútil hacerme aprender una ciencia que él no conocía y que no necesitaba para triunfar en sus negocios. Se limitó a enseñarme su oficio, que era, como el mío, el de anticuario. Yo no sabía lo que era una letra, ¡pero a los diez años nadie me hubiera engañado con la firma de un cuadro, y a los siete sabía distinguir el encaje de Cluny del de Alençon! Así fue como, aunque no supiera leer, pude dictar unas obras que provocan la admiración de Monseñor el Príncipe de Condé.

Esa frase final fue muy diestra, e impresionó vivamente al secretario perpetuo. Se levantó y caminó de arriba abajo con rabia. Lalouette lo observaba por el rabillo del ojo, escuchándole mascullar palabras, o más bien adivinando que mascullaba: «¡Leer! ¡Leer! ¡No sabe leer!». Finalmente Hippolyte Patard volvió hacia Gaspard Lalouette, rabioso:

—¿Por qué me ha contado usted esto?... ¡No tenía que habérmelo dicho!

—Me pareció más honesto y más hábil...

—¡Bla, bla, bla!... ¡Claro que me habría dado cuenta, pero después, y ya no tendría tanta importancia!... ¡Escúcheme!, imagínese que no me ha dicho nada, ¿de acuerdo?... ¡Yo no sé nada! ¡Soy un poco duro de oído, no he oído nada!

—¡Claro, como usted quiera!... yo no le he dicho nada, señor secretario perpetuo, y usted no ha oído nada en absoluto.

Patard respiró.

—¡Es increíble! —dijo—. Nunca lo hubiera pensado de usted, viéndole... escuchándole...

Otro suspiro del secretario perpetuo.

—Pero lo que es completamente inaudito, ¡es que habla usted como un sabio!... Ahora sí que puedo decírselo, señor Lalouette... no estábamos muy seguros al entrar en su tienda... ¡pero nos ha conquistado usted, literalmente nos ha conquistado, con su erudición!... ¡y resulta que no sabe usted leer!

—¡Señor secretario perpetuo, creía que ya no lo sabía usted!

—¡Ah, sí! ¡Perdón, pero es más fuerte que yo!... No pensaré en otra cosa en toda mi vida... ¡un académico que no sabe leer!

—¡Todavía! —dijo Lalouette, sonriendo.

Patard también sonrió esta vez, pero su sonrisa era bastante penosa.

—¡Desde luego es peliaguda la cosa! —dijo a media voz.

Lalouette emitió tímidamente la opinión de que a todo hay que acostumbrarse en esta vida, y añadió:

—¡En cualquier caso, si hay que ser un sabio para ser académico, he demostrado a varios de esos caballeros que sabía más que ellos!

—¡Repámpanos!, nos ha hablado usted de los griegos y de los romanos, y de la carrillada, y del ábaco, y de Vitruvio. ¿Pero de dónde se ha sacado todo lo que nos ha contado?

—Del diccionario Larousse, señor secretario perpetuo.

—¿Del diccionario Larousse?

—¡Del diccionario Larousse ilustrado!

—¿Por qué ilustrado? —gritó el pobre Patard, cuyo asombro se estaba tornando espanto.

—Por las ilustraciones que, a causa de la ignorancia en que me hallo sobre el significado de esos pequeños signos extraños llamados letras, me son de gran ayuda.

—¿Y quién le ha ayudado a aprenderse de memoria el diccionario Larousse?

—¡Pues la propia señora Lalouette! Se trata de una decisión que tomamos juntos, el día en que decidí presentar mi candidatura a la Academia.

—Si era por eso, hubiera usted hecho mejor aprendiéndose de memoria el diccionario de la Academia, señor Lalouette.

—También lo pensé —acordó riéndose Lalouette—, pero lo habrían reconocido ustedes.

—Ah. Claro —dijo Hippolyte Patard, y se quedó pensativo.

Tanta inteligencia, tanta perspicacia y valor le dieron qué pensar. Conocía a gente de la Academia que sabía leer y que ciertamente no valía tanto como Gaspard Lalouette. Este interrumpió sus reflexiones.

—Aún estoy sólo en la letra A —dijo—, pero la acabaré pronto.

—¡Ja! ¡Ja!, ¡aún está en la letra A!

—Al signo A pertenecen las palabras abdomen y ábaco, señor secretario perpetuo... gracias a las cuales he tenido el honor de conquistarles...

—¡Sí!, ¡sí!, ¡sí!, ¡sí!, ¡sí!, ¡sí!, ¡sí!, ¡sí!

Hippolyte Patard se levantó, abrió la puerta que daba a la calle y su pecho se hinchó como si quisiera encerrar de una vez todo el aire respirable de la capital; luego observó la calle, los transeúntes, las casas, el cielo, el Sagrado Corazón que alzaba su cruz hacia las nubes, allá en lo alto, y por una asociación de ideas bastante comprensible, pensó en todos aquellos que llevan su cruz en tierra, sin mostrarla. Nunca había habido una situación tan terrible para un secretario perpetuo. Heroicamente, tomó una decisión. Se volvió hacia el hombre que no sabía leer:

—Hasta pronto, querido colega —dijo.

Y salió a la acera abriendo su paraguas, aunque no llovía. Pero es que no podía

más, se ocultaba como podía. Se fue por las calles, avanzando a duras penas.

Capítulo XI

Terrible aparición

Apenas la puerta se cerró sobre el secretario perpetuo, la señora Lalouette se precipitó hacia su marido:

—¿Y bien, Gaspard? —imploró.

—Pues bien, ya está. Me ha dicho «Hasta pronto, querido colega».

—¿Y lo sabe todo?

—¡Lo sabe todo!

—¡Es mejor así!... Así, si algún día se llega a saber... no habrá sorpresas... Tú habrás cumplido con tu deber, ¡será él quien no haya cumplido con el suyo!

Se besaron; estaban radiantes. La señora Lalouette dijo:

—¡Buenos días, señor académico!

—Sabes que lo hago por ti... —dijo Lalouette.

Y era cierto que por ella era por quien estaba jugando esta extraña partida. La Sra. Lalouette, que se había casado con él porque escribía libros, nunca le había perdonado a su marido que le ocultara que no sabía leer. Cuando se lo confesó, hubo escenas desgarradoras en la pareja. Tras lo cual, la Sra. Lalouette trató de enseñarle a leer. Fue una pérdida de tiempo. Era como un sortilegio. El alfabeto aún pasaba (en letras grandes), pero el Sr. Lalouette nunca pudo llegar a las sílabas: la b con la a, ba, la b con la e, be, la b con la i, bi. Se había puesto demasiado tarde, y no le entraban en la cabeza. Era una lástima, pues Lalouette era un artista y amaba las cosas bellas. La señora enfermó, y no consintió en curarse hasta el día en que Lalouette fue nombrado oficial de la Academia. Sólo entonces le devolvió un poquito de su amor.

Pero, a pesar de que hubieran transcurrido muchos años, y que Gaspard Lalouette fingiera interesarse por encima de todo, por mediación de su esposa, en las letras, entre «los dos cónyuges» seguía habiendo ese secreto formidable que envenenaba su existencia: ¡Lalouette no sabía leer!

En estas acaeció ese asunto de la Academia. Por el mayor de los azares, Lalouette presenció la muerte de Maxime d'Aulnay. Gaspard Lalouette no era ni supersticioso ni tonto. Consideró natural la muerte de un hombre que tenía una enfermedad del corazón y a quien el trágico deceso de su antecesor debía asustar por encima de todas las cosas. Se asombró de la emoción general, y sonrió ante todas las estupideces que corrieron de boca en boca sobre la venganza de un brujo que había desaparecido. Y se quedó realmente anonadado al enterarse de que este doble acontecimiento había alterado de tal modo los ánimos que no había ningún candidato que se presentase a la sucesión de Mons. d'Abbeville. El único que no había retirado aún su candidatura era

Martin Latouche. Lalouette se dijo un buen día: «¡Desde luego tiene gracia! ¡Pues si no quieren sillón, a mí no me da miedo!... ¡Eso sí que dejaría pasmada a Eulalie!».

Eulalie era el nombre de pila de la señora de Gaspard Lalouette. Pero se quedó muy decepcionado cuando se enteró de que Martin Latouche aceptaba con toda la tranquilidad del mundo ser elegido para el sillón fatal.

En cualquier caso, quiso asistir a la sesión de investidura de Martin Latouche. No se hubiera podido decir con exactitud cuál era entonces su pensamiento. ¿Acaso Lalouette tenía, en el fondo de sí mismo, la esperanza (que, como hombre honrado que era, no podía confesarse) de que el destino, tan barroco en ocasiones, iba a dar un nuevo golpe?... Sería imposible afirmarlo sin ser injusto.

De modo que Lalouette asistió a la escena en que la vieja Babette vino toda desgreñada a anunciar la muerte de su señor.

Con todo lo fuerte, con todo lo sólido que sea uno, hay cosas que impresionan. Y Lalouette salió de aquel barullo de lo más impresionado.

Fue en ese momento cuando comenzó a interesarse verdaderamente por la singular y misteriosa figura de Eliphas. ¿Pero qué diantre era ese hombrecillo? Interrogó a gente competente en materia de brujería. Entrevistó a algunos miembros influyentes del club de los Pneumáticos. Vio a Raymond de La Beyssière. Se enteró de lo del secreto de Toth. Y solicitó ir a examinar el órgano de Barbaria. Después tomó el tren para La Varenne-Saint Hilaire y, si bien regresó algo atolondrado por el extraño recibimiento que le habían hecho, en cambio ya no tenía ninguna duda sobre la inanidad de todas las fórmulas egipcias.

Aún no le había dicho nada a la Sra. Lalouette, y consideró que había llegado el momento adecuado de desvelarle sus proyectos. Eulalie se quedó «pasmada», pero tenía mucha cabeza y lo aprobó embargada. Únicamente, como era la prudencia en persona, le aconsejó que fuera sobre seguro. Ese Eliphas de Saint-Elme de Taillebourg de La Nox debía estar en alguna parte. Había que encontrarlo, o al menos conseguir noticias suyas.

En esas pesquisas transcurrieron unos meses más. Lalouette se impacientaba. Tras enterarse de que Eliphas también se llamaba Borigo de Careï, por motivo de que era oriundo del valle del Careï, partió para la Provenza, y allí, en el fondo de un profundo valle, tras una cortina de olivos que resguardaban una modesta casita, descubrió a una viejecita que no era ni más ni menos que la madre del ilustre mago. Esta no tenía idea alguna de las batallas de la vida, y no tuvo ningún reparo en decirle que hacía algunos meses que su hijo, cansado de París y de los parisinos, le dijo ella, se había ido al Canadá. Eliphas le había escrito, y le enseñó las cartas. Lalouette comparó las fechas. Ya no había duda de que a Eliphas le interesaba tanto ahora el sillón de Mons. d'Abbeville como su primera camisa.

Lalouette regresó, triunfante, y echó su carta de candidatura.

El único punto oscuro de la aventura era que Gaspard Lalouette, candidato a la Academia Francesa, no sabía leer. Sintiendo en posición de fuerza por la situación que les brindaban todos los que sí sabían leer y no se presentaban, el Sr. y la Sra. Lalouette habían decidido honradamente remitirse al secretario perpetuo. Eso era obrar como buena gente. Y ya hemos visto que el secretario perpetuo había pasado por alto ese «pequeño detalle»...

De manera que la alegría de la pareja era inmensa. Se besaban; a su alrededor la tienda resplandecía.

—Mañana —dijo la Sra. Lalouette con los ojos brillantes de placer— tu candidatura estará en todos los periódicos; ¡la que se va a montar! ¡Señor Lalouette, es usted famoso!...

—¿Gracias a quién, monada? ¡Gracias a ti, que eres tan inteligente y tan valiente! ¡Otra mujer hubiera tenido miedo!, pero tú me has apoyado, me has animado, me has dicho «¡Vamos, Gaspard!».

—Y además, lo tranquilos que estamos —comentó la prudente Sra. Lalouette— desde que sabemos que ese tal Eliphaz, a quien se le han achacado en París todos los crímenes, está paseándose tranquilamente por Canadá.

—Señora Lalouette, le confieso que después de la tercera muerte, a pesar de todo lo que hubiera podido decirme ese estafalario gran Loustalot, necesitaba asegurarme al respecto de Eliphaz. Si hubiera sabido que merodeaba por los alrededores, me lo hubiera pensado dos veces antes de presentar mi candidatura. Un brujo no deja de ser un hombre, y puede asesinar como todo el mundo.

—¡E incluso mejor que todo el mundo —declaró, con una bonita sonrisa, tan tranquilizadora como escéptica, la excelente Sra. Lalouette—, sobre todo si gobierna, como se dice por ahí, el presente, el pasado y el futuro, y en los cuatro puntos cardinales!...

—¡Y si es dueño del secreto de Toth! —aventuró Lalouette, echándose a reír y dándose alegres palmaditas en los muslos con la palma de las manos—. ¡Pero hay que ver lo tonta que es la gente!...

—¡Tanto mejor para los demás!

—Yo, cuando vi su cara en los periódicos ilustrados y su fotografía en los escaparates, enseguida me dije: ¡esta cara es la de uno que no ha asesinado a nadie!

—¡Lo mismo que yo!... Tiene una cara que da seguridad, es bella y noble, y con los ojos muy dulces...

—Con algo de malicia, señora Lalouette... Sí, tiene algo de malicia en los ojos.

—No digo que no. Cuando se entere de que ha matado a tres personas, ¡se va a reír de lo lindo!

—¿Pero quién se lo iba a decir, señora Lalouette? Sólo se cartea con su madre, que es la única que tiene su dirección, según me dijo. Su madre, cuya existencia

ignora incluso la policía, y que no sabe nada de lo que ha ocurrido en París, y yo me guardé muy mucho de contárselo. En fin, Eliphas está retirado del mundo en un rincón —en el último rincón— de Canadá.

La señora Lalouette repitió, como un eco: «En el último rincón de Canadá...». En su alegría, se habían cogido de las manos, que estaban calientes por la dulce fiebre del acontecimiento. De repente, mientras los dos repetían, sonriendo «en el último rincón de Canadá», sus manos se crisparon y, con todo lo calientes que estaban, se quedaron heladas.

Los Lalouette acababan de distinguir al otro lado de su escaparate, detenido en la acera observando su tienda, un rostro...

Ese rostro era al mismo tiempo bello y noble, y sus ojos, muy dulces, eran espirituales. Un doble grito de horror se escapó de las gargantas de los Lalouette. No podían estar equivocados: reconocían ese rostro en particular... ese rostro que los miraba, a través de los cristales... que los fascinaba... ¡Era Eliphas! El propio Eliphas... ¡Eliphas de Saint-Elme de Tallebourg de La Nox!

En la acera, el hombre no se movía más que una estatua. Iba vestido elegantemente con un traje de chaqueta de color oscuro; tenía un bastón en la mano y un sobretodo beige doblado colgando negligentemente de su brazo; una corbata anudada a la *lavallière* adornaba la pechera de su camisa; sobre los cabellos rubios, algo rizados, llevaba un sombrero hongo de fieltro blando que arrojaba una tenue sombra sobre un perfil digno de los hijos de Palas Atenea.

Los Lalouette sintieron que les temblaban las rodillas, no podían mantenerse en pie. De pronto, el hombre se movió. Con paso tranquilo, se dirigió a la puerta de la tienda y apretó el picaporte. La puerta se abrió, y entró.

La Sra. Lalouette se desplomó como un fardo sobre un sillón. En cuanto a Gaspard Lalouette, se echó directamente de rodillas gritando:

—¡Compasión! ¡Compasión!

Fue lo único que alcanzó a decir en ese momento.

—El señor Gaspard Lalouette, ¿es aquí? —preguntó el hombre, a quien no parecía asombrar el efecto que estaba provocando su aparición.

—¡No!, ¡no! ¡No es aquí! —respondió espontáneamente Lalouette, que seguía postrado. ¡Y mintió con tal tono de veracidad que se habría engañado a sí mismo, de tan sincero que resultaba!

El hombre esbozó una tranquila sonrisa y cerró, también con una calma suprema, la puerta. Después, se adelantó hasta el medio de la tienda.

—¡Vamos, señor Lalouette, levántese —dijo—, y vuelva en sí! Y presénteme a la señora Lalouette. ¡Demontre, que no me los voy a comer!

La Sra. Lalouette lanzó a hurtadillas al visitante una mirada rápida y desesperada. Por un instante tuvo la esperanza de que un espantoso parecido les había engañado, a

ella y a su marido. Y, dominando su terror, alcanzó a decir, con voz temblorosa:

—Caballero, tiene usted que disculparnos... Se parece usted... como dos gotas de agua... a un pariente nuestro que murió el año pasado...

Y gimió, agotada por el esfuerzo.

—He olvidado presentarme —dijo el hombre, con su voz clara y posada—. Soy Eliphas de Saint-Elme de Taillebourg de La Nox.

—¡Oh, Dios mío! —exclamaron los dos Lalouette cerrando los ojos.

—He sabido que el señor Lalouette se presentaba para el sillón de Mons. d'Abbeville...

La pareja se sobresaltó.

—¡No es cierto! —lloriqueó Lalouette—. ¿Quién le ha dicho eso?

Y en su alma aterrorizada, se decía: «¡Es un auténtico brujo! ¡Lo sabe todo!». El hombre, sin perturbarse por todas esas negativas, proseguía:

—... y he querido venir a felicitarle en persona.

—¡No valía la pena la molestia! —afirmó Lalouette—. ¡Le han engañado!

Pero Eliphas paseaba su mirada soberana por todos los rincones de la sala.

—Y de paso —dijo—, no me hubiera importado decirle un par de cosas a Hippolyte Patard... ¿Dónde está, Hippolyte Patard?

Gaspard Lalouette se levantó, lívido: ante la nueva situación, ya había tomado una decisión... La decisión de vivir, ya que aún no estaba muerto.

—No tiemble, Eulalia, esposa mía... Vamos a explicarnos con este caballero —dijo, enjugándose el sudor con la mano temblorosa—. ¡No conozco a ningún Hippolyte Patard!

—Entonces, ¿en la Academia me han engañado?

—Sí, sí, le han engañado en la Academia —declaró Lalouette, con tono perentorio—. Le han engañado por completo. ¡No se ha hecho nada! ¡Ja! ¡Ya les gustaría, ya, que me presentase!... ¡que me sentase en su sillón!... ¡que pronunciase su discurso! ¿Y qué más? ¡A mí eso no me concierne! ¡Yo lo que soy es marchante de cuadros!... ¡Yo me gano la vida honradamente! Aquí donde me ve, señor Eliphas, yo nunca le he quitado nada a nadie...

—¡A nadie! —apoyó la Sra. Lalouette.

—... ¡y no va a ser hoy la primera vez! Ese sillón es suyo, señor Eliphas... Usted es el único que es digno de él... ¡Quédesele, que yo no lo quiero!

—¡Pues yo tampoco lo quiero! —soltó Eliphas, con su aire superiormente negligente— ¡puede usted cogerlo, si le apetece!...

El Sr. y la Sra. Lalouette se miraron el uno al otro. Examinaron al visitante. Parecía sincero. Sonreía. Pero también podía ser que se estuviera mofando de ellos.

—¿Habla usted en serio, señor? —preguntó la Sra. Lalouette.

—Siempre hablo en serio —espetó Eliphas.

Lalouette se sobresaltó.

—Le creíamos en Canadá —dijo, recuperando un poco la sangre fría—, su señora madre...

—¿Conoce usted a mi madre, señor?

—Verá caballero, antes de presentarme a la Academia...

—¿Así que se presenta?

—Quiero decir, que teniendo la intención de presentarme, quería estar bien seguro de que eso no le molestaría a usted. Le he buscado por todas partes. Y así tuve el honor de hallarme un día frente a su señora madre que me contó que estaba usted en Canadá...

—¡Es cierto! De allí vengo.

—¡Ah!, no me diga... ¿Y cuándo ha llegado usted de Canadá, señor Eliphas? —preguntó la Sra. Lalouette, que comenzaba a tomarle gustillo a la vida de nuevo.

—Pues esta mañana, señora Lalouette, esta misma mañana desembarqué en Le Havre. Debo decirle que allí vivía como un salvaje, y que he ignorado por completo todas las sandeces que se han soltado en mi ausencia a propósito del sillón de Mons. d'Abbeville.

La pareja iba recobrando los colores. Ambos dijeron a la vez:

—¡Ah!, ¿sí?

—Me he enterado de los tristes acontecimientos que han acompañado a los últimos nombramientos en casa de un amigo, que me ha invitado a comer esta mañana; he sabido que me habían buscado por todas partes... y he decidido inmediatamente tranquilizar a todo el mundo yendo a ver a ese estupendo Hippolyte Patard.

—¡Sí!, ¡sí!

—De manera que esta tarde me presenté en la Academia y, manteniéndome en la oscuridad para no ser reconocido, le pregunté al conserje si estaba allí el Sr. Patard. El conserje me contestó que acababa de salir con algunos de los caballeros, y yo le dije que era un asunto urgente. ¡Y él me replicó que seguramente encontraría al secretario perpetuo en casa de Gaspard Lalouette, calle Laffitte, 32 bis, el cual acababa de presentar su candidatura para la sucesión de Mons. d'Abbeville y a cuya casa se habían ido esos caballeros para felicitarlo sin tardanza!... Pero al parecer me he equivocado, ¡pues usted no conoce al Sr. Patard! —añadió con su fina sonrisilla Eliphas de La Nox.

—¡Pero caballero...! ¡Acaba de salir de aquí!... —declaró Lalouette—. No quiero seguir mintiéndole. Todo lo que nos cuenta es demasiado natural como para que sigamos hilando fino con usted... De modo que ¡sí!, he presentado mi candidatura para ese sillón, persuadido de que un hombre como usted no podría ser un asesino, y convencido de que todos los demás son unos imbéciles.

—¡Bravo, Lalouette! —aprobó su señora—. ¡Ya te reconozco, hablas como un hombre! Por lo demás, si el caballero añora su sillón, ¡siempre hay tiempo para devolvérselo! ¡No tiene más que decir una palabra y es suyo!

Eliphás se adelantó hacia Lalouette y le cogió la mano.

—¡Sea usted académico, señor Lalouette! ¡Séalo con toda tranquilidad!, ¡con total seguridad!... En cuanto a mí, puede creerme, no soy más que un pobre hombre como todos los demás. En un momento dado me sentí por encima de la humanidad, porque había estudiado mucho, y descubierto muchas cosas... Pero la triste humillación que sufrí, cuando mi fracaso en la Academia, me abrió los ojos. Y decidí castigarme, rebajarme... me condené al retiro... y en eso seguí la norma de los admirables religiosos, que obligan a los más inteligentes de ellos a los más rudos trabajos manuales... En los confines de los bosques del Canadá, trabajé con mis manos como el más vulgar trampero. Y ahora vuelvo a Europa para colocar mi mercancía.

—¿Pero a qué se dedica usted, pues? —preguntó Lalouette, turbado por la más dulce emoción de su vida, pues el discurso de aquel a quien se había llamado el «hombre de luz» era de lo más cautivador, y fluía como la miel por las arterias palpitantes de quienes tenían la suerte de oírle.

—¡Eso!, ¿qué hace usted pues, querido señor? —imploró la Sra. Lalouette, poniendo los ojos en blanco.

El Hombre de Luz dijo simplemente:

—¡Vendo pieles de conejo!

—¡Vende pieles de conejo! —exclamó Lalouette.

—¡Vende pieles de conejo! —suspiró la Sra. Lalouette.

—Vendo pieles de conejo —repitió el Hombre de Luz, inclinándose apaciblemente y dispuesto a despedirse.

Pero Lalouette lo retuvo.

—¿Pero adónde va usted así, querido señor Eliphás? —preguntó—. ¡No va a irse de esta manera! ¿No nos permite ofrecerle alguna cosilla?...

—Gracias, caballero, pero nunca tomo nada entre comidas —contestó Eliphás.

—Sin embargo, no vamos a despedirnos así... —insistió la Sra. Lalouette.

Y musitó:

—Después de todo lo que ha pasado, tenemos muchas cosas que decirnos...

—No tengo ninguna curiosidad —contestó sin más Eliphás—. Ya sé suficiente para lo que tengo que hacer aquí. En cuanto haya visto al secretario perpetuo, cogeré el tren de Leipzig, donde me esperan para mi comercio de pieles.

La Sra. Lalouette se situó en la puerta, impidiendo valerosamente el paso.

—Perdone, señor Eliphás, pero —dijo, con voz trémula— ¿qué es lo que piensa decirle, al secretario perpetuo?

—¡Es cierto! —exclamó Lalouette, habiendo comprendido lo que inquietaba

ahora a su mujer—, ¿qué va a decirle, a Hippolyte Patard?

—¡Por Dios!, ¡pues voy a decirle que no he asesinado a nadie! —declaró el Hombre de Luz.

Lalouette palideció.

—No se moleste, ¡si él nunca lo ha creído! —juró—. Es una gestión de lo más inútil, ¡se lo aseguro!

—En cualquier caso, mi deber es transmitirle esa seguridad, como se la he transmitido a ustedes mismos... Y también disipar de una vez por todas las estúpidas sospechas que recaen sobre mi persona...

Gaspard Lalouette, con el rostro completamente descompuesto, miró a su mujer.

—¡Ay, niña...! —gimoteó—, ¡era un sueño demasiado bonito!... Y se dejó caer entre sus brazos y, sin falsa vergüenza, lloró en su hombro.

Eliphas interrogó a la Sra. Lalouette.

—El Sr. Lalouette parece tener un gran pesar —dijo—, pero no entiendo nada de lo que dice...

—Quiere decir —lloró a su vez la Sra. Lalouette— que si se tiene la certidumbre de que está usted en París, que acaba de llegar del Canadá y que no tiene nada que ver con todo el asunto de los muertos de la Academia, ¡el Sr. Lalouette no será jamás académico!

—¿Y eso por qué?

—¡Ea! Si le dan ese sillón —sollozó—, es horrible decirlo, pero... ¡es porque nadie lo quiere!... Espere pues, mi querido señor Eliphas, para dar a conocer la auténtica verdad, que es su inocencia de la que no duda ninguna persona con sentido común, como lo oye... ¡Espere a que mi marido sea nombrado!

—¡Señora, cálmese! —dijo Eliphas—. La Academia nunca será tan injusta como para rechazar a su marido, el único que ha venido a ella, valerosamente, en los malos tiempos...

—Le digo que no lo querrán.

—¡Claro que sí!

—¡Claro que no!

—¡Claro que sí!

—¡Gaspard!... Confío en el Sr. Eliphas. Díselo, dile por qué la Academia nunca te querrá, si tiene opción de elegir a otro... ¡Es un secreto, señor Eliphas! Un secreto horrible que hemos tenido que confiar al Sr. secretario perpetuo... ¡Pero quedará entre nosotros para siempre! ¡Vamos, habla, Gaspard!

Gaspard Lalouette se soltó del regazo de su mujer y, acercándose a la oreja de Eliphas, ocultando su boca con la mano, murmuró algo tan bajo, tan bajo, que sólo el oído de Eliphas pudo percibirlo.

Entonces, Eliphas de Saint-Elme de Taillebourg de La Nox se echó a reír con

franqueza, él que no se reía nunca.

—¡Es graciosísimo! —soltó—. ¡No, amigos míos, no diré nada! ¡Pueden estar tranquilos!

A lo que estrechó solemnemente las manos de los Lalouette, declaró estar muy contento de haber conocido a tan buenas personas, juró que no tendría una alegría mayor en su vida que la de ver al Sr. Lalouette como académico, y, noblemente, reemprendió el camino hacia la calle, donde desapareció en breve a paso apacible y armonioso.

Capítulo XII

Hay que ser cortés con todo el mundo, sobre todo en la
Academia Francesa

La señora de Gaspard Lalouette no había exagerado al predecir que al día siguiente su marido sería famoso.

No hubo nunca, durante dos meses, hombre más famoso que él. Su casa no se vaciaba nunca de periodistas, y su imagen se reprodujo en las revistas del mundo entero. Hay que decir que Lalouette acogió todos aquellos homenajes como si le fueran debidos. El valor que parecía demostrar en tales circunstancias lo eximía de toda modestia. Decimos bien «que parecía demostrar», pues de hecho ahora los Lalouette estaban completamente tranquilizados respecto a la venganza del sâr. Y la visita de este, tras haberles espeluznado por completo al principio, les había dejado al final llenos de seguridad y de confianza en el porvenir. Un porvenir que no tardó en realizarse. El Sr. Jules-Louis-Gaspard Lalouette fue elegido por la ilustre asamblea por unanimidad, ya que ningún competidor había venido a disputarle la palma del martirio.

Durante las pocas semanas que siguieron, no pasó día sin que la trastienda del marchante de cuadros recibiera la visita de Hippolyte Patard. Venía al anochecer, para —en la medida de lo posible— no ser reconocido; entraba por la portezuela del patio, atravesaba a toda prisa la dolorosa tienda y se encerraba con Lalouette en un pequeño gabinete donde no se arriesgaban a ser molestados por nadie. Allí, preparaban el discurso. Y Lalouette no se había jactado en vano al decir que tenía buena memoria. La tenía excelente. Se sabía su discurso al dedillo, sin faltas.

La propia Sra. Lalouette se empleaba en ello, y le hacía a su marido recitarle la obra maestra oratoria hasta en la alcoba conyugal, al acostarse y al despertar. También le enseñó a disponer las cuartillas como si las estuviera leyendo, y a ir ordenándolas las unas detrás de las otras. Por último, había señalado la parte superior de las cuartillas con una marquita roja, para que Lalouette no sostuviera ante sí —y ante todo el mundo— su discurso al revés. Llegó la víspera del famoso día que tenía a todo París en vilo. Los periódicos tenían corresponsales permanentes en la calle Laffitte. Después de la triple experiencia precedente, para muchos no cabía duda de que Gaspard Lalouette estaba destinado a una muerte próxima. Se quería tener noticias suyas cada cinco minutos y, a falta de Lalouette, que, al parecer cansado, estaba descansando y había decidido no recibir a nadie en todo el día, la Sra. Lalouette había de responder a todas las preguntas. La pobre mujer, como se suele decir, «no podía con su alma», pero estaba radiante. Pues en realidad, el Sr. Lalouette

estaba «sano como una manzana».

—¡Como una manzana, señor redactor!, acuérdesse de decirlo en su periódico...
¡Está sano como una manzana!

Ese día, Lalouette había huido muy prudentemente de su casa, pues su gloria le incordiaba en ese momento en que tenía la mayor necesidad de estar solo para ensayar, varias últimas veces, su discurso. Ya al alba se había ido muy hábilmente, sin ser reconocido, a casa de un sobrino segundo de su mujer que tenía un figón en la plaza de la Bastilla. Ese amable pariente había restringido el teléfono, que estaba en el primer piso, y sólo Lalouette podía disponer de él, cosa que le permitía recitarle a la Sra. Lalouette, a pesar de la distancia que les separaba, los pasajes más difíciles del famoso discurso, cuyo autor, entre nosotros, era Hippolyte Patard.

Este, como se había convenido, vino a reunirse con Lalouette en el figoncito de la plaza de la Bastilla a las seis de la tarde. Todo parecía ir a pedir de boca cuando, en la conversación que tuvo lugar entre los dos colegas, se produjo el pequeño incidente siguiente:

—Querido amigo, puede usted estar contento. ¡No habrá habido nunca, bajo la Cúpula, una sesión oficial tan esplendorosa! ¡Todos los académicos estarán allí!, como lo oye: ¡todos!... Todos quieren demostrar, con su presencia, la particular estima que le profesan. No falta ninguno por anunciar que asistirá a la sesión, incluso el mismísimo gran Loustalot, a pesar de que rara vez se lo ve en esta clase de ceremonias, pues ese gran hombre está muy ocupado y no se molestó ni por Mortimar ni por d'Aulnay, ni siquiera por Martin Latouche, cuya investidura había suscitado, no obstante, la más extrema curiosidad.

—¡Ah!, ¿sí? —dijo Lalouette, que de pronto pareció bastante apurado—. ¡Loustalot estará allí!...

—Se ha tomado la molestia de escribirme.

—Oh..., es muy amable, sí.

—¿Qué le ocurre, mi querido Lalouette? Parece usted preocupado...

—¡Bueno pues sí, es cierto! —reconoció Lalouette—. Oh, sin duda no será demasiado grave... pero no me he comportado bien con el gran Loustalot...

—¿Cómo es eso?

—Hace un tiempo fui, mucho antes de presentar mi candidatura... fui a su casa para preguntarle a qué había que atenerse respecto a los secretos de Toth y todas las pamplinas referentes a la muerte de Martin Latouche. Se burló de mí categóricamente, y la opinión de ese gran sabio, aunque fuera expresada en unos términos de una vulgaridad que me chocó, tuvo mucho que ver en mi decisión de presentarme a la Academia.

—¡Caramba, no veo en eso de qué tener quebraderos de cabeza!

—¡Aguarde, querido secretario perpetuo, aguarde!... Cuando presenté

definitivamente mi candidatura, hice las visitas oficiales, ¿no es así?

—¡Por supuesto! Es una costumbre a la que no se podría faltar sin hacer prueba de la mayor descortesía... tanto más por cuanto que la propia Academia no dudó en tomarse esa molestia la primera, me atrevo a recordárselo, querido señor Lalouette...

—¡Sí, pues vaya!... soy culpable de esa gran descortesía respecto al hombre que de alguna manera más merecía mi reconocimiento. ¡No he visitado al gran Loustalot!

—¿Cómo? ¿Que no le ha hecho la visita al gran Loustalot?

—Ni por asomo.

—Pero señor Lalouette, ¡ha contravenido usted todas nuestras reglas!

—¡Bien lo sé!

—¡Me sorprende de un hombre como usted!..., ¡ha insultado usted a la Academia!...

—Oh, señor secretario perpetuo... no era esa mi intención...

—¿Pero por qué diantre no ha visitado usted al gran Loustalot, señor Lalouette?

—Se lo voy a contar, señor secretario perpetuo... Es por culpa de Áyax y Aquiles, que son dos perrazos que me dan miedo, y también del gigante Tobie, cuya visión no es nada tranquilizadora...

Hippolyte Patard soltó un «¡Ah!» de inefable estupefacción.

—¡Usted!... ¡Un hombre tan valiente!

—Es que —prosiguió el desgraciado, que bajaba la mirada al suelo bastante penosamente—, es que aunque las quimeras no me espanten fácilmente... en cambio sí me asusta bastante la realidad. Yo he visto esos dientes, y son sólidos, y también he escuchado los gritos...

—¿Qué gritos?

—Primero los gritos de los perros, que aullaban a la muerte... Y después, en varias ocasiones, como un tremendo grito humano desgarrador...

—¿Un tremendo grito humano desgarrador?

—El sabio me dijo que debía de ser el grito de algún merodeador peleándose al borde del Marne... Pero a fe mía, chillaba como si lo estuvieran asesinando... Esa región está desierta, su casa aislada... Tanto es así, que no he vuelto...

Hippolyte Patard, durante estas últimas palabras, se había sentado a una mesa y estaba consultando un folleto.

—¡Vamos! —dijo.

—¿Adónde?

—¡Pues a casa del gran Loustalot! Tenemos un tren en cinco minutos... Así no habrá más que un mal a medias, ¡ya que no será usted oficialmente investido hasta mañana!

—¡Hombre! —dijo Lalouette—, ¡así no hay problema!... ¡Con usted, está bien! ... ¿Los conoce, a los perros?

—Sí, sí..., y al gigante Tobie también.

—¡Perfecto!... Y cenaremos en el pequeño restaurante de La Varenne, junto a la estación, esperando el tren que nos traiga de vuelta.

—A menos que Loustalot nos invite —dijo Patard—, cosa muy posible, ¡si cae en la cuenta!

Se dispusieron a bajar y a correr a la estación de Vincennes, que está muy cerca. Y en ese momento, el timbre del teléfono resonó junto a ellos.

—Debe de ser la Sra. Lalouette —dijo el nuevo académico—. Voy a anunciarle que cenaremos en el campo.

Y se fue para el aparato, cuyo receptor descolgó. Escuchó.

El aparato estaba al fondo de la pieza, bajo una pequeña bombilla eléctrica. O bien esa electricidad producía una luz poco favorecedora, o bien lo que estaba oyendo lo conmovía hasta ese punto, pero lo cierto es que Lalouette estaba verde. Patard, preocupado, le preguntó:

—¿Qué ocurre?

Lalouette se inclinó sobre el aparato.

—No te vayas, Eulalie. Tienes que repetirle eso al secretario perpetuo.

—¿De qué se trata? —preguntó este, febril.

—¡De una carta de Eliphas de La Nox! —contestó Lalouette, cada vez más verde.

En cuanto a Patard, se puso amarillo y, tras haber lanzado un grito de estupefacción, se puso rápidamente uno de los receptores en la oreja.

Los dos hombres escuchaban. Escuchaban la voz de la Sra. Lalouette, que les transmitía el texto de una carta que acababa de llegar para Lalouette:

Mi querido señor Lalouette:

Soy muy feliz por su éxito y estoy absolutamente seguro de que con un hombre como usted, no es de temer que alguna molesta conmoción venga a interrumpir el hilo de su discurso. Como puede ver por el matasellos de esta carta, sigo en Leipzig, pero desde que le vi, sentí la curiosidad de documentarme sobre este extraño asunto de la Academia. Y ahora que lo he reflexionado, me estoy preguntando si es realmente tan natural que tres académicos seguidos mueran antes de sentarse en el sillón de Mons. d'Abbeville. ¡Tal vez hubiera alguien en alguna parte que tuviera un interés real en que desaparecieran!... Y esto es lo que me dije: ¡después de todo, el hecho de que yo no sea un asesino no es motivo para que no haya más asesinos en la Tierra! En cualquier caso, estas reflexiones no sabrán detenerle. Incluso aunque haya habido razones para la desaparición de los Sres. Mortimar, d'Aulnay y Latouche, es perfectamente posible que no las haya para hacer desaparecer a Gaspard Lalouette.

Saludos y recuerdos cordiales a la Sra. Lalouette.

Eliphas de Saint-Elme de Taillebourg de La Nox.

Capítulo XIII

En el tren

En el tren que les conducía a La Varenne-Saint Hilaire, Hippolyte Patard y Gaspard Lalouette reflexionaban. Y sus reflexiones debían de ser bastante desalentadoras, pues no tenían ninguna prisa en comunicárselas. ¡La carta de Eliphas estaba cargada de un tremendo sentido común! ¡Que yo no sea un asesino no es motivo para que no haya más asesinos en la Tierra! Esa frase se les había metido a los dos en la cabeza como una barrena. Evidentemente, a quien más hacía sufrir era a Lalouette, pero Patard también se había puesto malo; naturalmente había pedido explicaciones a Lalouette, quien le había narrado al detalle la visita del inofensivo Eliphas. Por lo demás, ya no había inconveniente alguno para esa confianza, puesto que Lalouette ya había sido elegido definitivamente. Pero aunque no lo hubiera sido —elegido—, estoy convencido de que después de esa carta de Eliphas lo hubiera contado todo igualmente, pues a decir verdad, ahora se estaba preguntando si venía al caso alegrarse tanto por su nombramiento. En cuanto a Hippolyte Patard, el despecho que había concebido en el acto porque el cauteloso Lalouette lo hubiera dejado cuidadosamente al margen de un incidente de semejante consideración, como había sido la reaparición de Eliphas, no había durado mucho, barrido por las ideas particularmente lúgubres que despertaba la tranquila hipótesis del propio Eliphas de La Nox: «¡Aunque no haya sido yo, puede haber sido otro!»...

«¿Es realmente tan natural que tres académicos seguidos mueran antes de sentarse en el sillón de Mons. d'Abbeville?». Otra frase que le bailaba ante los ojos.

Pero la que más atormentaba al pobre Lalouette era la última: «Aunque haya habido razones para la desaparición de los Sres. Mortimar, d'Aulnay y Latouche, es perfectamente posible que no las haya para hacer desaparecer a Gaspard Lalouette»... ¡¡¡«Es posible»!!!... ¡¡¡Lalouette no podía soportar ese «es posible»!!!

Observó a Patard: el aspecto del secretario perpetuo era cada vez menos tranquilizador.

—Escuche, Lalouette —espetó de golpe—, la carta de ese Eliphas me abre horizontes más bien sombríos..., pero en conciencia, considero que no ha lugar alarmarse...

—¡Ja! —contestó Lalouette, con la voz algo alterada—, ¡pero no está usted seguro!

—¡Oh!, ahora, desde la muerte de Martin Latouche, ¡ya no estoy seguro de nada en el mundo! Tuve demasiados remordimientos con el otro... ¡No deseo tenerlos con usted!

—¿Qué? —exclamó bronco Lalouette, alzándose cuan alto era delante de Patard—. ¿Es que ya me cree usted muerto?

Un traqueteo arrojó al marchante de cuadros de nuevo al banco, donde se desplomó con un gemido.

—No, no le creo muerto, amigo mío —dijo dulcemente Patard, consolador, posando su mano sobre la del candidato—, pero eso no impide que piense que los decesos de los otros tres tal vez no hayan sido tan naturales...

—¡Los otros tres! —se estremeció Lalouette.

—Ese Eliphaz está en lo cierto; lo que dice da que pensar... y viene a despertar de un modo singular en mi mente los recuerdos de mi investigación personal... Pero dígame, señor Lalouette, ¿no conocía usted ni a Mortimar, ni a d'Aulnay, ni a Latouche?

—No he hablado con ellos en toda mi vida.

—¡Tanto mejor! —suspiró el secretario perpetuo—. ¿Me lo jura usted? —insistió.

—Se lo juro por Eulalie, mi señora.

—¡Bien! —dijo Patard—. Así pues, no hay nada que pueda unirle a usted a la suerte de ellos...

—Me tranquiliza usted un poco, señor secretario perpetuo... ¿Pero es que piensa usted que había algo que les unía en su suerte?

—Sí, ahora sí que lo pienso... desde la carta de Eliphaz... ¡palabra! La idea de ese brujo nos había hipnotizado a todos, y a causa de toda su imposible brujería, no se buscó en otra parte el secreto natural, o quizás criminal, de este espantoso enigma. Tal vez hubiera alguien en alguna parte que tuviera un interés real en que desaparecieran... —repitió Patard con una exaltación verdadera, como hablando para sí mismo— ¿puede ser eso? ¿Puede ser eso?

—¡Qué! ¡Puede ser qué!... ¿Qué quiere usted decir?, ¿qué le ocurre? ¡Hace un momento me estaba tranquilizando, y ahora vuelve a asustarme!... ¿Sabe usted algo? —imploró Lalouette, que realmente daba pena de ver.

Los dos hombres se estrechaban las manos.

—¡No sé nada, si se quiere! —gruñó Patard—. ¡Pero si lo pienso, sí que sé algo! ... Esos tres hombres no se conocían, ¿me oye, señor Lalouette?, no antes del primer nombramiento para la sucesión de Mons. d'Abbeville. ¡No se habían visto nunca!... ¡Nunca!... He llegado a esa certidumbre, a pesar de que Latouche me mintió diciéndome que los tres eran viejos camaradas. ¡Pues bien!, inmediatamente después del nombramiento, se reúnen..., se ven a escondidas, tanto en casa de uno, como del otro. Se dijo que era para hablar del brujo. Y para desbaratar sus amenazas, se creyó, y yo mismo lo creí... ¡Qué necedad!... ¡Debían de tener otras cosas que contarse!... Todos debían de tener algo que temer... ¡pues bien que se ocultaban! ¡Y no se les oía!

—¿Está usted seguro de eso? —dijo Lalouette, que ya no respiraba.

—¡Como se lo digo! Oh, me he informado... ¿Sabe usted dónde se encontraron por primera vez?

—¡No, por Dios!

—¡Adivínelo!

—¿Cómo quiere usted que...?

—¡Pues bien, aquí! ¡Sí, aquí!... perfectamente... en este tren... por la mayor casualidad... ¡se encontraron cuando iban, antes del nombramiento, a visitar al Sr. Loustalot! Y por supuesto, regresaron juntos. Y después, debió de ocurrirles algo terrible, antes de su misteriosa muerte, ya que se dieron esas citas tan secretas... Eso es lo que yo pienso.

—Tal vez sea cierto... Les ocurriría algo que no sabemos... Pero a mí, señor secretario perpetuo, a mí no me ha pasado nada...

—¡No, no! A usted no le ha pasado nada... ¡Por eso pienso que en lo que a usted respecta, puede estar tranquilo, mi querido señor Lalouette! Sí, pardiez... más o menos tranquilo... Le digo «más o menos», entiéndame... porque ahora... no quiero responsabilizarme de nada... de nada.

En ese momento el tren se paró. En el andén un empleado gritó: «¡La Varenne-Saint Hilaire!». Patard y Lalouette se sobresaltaron. ¡Ah, sí!, estaban tan lejos de La Varenne que ya no pensaban en lo que habían venido a hacer. No obstante se bajaron, y Lalouette le dijo a Patard:

—Señor Patard, habría debido usted contarme todo esto que acaba de decir en su primera visita a mi tienda...

Capítulo XIV

Un tremendo grito humano desgarrador

No encontraron ningún coche en la estación, y tuvieron que tomar el camino de Chennevières al anochecer.

En el puente de Chennevières, antes de bajar a la orilla del Marne, el camino más corto que llevaba a la aislada casa del Sr. Loustalot, Lalouette detuvo a su compañero.

—En fin, mi querido señor Patard —preguntó quedamente—, ¿no lo creerá, usted, que ellos van a asesinarme?...

—¿Ellos? —exclamó el secretario perpetuo, que parecía muy nervioso.

—¡Qué sé yo!... ¡Pues ellos... los que asesinaron a los otros!

—Pero para empezar, ¿quién le dice que los otros fueron asesinados? —dijo, con tono esta vez de perro furioso.

—¡Pues usted!

—¡Yo! ¡Yo no he dicho nada, me oye!, ¡porque no sé nada!

—Pero es que le voy a confesar una cosa, señor secretario perpetuo: a mí me gustaría mucho pertenecer a la Academia...

—¡Pertenece usted!

—¡Es cierto! —suspiró Lalouette.

Bajaron a la ribera. Lalouette seguía con su idea fija.

—Pero de todas maneras, también me gustaría no ser asesinado —dijo.

Hippolyte Patard se encogió de hombros. Ese hombre, que no sabía leer pero que había sabido perfectamente, al presentarse a la Academia, que no tenía nada que temer de todo aquello que temían todos los demás, que no se presentaban, ese hombre, a quien había tomado por un héroe y que no había sido más que un pícaro, comenzaba a serle menos simpático. Decidió apelar con bastante rudeza al respeto de uno mismo:

—¡Mi querido caballero: hay situaciones en la vida que bien merecen arriesgar algo!

«¡Toma ya!, ¡chúpate esa!», pensó Hippolyte Patard. Y es que en realidad los lamentos de Lalouette le resultaban nauseabundos. Ya podía la situación parecer difícil, misteriosa y, en definitiva, amenazadora, que Hippolyte Patard pensaba que igualmente seguía siendo estupenda para Lalouette, a quien convertía en académico.

Lalouette había agachado la cabeza; cuando volvió a alzarla, fue para dejar caer en el frescor de la noche esta frase que, sinceramente, resultaba inmundicia:

—¿Es completamente necesario que lo pronuncie —dijo—, ese discurso?

Se encontraban entonces en la orilla del Marne. El velo de la noche envolvía ya a

los dos viajeros. El secretario perpetuo contempló el agua engañosa y profunda y la silueta ondulada de Lalouette. Sintió ganas de ahogarlo, sencillamente. ¡Bum, un empujón con el hombro!...

Sólo que, en lugar de precipitar esa carne flácida al seno del agua, el secretario perpetuo tomó amistosamente el brazo del candidato... Y ello porque, para empezar, Hippolyte Patard era la persona menos criminal del mundo, y para seguir, ¡de pronto acababa de pensar en lo que le costaría a la ilustre Compañía una cuarta muerte!

Se estremeció. ¿Pero en qué demonios estaba pensando? ¿En preocupar a ese excelente señor Lalouette? Se dijo que estaba loco y apretó el brazo de Lalouette. Le juró a ese buen hombre un agradecimiento eterno desde el fondo de su corazón. Trató de reavivar en él un ardor académico que con toda certidumbre se culpó de haber dejado apagarse. Le describió su triunfo del día siguiente, le mostró la muchedumbre embriagada y encantada, y por último, le derritió el corazón —como se suele decir— describiéndole en los primeros palcos a la Sra. Lalouette, hacia quien se dirigían todos los homenajes, como la esposa gloriosa y radiante del Hombre del Día...

Finalmente se abrazaron congratulándose y reconfortándose, tratándose el uno al otro como niños que se habían dejado que las ideas negras les entristecieran. Y estaban riéndose en voz alta, como unos valientes, cuando se dieron cuenta de que habían llegado a la verja del gran Loustalot.

—¡Cuidado con los perros! —dijo Lalouette.

Pero no se oía a los perros...

Cosa curiosa, la verja estaba abierta. De todos modos, Hippolyte Patard llamó al timbre para advertir de la presencia de extraños.

—¿Pero dónde están Áyax y Aquiles? —dijo—, ¿y Tobie?... No viene.

De hecho, no aparecía nadie.

—¡Entremos! —dijo el secretario perpetuo.

—¡Tengo miedo de los perros! —volvió a empezar Lalouette.

—¡Vamos, ya le digo que los conozco hace mucho! —repitió Patard—. No nos harán ningún daño.

—Entonces vaya usted delante —ordenó valerosamente Lalouette.

Así llegaron a la escalinata. En el jardín, el patio y la casa reinaba el más profundo silencio. La puerta de la casa también estaba entreabierta. La empujaron. Una lámpara a medio gas alumbraba el vestíbulo.

—¿Hay alguien ahí? —gritó Patard, con su voz de falsete.

Pero no respondió voz alguna.

Aguardaron un poco más en un silencio extraordinario. Todas las puertas que daban al vestíbulo estaban cerradas. Y de golpe, mientras Patard y Lalouette esperaban ahí, bien apurados, con el sombrero en la mano, en las paredes de la casa resonó un clamor espeluznante. La noche retumbó desesperadamente ante un

tremendo grito humano desgarrador...

Capítulo XV

La jaula

El mechón del señor secretario perpetuo se había erguido, tieso, sobre su cráneo. Lalouette se apoyó contra la pared, en estado de extrema debilidad.

—¡Ese es el grito! —gimió—, el tremendo grito humano desgarrador...

Patard aún tuvo fuerzas para emitir una opinión:

—Es el grito de alguien a quien ha ocurrido algún accidente... Habría que mirar...

Pero no se movía.

—¡No, no! Es el mismo grito, lo reconozco... es un grito —dijo en voz baja Lalouette—, un grito que hay en la casa... así... todo el tiempo...

Hippolyte Patard se encogió de hombros.

—¡Escuche! —dijo.

—¡Ya vuelve a empezar! —dijo tiritando Lalouette.

Ahora se oía como una especie de gruñido doloroso, como un gemido lejano e incesante.

—Le digo que ha ocurrido un accidente... Viene de abajo, del laboratorio... Tal vez sea Loustalot, que se encuentra mal...

Y Patard dio unos pasos en el vestíbulo. Ya dijimos que en ese vestíbulo se hallaba la escalera que conducía a los pisos superiores, pero, bajo esa escalera, había otra que bajaba al laboratorio.

Patard se inclinó por encima de los escalones. Allí el gemido llegaba casi claramente, entreverado de palabras incomprensibles pero que parecían expresar un gran dolor.

—Le digo que a Loustalot le ha ocurrido un accidente.

Y armado de valor, Patard bajó la escalera. Lalouette lo siguió, diciendo en voz alta:

—¡Después de todo, somos dos!

Cuanto más bajaban, más oían gimoteo y llorar. Finalmente, al llegar al laboratorio, ya no oyeron nada. El laboratorio estaba vacío. Miraron a todas partes, a su alrededor.

En esa sala reinaba un orden perfecto. Todo estaba en su lugar. Las retortas, los alambiques, los hornillos de barro en la gran chimenea que servía para los experimentos, los instrumentos de física sobre las mesas, todo estaba limpio y pulcro, y metódicamente ordenado. Era del todo evidente que ese no era el laboratorio de un hombre que está en pleno trabajo. Patard se quedó asombrado. Pero lo que más le

asombraba era, como he dicho, que ya no se oía nada... ni se veía nada que les pusiera sobre la pista de ese enorme dolor que les había «revuelto la sangre» a los dos, a Lalouette y a él.

—¡Es extraño! —soltó Lalouette—, no hay nadie.

—¡No, nadie!

Y de repente el tremendo grito los volvió a sacudir, desgarrándoles el corazón y las entrañas. Les había hecho dar un salto sobre el suelo: y es que venía propiamente de debajo del suelo.

—¡Están gritando en el suelo! —murmuró Lalouette.

Pero Patard ya le estaba señalando con el dedo una trampilla abierta en el piso.

—Viene de ahí... —dijo, y se acercó corriendo—. Será que alguien se ha caído por esta trampilla y se ha roto las piernas...

Patard se asomó por la trampilla, pero los gimoteos habían cesado de nuevo.

—¡Es increíble! —dijo el secretario perpetuo—. Ahí hay una sala que yo no conocía..., como un segundo laboratorio debajo del primero...

Y también bajó los escalones, examinando cuidadosamente todo cuanto se hallaba a su alrededor. El laboratorio de abajo, al igual que el de arriba, estaba iluminado por válvulas de gas. Patard bajaba con precaución. Lalouette, que decididamente lamentaba haber visitado al gran Loustalot, venía después.

En ese laboratorio subterráneo todos los muebles estaban dispuestos del mismo modo que en la pieza de arriba, sólo que todas las cosas se hallaban en gran desorden, en pleno uso, con experimento en curso. Patard se puso a buscar; Lalouette abría mucho los ojos...

Seguían sin ver a nadie...

De pronto, al volverse hacia un rincón de la pared, retrocedieron lanzando un grito de horror: ese rincón del muro estaba abierto y dotado con unos barrotes. Y tras los barrotes, como una fiera salvaje encerrada en su jaula, había un hombre... Sí, un hombre, con grandes ojos ardientes que los miraba fijamente en silencio...

Como no decían nada y se quedaban ahí como estatuas, el hombre, desde detrás de los barrotes, dijo:

—¿Han venido a liberarme? En ese caso dense prisa... pues los estoy oyendo volver... y los matarían como a moscas...

Ni Patard ni Lalouette se movieron aún. ¿Le habían comprendido? El hombre volvió a bramar:

—¡Pero están ustedes sordos! ¡Les digo que les matarán como a moscas!... si llegan a saber que me han visto... ¡Como a moscas! ¡Huyan!, ¡huyan!... ¡Ya están ahí, los oigo!... El gigante hace crujir el suelo... ¡Oh, desgracia! ¡Se los van a dar de comer a los perros!

Y efectivamente, se oyeron ladridos furiosos, allá arriba, encima del suelo. ¡Esta

vez, los dos visitantes lo comprendieron! Se pusieron a dar vueltas sobre sí mismos, como si estuvieran ebrios, buscando una salida. Y el otro, en su jaula, repetía, sacudiendo los barrotes como si quisiera arrancarlos:

—¡A los perros!... ¡Si se enteran de que han descubierto el secreto!, ¡el secreto del gran Loustalot! ¡Ja, ja, ja!... ¡Como a moscas!... ¡A los perros!...

Patard y Lalouette, incapaces de seguir escuchando, enloquecidos por el espanto, se habían abalanzado hacia la escalera que subía a la trampilla.

—¡Por ahí no! —bramó el hombre, tras los barrotes—. ¿Pero es que no oyen que están bajando?... ¡Ah!, ¡ahí están!, ¡ahí están!... ¡con los perros!...

Áyax y Aquiles debían de haber penetrado ahora en la casa... pues esta retumbaba con sus formidables ladridos como un infierno lleno de aullidos de demonios...

Patard y Lalouette habían vuelto a caer al final de la escalera, chillando su espanto como insensatos y gritando «¿Por dónde?... ¿Por dónde?... ¿Por dónde?», en tanto que el otro los cubría de injurias, ordenándoles que se callasen.

—¡Van a conseguir que los pillen, como los otros! ¡Y les matará como a moscas! ... Pero cállense, ¡y escuchen!... ¡Ah, si los perros se meten, la tenemos buena!... ¡Pero quieren callarse!

Patard y Lalouette, creyendo ya ver aparecer los terribles colmillos de Áyax y Aquiles en lo alto de la escalera de la trampilla, se habían abalanzado hacia el otro extremo del sótano, contra los propios barrotes de la jaula donde estaba encerrado el hombre; y ahora eran ellos los que le suplicaban al desgraciado que les salvase. Le rogaban con palabras sin sentido, con estertores... Oh, envidiaban a aquel hombre, en su jaula... Pero este les había agarrado a los dos los pocos pelos que les quedaban, por entre los barrotes, y les sacudía brutalmente la cabeza para hacerlos callar:

—¡Cállense! ¡Nos salvaremos los tres! ¡Pero escuchen!... ¡Los perros! ¡Los lleva el bruto!, los están haciendo callar... El gigante hace crujir el suelo, pero no sospecha nada, ¡bruto!... ¡Ah, qué idiota! Tienen ustedes suerte...

Y los soltó.

—¡Venga, rápido!, ¡rápido!... En el cajón de aquella mesa, una llave...

Lalouette y Patard abrieron el cajón al mismo tiempo y lo revolvieron febrilmente con sus manos temblorosas.

—Una llave que abre el paso... Los perros están atados... Hay que aprovecharlo...

—¡Pero y la llave!, ¿y la llave? —inquirían los dos desgraciados, que en vano registraban el cajón.

—¡Bueno, pero está la llave de la escalera que sube al patio!... ¡Rápido, búsqüenla!... La pone ahí todos los días, después de darme de comer.

—¡Pues no hay ninguna llave!

—Entonces es que el gigante se la ha guardado, ¡el muy bruto!... ¡Silencio! ¡Pero dejen de moverse, diantre! ¡Oh, ahí están!, ¡ahí están!... Están bajando... Ahora el gigante hace crujir la escalera...

Lalouette y Patard daban vueltas y más vueltas, dispuestos a arrojarse bajo los muebles, a esconderse en los armarios.

—¡Oh, pero no pierdan así la cabeza, o estamos perdidos! —resopló el prisionero—. Miren, en el remetido de la chimenea, ahí..., sí, ahí, claro... uno a cada lado... ¡No se muevan, o no respondo de lo que ocurra!... Luego se irá a cenar. Pero si les ve..., les matará como a moscas... mis queridos caballeros... ¡como a moscas!

Capítulo XVI

Por los oídos

Agonizantes, Patard y Lalouette se habían disimulado en un rincón de la gran chimenea del laboratorio subterráneo. Allí estaban en la más profunda oscuridad; no veían nada. Todo cuanto les restaba de vida se había refugiado en sus oídos. En realidad, ya no vivían más que por los oídos. Primero fue el gigante Tobie, que, bajando la escalera del laboratorio subterráneo, dejó oír algunos gruñidos funestos.

—Otra vez se ha dejado la trampilla abierta, amo —dijo—, ¡ya verá como le traerá alguna desgracia, al final!

Se oyeron los pasos monstruosos de Tobie que se acercaba a la jaula, es decir a los barrotes tras los cuales habían descubierto al hombre encerrado.

—Seguro que Dédé ha aprovechado para gritar como un loco... ¿Has estado gritando, Dédé?

—Seguro que ha gritado —respondió la voz de falsete de Loustalot—, yo lo he oído, cuando estaba junto al gran roble poniéndole la mano encima a Áyax... Pero a estas horas no hay nadie en los alrededores.

—Nunca se sabe... —gruñó el gigante—. Podría usted recibir visitas, como la otra vez... Siempre hay que cerrar la trampilla, así se está tranquilo. Está forrada de crines, no se oye nada.

—Si no te hubieras dejado la verja del jardín abierta, viejo loco, y dejado escapar a los perros... De sobra sabes que sólo vuelven a mi llamada... Y no pensé en la trampilla tras de mí...

—¿Has gritado, Dédé? —interrogó el gigante.

Pero no obtuvo respuesta. Tras los barrotes, el hombre no se movía más que un muerto. El gigante prosiguió.

—Los perros estaban terribles, esta noche. ¡Vaya lo que me ha costado atarlos! Cuando han vuelto, creí que iban a comerse la casa... Estaban como la noche en que encontramos aquí a los tres señores de visita, delante de la jaula de Dédé. Fue una noche como esta, amo, los perros se habían escapado y hubo que correr tras ellos...

—No me hables nunca de esa noche, Tobie —dijo la voz trémula de Loustalot.

—¡Fue esa noche —continuó el gigante— cuando pensé que nos traería alguna desgracia! Porque Dédé había estado gritando, había estado parloteando... ¿Verdad, Dédé, que estuviste parloteando?

Ninguna respuesta.

—Pero fue a ellos —prosiguió el gigante con su voz pastosa y lenta—, fue a ellos a quienes les trajo una desgracia... Están muertos.

—Sí, están muertos.

—Los tres...

—Los tres... —repitió como un eco siniestro la voz quebrada del gran Loustalot.

—Desde luego —rió sarcásticamente el gigante—, ha sido como hecho a propósito.

Loustalot no contestó, pero algo como un suspiro, un suspiro de terror y de angustia, sobrevoló las cabezas de los dos hombres, que debían estar ocupados en algún experimento, a juzgar por el ruido que hacían con los instrumentos.

—¿Has oído eso? —preguntó Loustalot.

—¿Has sido tú, Dédé? —dijo el gigante.

—Sí, soy yo —contestó la voz del hombre de los barrotes.

—¿Estás enfermo? —preguntó Loustalot—. Mírale, Tobie, a ver qué le pasa. ¿Estará malo Dédé? Antes se ha desgañitado a gritar... ¿Tendrá hambre? ¿Tienes hambre, Dédé?

—Tenga —dijo la voz del hombre de la jaula—, aquí está la «fórmula». Está completa. Ahora me pueden dar de comer, ¡me he ganado bien la cena!

—Ve a cogerle su «fórmula» —ordenó Loustalot—, y dale la sopa...

—Primero mire a ver si la fórmula está bien —replicó Dédé—... Me han acostumbrado a no robar el pan...

Sonaron los pasos del gigante y después el ruido de un trozo de papel arrugado que el prisionero debía estar pasándole a Tobie a través de los barrotes. Y un silencio, durante el cual seguramente el gran Loustalot debía de estar examinando la «fórmula».

—¡Oh, vaya!... ¡Es impresionante! —exclamó, verdaderamente transportado—. ¡Es completamente impresionante, Dédé!... ¡Pero no me habías dicho que estabas trabajando en esto!...

—No trabajo en otra cosa desde hace ocho días... día y noche, ¿me oye?... Día y noche... ¡Pero esta vez, ya está!

—¡Ya está!

Se oyó un gran suspiro de Loustalot.

—¡Qué genio! —dijo.

—¿Ha descubierto otra cosa? —preguntó Tobie.

—Sí, sí... Ha descubierto otra cosa... ¡Y lo que ha descubierto, lo ha encerrado en una fórmula magnífica!

Entonces Loustalot y Tobie se hablaron en voz baja. Si desde la chimenea hubieran tenido fuerzas para escuchar, seguramente habrían podido oír lo que se estaban diciendo...

Loustalot prosiguió, en voz alta:

—¡Esto es auténtica alquimia, mozalbeta!... ¡Lo que acabas de descubrir es algo

como la transmutación de metales!... ¿Estás seguro del experimento, Dédé?

—Lo he repetido tres veces con cloruro de potasio. ¡Oh, ya no se dirá que la materia es inalterable!... ¡No tiene nada que ver!... ¡Lo que he obtenido es un potasio auténtico!, un potasio ionizado, sin parentesco alguno con el primero.

—¿Y ocurre lo mismo con el cloro? —preguntó Loustalot.

—Lo mismo con el cloro.

—¡Repámpanos!

Loustalot y el gigante volvieron a hablar en voz baja, y luego Loustalot dijo:

—¿Qué quieres por el esfuerzo, Dédé?

—Me gustaría tomar confituras, y un buen vaso de vino.

—Sí, esta noche puedes darle un buen vaso de vino —asintió el gran Loustalot—, no puede sentarle mal.

Pero de repente, la relativa paz de ese sótano se vio espantosamente alterada por Dédé. Fue como una tormenta subterránea, un desencadenamiento de iras, gritos, lamentos y maldiciones... Lalouette por su lado, y Patard por el suyo, apenas tuvieron tiempo de detener en el borde mismo de sus labios secos el clamor supremo de su espanto... Notaban que el hombre se había abalanzado como un animal feroz a los barrotes de su jaula.

—¡Asesinos! —bramaba—. ¡Asesinos!... ¡Miserables bandidos, ladrón de Loustalot!... ¡Inmundo carcelero, celador de mi genio! ¡Monstruo a quien doy la gloria y que me paga con un mendrugo de pan!... Tus crímenes serán castigados, ¡me oyes, miserable!... ¡Tendrán que venir a liberarme, unos hombres!... ¡No los matarás a todos! ¡Y yo te arrastraré como una infame carroña con una pica de carnicero, bandido!..., ¡por el pellejo!

—¡Basta! ¡Hazlo callar, Tobie! —rugió Loustalot.

Se oyó un ruido de cancela de hierro girando sobre sus goznes.

—¡No me callaré!... ¡Por el pellejo! ¡Por el pellejo!... ¡No, no! ¡Eso no!... ¡Socorro! ¡Socorro!... ¡Ya me callo... me callo!... ¡Por el pellejo, a las gemonías! ¡Ya me callo!

Y volvió a empezar el ruido de la cancela de hierro sobre sus goznes.

Y en breve ya no hubo, en el profundo sótano, más que un gemido que se iba apaciguando, poco a poco, como de alguien que se duerme tras un gran enfado o que muere...

Capítulo XVII

Algunos inventos de Dédé

Después del gemido aún hubo algún trajín en el laboratorio del sótano de abajo, y luego poco a poco se fueron apagando todos los ruidos.

En su rincón de la chimenea, ni Hippolyte Patard ni Lalouette daban señales de vida. Estaban pegados a la pared como si no hubieran de despegarse jamás. No obstante la voz del hombre, desde detrás de los barrotes de la celda, resonó:

—Ya pueden venir... Se han ido.

Aún hubo otro silencio. Y la voz del hombre volvió a hablar:

—¿Están ustedes muertos?

Finalmente, en la penumbra del laboratorio-tumba, que ahora ya no estaba alumbrado más que por un cabo de vela que brillaba donde el prisionero, tras los barrotes de la jaula, en esa penumbra, digo, aparecieron tímidamente, del borde de la vasta chimenea, dos siluetas... Se dejaron ver las cabezas, prudentemente, y luego los cuerpos... y todo volvió a quedarse inmóvil.

—Oh, pueden acercarse —dijo la voz de Dédé—, ya no volverán en toda la noche... y la trampilla está cerrada.

Entonces las dos siluetas volvieron a moverse, pero con extremo cuidado. Se detenían a cada paso. Se deslizaban con gran precaución... Estaban de pie de puntillas, con las manos extendidas, y cuando se chocaban contra algún mueble, y este devolvía algún sonido, las siluetas se quedaban como suspendidas en el aire. Por fin llegaron a la luz rayada de la reja tras la cual los esperaba, en pie, Dédé. Y se desplomaron, extenuadas, al pie de los barrotes. Una voz, que era la de Hippolyte Patard, dijo:

—¡Oh, mi pobre señor!

Y la voz de Lalouette, a su vez, se hizo oír:

—Hemos creído que lo asesinaban.

—¿Y se han quedado en la chimenea de todos modos? —dijo el hombre.

Era cierto; no podían negarlo. Explicaron, con frases confusas, que sus piernas les habían negado cualquier servicio, que no estaban acostumbrados a semejantes emociones, que eran académicos y no estaban en absoluto preparados para tan horribles tragedias.

—¡Académicos! —dijo el hombre—. Un día bajaron tres aquí... tres candidatos haciendo su visita, a los que el bandido sorprendió... No los he vuelto a ver. Después he sabido, oyendo al bandido y al gigante, que los tres habían muerto... ¡Ha debido matarlos como a moscas!

Toda esta conversación se pronunciaba en voz muy baja, ahogada, con los labios de los tres pegados a los barrotes.

—¡Señor! —rogó Gaspard Lalouette—, ¿hay alguna manera de salir sin que el bandido nos sorprenda?

—¡Claro! —dijo el hombre—. Por la escalera que da directamente al patio...

Hippolyte Patard dijo:

—Pero la llave que abre esa escalera, de la que nos ha hablado antes, no está en el cajón.

—¡La tengo en el bolsillo! —dijo el hombre—. Se la que quitado al gigante del bolsillo... He hecho que me hicieran callar para que el gigante entrara en mi celda.

—¡Ah, mi «pobre señor»! —repitió Patard.

—¡Sí, sí! ¡Doy pena, desde luego! Tienen maneras terribles de hacerme callar.

—Entonces, usted cree que nos podemos ir —suspiró Gaspard Lalouette, asombrado de que el otro no les hubiera pasado aún la llave.

—¿Volverán a buscarme? —preguntó.

—Se lo juramos —dijo solemnemente Lalouette.

—Los otros también me lo juraron, y no volvieron.

Hippolyte Patard intervino en defensa del honor de la Academia:

—Hubieran vuelto si no estuvieran muertos.

—Ya, eso es cierto... ¡Los ha matado como a moscas!... Pero a ustedes no les matará, porque no sabe que han venido... Pero no tiene que verlos...

—¡No, no! —gimoteó Lalouette—. No tiene que vernos...

—¡Hay que ser astuto! —recomendó el hombre, alzando ante los visitantes una llavecita negra.

Y le dio la llave a Hippolyte Patard, diciéndole que abría una puerta que estaba detrás de la dinamo que se distinguía en un rincón. Esa puerta daba a una escalera que subía a un pequeño patio detrás de la casa. Allí encontrarían otra puerta que daba al campo, de la que no tendrían más que abrir los cerrojos interiores. La llave de esa otra puerta se quedaba siempre en la cerradura.

—Me he fijado en todo eso —dijo el hombre— cuando el gigante me pasea.

—¿Así que sale a veces de su celda? —preguntó Patard, que se estremecía frente a semejante desgracia, olvidando casi la suya.

—¡Hombre!, pero siempre encadenado; una hora al día al aire libre, cuando no llueve.

—¡Oh, mi pobre señor!

En cuanto a Lalouette, no pensaba más que en salir de allí. Ya estaba en la puerta de la escalera. Pero le pareció oír gruñidos allá arriba, y retrocedió.

—¡Los perros! —gimoteó.

—¡Pues claro, los perros! —repitió el hombre, hostil—. Qué pesado es el gordo

ese... ¡No saldrán de aquí hasta que yo se lo diga, al final! Hay que contar al menos una hora antes de que Tobie les dé de comer... Entonces podrán pasar... no se molestarán en ladrar... Cuando están comiendo, no hacen caso de nada, ni de nadie... ¿me oyen?, ¡cuando están comiendo!

Y añadió:

—¡Qué vida!... ¡Qué vida esta!...

—Una hora más —suspiró Lalouette, que decididamente maldecía el día en que se le ocurrió la idea de hacerse académico.

—¡Pues yo llevo años aquí! —replicó el hombre.

Esas palabras salieron de su boca con tal tono arisco que los dos académicos, el viejo y el nuevo, se avergonzaron de su cobardía. El propio Lalouette afirmó:

—¡Le salvaremos!

A lo que el prisionero se puso a llorar como un niño. ¡Qué espectáculo! Sólo entonces Patard y Lalouette percibieron todo el horror de su infortunio. Sus ropas estaban desgarradas, aunque no estaban nada sucias. Esos desgarros, esos harapos, evocaban más bien la idea de una lucha reciente, y los dos visitantes recordaron que antes el gigante había hecho callar al prisionero. ¿Pero cual era, pues, el sino prodigioso de ese miserable en su celda? ¡Las frases escuchadas antes sugerían la sospecha de un crimen tan abominable, que Patard, que creía conocer desde hacía mucho tiempo al gran Loustalot, no podía, no quería ni pensar en ello! Y sin embargo, ¿cómo explicar, si no era por el propio crimen, la presencia de ese hombre tras los barrotes... del hombre que le pasaba al gran Loustalot fórmulas químicas para no morir de hambre? Lalouette, por su parte, había captado claramente el espantoso asunto. No tenía dudas. Estaba ahora seguro de que el gran Loustalot había encerrado a un genio en una jaula, y que era ese genio el que le había suministrado al sabio todos los inventos que habían extendido su gloria por el mundo. Con su mente precisa, se imaginaba la cosa con contornos definitivos. Veía, de un lado de la reja, al gran Loustalot con un mendrugo de pan, y al otro lado, al genio prisionero con sus inventos. Y el intercambio se hacía a través de los barrotes.

Era fácil de imaginarse que al gran Loustalot le importaba muchísimo conservar para él sólo un secreto tan formidable. Ciertamente debía de importarle mucho más que la vida de tres académicos... ¡Ya lo habían visto, ay!, y resultaba bastante lógico pensar que le seguiría importando como para sacrificar otras dos víctimas. Cuando uno penetra en la senda del crimen, no sabe nunca cuándo parará.

Y desde luego, la gran nitidez con la que se figuraba todo el drama era la causa de que Lalouette tuviera tanta prisa en abandonar ese peligroso lugar, y de que no se consolase con la idea de prolongar semejante trance una hora más.

En cambio Hippolyte Patard, cuyo cerebro horrorizado luchaba por rechazar las conclusiones que Lalouette había aceptado sin tardanza, Patard empleaba ese asueto

forzoso que se le había impuesto en tratar de desembrollar la verdadera situación del prisionero. Las palabras misteriosas pronunciadas por Martin Latouche y repetidas por Babette volvían a su aterrada memoria: «¡No es posible! —había dicho Latouche —, ¡sería el peor crimen del mundo!». Sí, sí, sería el peor crimen del mundo, ¡por desgracia! ¿No debía Patard rendirse también a la repugnante verdad?

Tras los barrotes, el prisionero había dejado caer la cabeza entre sus manos, y parecía abrumado bajo el peso de un dolor sobrehumano. Por encima de él, el cabo de vela, colgado lo bastante alto como para que no lo pudiera alcanzar, alumbraba las cosas de un modo fantástico, y confería unas formas a los objetos esparcidos por el calabozo, tras los barrotes, que se hubiera podido creer uno frente al laboratorio del diablo, completamente horripilante, con las sombras abultadas de las retortas y los alambiques, y las monstruosas panzas de los hornillos apagados.

El hombre yacía como un despojo en medio de toda aquella alquimia.

Patard lo llamó varias veces, sin que pareciera oírle. Allá arriba los perros seguían gruñendo, y Lalouette se cuidaba de no abrir la puerta por la que sin embargo soñaba con salir raudo como una flecha.

Fue entonces cuando el despojo —el hombre harapiento— se movió un poco, y su sombra de ojos azorados dejó oír unas palabras terribles.

—La prueba de que existe el secreto de Toth, es que han muerto. ¡Lo ven! ¡Lo ven! ¡Lo ven! Un día bajó tan furioso que la casa entera temblaba. Y yo también temblaba. Pues me dije: «¡Ya está! ¡Oh, ya está! ¡Voy a tener que inventar alguna otra cosa!». Cada vez que me pide algo muy difícil, me aterroriza... Entonces me tiene en sus manos, como un chiquillo que teme que no le den su bocadillo... ¡Qué miseria!, ¿no es cierto?... ¡Pero es un bandido!

De la garganta del hombre salieron salvajes estertores. Y luego:

—¡Oh, bien que me atormentó, con su secreto de Toth! Yo nunca había oído hablar de aquello. Me dijo que había un saltimbanqui que aseguraba que con ese secreto se podía matar por la nariz, los ojos, la boca y las orejas... y me decía que al lado de ese saltimbanqui, que se llamaba Eliphaz, yo no era más que un burro. ¡Me humilló delante de Tobie!... ¡Era indecente, caray!... ¡Lo que sufrí!... ¡Oh, menuda quincena... menuda quincena pasamos! La recordaré mucho tiempo... ¡Y no me dejé tranquilo hasta que le entregué los perfumes trágicos... los rayos asesinos... y la canción que mata! Por lo que veo ha sabido emplearlos bien.

El hombre soltó unas risotadas espantosas y después se echó cuan largo era en el suelo, extendiendo los brazos y las piernas con hastío.

—¡Ah, qué cansado estoy! —suspiró—. Pero necesito detalles. Me gustaría saber si se vio brillar el sol de ostensorio.

Hippolyte Patard se sobresaltó. Recordó esa definición extraña y notoria que un doctor había hecho de los estigmas que se hallaron en el rostro de Maxime d'Aulnay.

Y dijo, en un susurro:

—¡Sí, sí, eso es!... ¡El sol de ostensorio!

—Así que estaba, ¿no es así?... Estalló en el rostro... ¡tenía que ser así! ¡Eso, querido caballero, es la muerte por la luz! ¡No se puede hacer de otro modo! ¡Hace como una explosión!..., ¡o más bien como si el rostro explotase!... Pero ¿y el otro?, ¿qué tenía? Porque, como usted comprenderá, mi querido caballero, necesito detalles... ¡Pardiez!, ya me temía que el bandido hubiera vuelto a hacer de las suyas, porque le oí contarle a Tobie que los tres habían muerto. Pero, en mi situación, me faltan los detalles. En ocasiones hablan, delante de mí... y en ocasiones se callan... ¡Oh, es un bandido despiadado!... Pero ¿y el otro?... ¿qué tenía? ¿Qué estigmas?, ¿qué hallaron?

—Pues creo que no hallaron nada —contestó Patard.

—¡Oh, no se encontraría nada, con el más trágico de los perfumes! ¡No deja huella!... ¡Es infantil!, ¡se pone en una carta... al abrirla, se lee y se respira!, ¡y adiós!, ¡ya no estás!... Pero no se puede matar así a todo el mundo... Acabarían por no fiarse, desde luego... Sí, sí, acabarían por desconfiar... Debió de matar al tercero con...

Aquí, el gruñido de los perros pareció acercarse tanto que la conversación se suspendió. En el sótano no se oía más que la respiración jadeante de los tres hombres... Y la voz de los molosos se alejó, o su intensidad disminuyó.

—¿Pero es que no les van a dar de comer, esta noche? —murmuró Dédé.

Patard, cuyo corazón latía al borde del infarto desde la atroz revelación, aún pudo decir:

—Hay uno, creo, que tuvo una hemorragia... le encontraron algo de sangre en la punta de la nariz.

—¡Pues claro!, ¡ahí está!, ¡ahí está! —rechinó Dédé, y sus dientes hacían, los unos contra los otros, un ruido insoportable—. ¡Pues claro! ¡Ese murió por el sonido! Hubo fatalmente... ¡sí, eso es!... ¡una hemorragia interna de la oreja, y un flujo sanguíneo por la trompa de Eustaquio, flujo que alcanzó el fondo de la garganta y luego la nariz!... ¡Ahí estamos! ¡Ahí estamos, palabra!

Y de repente el hombre, incorporándose con una agilidad de mono, se encontró de pie. Se hubiera dicho que saltaba a los barrotes y se colgaba como un cuadrumano. Patard retrocedió bruscamente, temiendo que el otro no le volviera a agarrar lo que le quedaba de pelo.

—¡Oh, no tenga miedo!... ¡No tenga miedo!

El hombre se dejó caer sobre sus patas y caminó por su calabozo-laboratorio a grandes zancadas. Enderezaba el busto, enderezaba la cabeza... Cuando pasaba bajo el cabo de vela, se distinguía su amplia frente.

—¡Ve usted, querido caballero!... ¡Todo esto puede ser espantoso, pero de todas

formas, se enorgullece uno de su invento!... ¡Funciona!... No es ninguna muertecita de broma lo que puse ahí dentro. ¡No, no! ¡Se trata de una verdadera muerte, que yo encerré en la luz y en el sonido!... ¡Bien que me costó!... Pero sabe usted, cuando uno tiene la idea, ¡el resto es cosa de nada!... Se trata de tener la idea, ¡y lo que se dice ideas, me sobran!... Pregúntele, al gran, al ilustre Loustalot... ¡Oh, la realización de una idea como esa, en mi caso, no tarda mucho!... ¡Es verdaderamente magnífico!

El hombre paró de andar, levantó el índice y dijo:

—¿Sabe usted que existen en el espectro rayos ultravioletas? Esos rayos, que son rayos químicos, actúan enérgicamente en la retina... Se han reseñado accidentes muy graves con esos rayos, ¡sí, muy graves!... Y ahora escúcheme bien: usted conoce tal vez esa especie de lámparas de tubo largo, de resplandor mortecino, verdoso, en las que el mercurio volatilizado... ¡Pero bueno!, ¿me está escuchando? ¿Me está escuchando o no? —exclamó el hombre, tan alto y tan fuerte que Lalouette, espantado, se dejó caer de rodillas, suplicando al extraño profesor que se callase, y Patard gimoteó:

—¡Oh, más bajo!... ¡Por todos los santos, más bajo!

Pero esa humillación del alumno no logró desarmar al maestro, el cual, entregado por completo a su conferencia y al orgullo de exaltar los méritos de su invento ante ese excepcional auditorio, prosiguió con una voz fuerte, clara, dominante.

—... Esas lámparas en las que el mercurio volatilizado produce una luz verdaderamente diabólica... Mire, creo que tengo una aquí mismo...

El hombre buscó, revolvió las cosas, y no la encontró.

Arriba, los perros seguían sin callarse. Habían percibido a los visitantes, y era eso lo que los hacía estar tan insoportables.

«Por supuesto, no se callarán hasta que tengan carne en la boca», pensó Lalouette, pero ese pensamiento que decididamente no lograba ahuyentar a pesar de la elocuencia del profesor no le animaba en absoluto, y lo mantenía de rodillas como si, antes de expirar, no le quedasen fuerzas más que para pedir perdón al Señor por la estúpida vanidad que lo había empujado a ambicionar un honor que generalmente está reservado a gente que al menos sabe leer. El hombre continuaba con su peligrosa lección, alzando aún más la frente de orgullo y enfatizando sus frases con grandes gestos tajantes.

—Pues bien, mi idea, la mía, ¡ahí está! ¡Ahí está! En lugar de emplear un recipiente de vidrio, empleé un tubo de cuarzo, lo que me dio una producción delirante de rayos ultravioleta. ¡Y entonces! ¡Pues entonces lo encerré, ese tubo que contenía mercurio, en una pequeña linterna sorda dotada de una bobina diminuta movida por un pequeño acumulador!... ¡Y entonces, entonces...! La fuerza mortal de esos rayos en el ojo es incomparable... Un rayo, un solo rayo de mi linterna sorda que manipulo como quiero, gracias a un diafragma que me permite interceptar la luz

a voluntad, un solo rayo basta. ¡La retina recibe un golpe terrible que conlleva la muerte instantánea por traumatismo! Pero había que dar con ello... Había que pensar en la posibilidad de esa muerte por inhibición, es decir, por una parada brusca del corazón, como esa muerte igualmente por inhibición —fenómeno descubierto, caballeros, primero por mí y después por Brown-Séguard—, como esa muerte por inhibición, digo, que sobreviene por ejemplo a continuación de un golpe dado con el dorso de la mano en la laringe... ¡Ahí está!, ¡ahí está! ¡Oh, lo orgulloso que estaba yo, de mi linternita sorda! Pero me la cogió y no la he vuelto a ver... ¡Nunca! ¡Oh, es una terrible linternita que mata a la gente como a moscas!... Tan cierto como que soy el profesor Dédé.

Los dos auditores del profesor Dédé encomendaron in pectore su alma a Dios, pues decididamente, entre los perros y la linternita sorda, sería cosa del diablo si salían de allí. Pero el profesor Dédé aún no había dicho nada de su segundo invento, el cual, al parecer, le había dado más alegría que todos los que lo precedieron. No había dicho nada de lo que llamaba su adorable «picaoídos». Dicha laguna se relleno con algunas frases, dando lugar al espanto... El repugnante horror a una muerte cercana y segura pareció helar por siempre al secretario perpetuo y al nuevo académico.

—¡Todo eso!, todo eso —proclamó pues el profesor Dédé— no es más que «caca de vaca» al lado de mi adorable picaoídos. Es una cajita, ¡no más grande que esto!... Y se puede meter en cualquier parte... En un acordeón, si uno es astuto y sabe por donde cogerlo, en un órgano de Barbaria, en cualquier cosa que suene... en cualquier cosa que de una nota desafinada.

El profesor Dédé volvió a levantar el índice.

—¿Hay algo, caballero, más desagradable al oído —aunque no se sepa mucho de música— que una nota desafinada? ¡Se lo pregunto, pero no me conteste! ¡No hay nada!, ¡nada!, ¡nada! Con mi adorable picaoídos, gracias a un feliz dispositivo eléctrico que permite nuevas ondas, mucho más rápidas y penetrantes —¡sí señor, palabra!— que las ondas hertzianas, con mi adorable picaoídos, digo, enredo la nota desafinada en las meninges, hago que el cerebro, que normalmente se espera una nota normal, sufra semejante shock que el auditor cae muerto, fulminado como por una cuchillada ondulatoria, me atrevo a decir, en el propio momento en que la onda armada de la nota desafinada penetra furtiva y rauda en el caracol del oído. ¡Así es! ¿Qué me dice de esto? ¿Eh?... ¡No me dice nada! ¡Nada!... ¡Pues yo tampoco! No hay nada que decir... ¡Todo esto mata a la gente como a moscas!... ¡Diantre, en el fondo todo esto es bastante fastidioso!... pues me quedaré aquí toda mi vida nada más que viendo pasar a gente que hubiera venido a liberarme si no hubiera muerto... Pero yo, en su lugar, sé muy bien lo que haría en tan graves circunstancias...

—¿Qué?... ¿Qué? —piaron los dos desgraciados.

—Llevaría gafas azules y me pondría algodón en las orejas.

—¡Sí, sí, sí! ¡Gafas azules y algodón! —repitieron los dos hombres, y tendían las manos, como mendigos.

—¡No llevo encima! —dijo gravemente el profesor Dédé.

Y de pronto exclamó:

—¡Atención! ¡Atención! ¡Escuchen!, ¡pasos!... Puede que sea él, con la terrible linterna sorda en una mano y en la otra el adorable picaoídos... ¡Ja, ja! ¡Ni un céntimo!... ¡no daría ni un céntimo por la existencia terrenal de ustedes dos, palabra! ... ¡No, no!... ¡Otro golpe fallido!... ¡un rescate fallido!... ¡harán ustedes como los otros!... ¡Nunca volverán!, ¡nunca!

Y en efecto, unos pasos bajaban. Ahora se andaba justo encima de sus cabezas. Los pasos iban hacia la trampilla...

Patard y Lalouette se habían vuelto a levantar y habían huido hacia la puerta de la escalerita, elevados por una suprema energía, por un último deseo de vivir. La voz del otro los perseguía: «¡Nunca!... ¡ya no les volveré a ver! ¡No volverán nunca!». Y tuvieron claramente la percepción de que alguien levantaba la trampilla sobre sus cabezas... Dieron media vuelta instintivamente, encogiendo la cabeza entre los hombros, cerrando los ojos y tapándose las orejas. Era demasiado horrible... Decididamente, preferían la muerte por los perros: abrieron la puerta y escalaron, treparon por la escalera, sin pensar más que en no ser alcanzados por el rayo que asesina o la canción que mata... sin pensar ni siquiera en los perros. Y sin embargo, los perros ya no estaban ladrando.

Debían estar comiendo, ocupados en devorar. Patard y Lalouette vieron la puerta indicada por Dédé, con la llave en la cerradura, y de un solo salto estaban allí.

Y luego, la huida desesperada por el campo... el campo a través del que corrieron, como locos, todo recto hacia delante, en la oscuridad, cayendo, levantándose, saltando más lejos cuando los alcanzaba un rayo de luna... ¡un rayo que, después de todo, tal vez venía de la linterna sorda!

Por fin llegaron a un camino; pasaba el coche de un lechero. Parlamentaron y se deslizaron en la carreta, extenuados, moribundos, y pidieron que los llevaran a la estación, ocultando su personalidad, diciendo que se habían perdido y que habían tenido miedo de dos perrazos que les perseguían.

Justo en ese momento, se oyó a los molosos aullar espantosamente, a lo lejos, desde el final de la noche... Debían de haberlos soltado, debían de estar buscando a los visitantes desconocidos que habían dejado la puerta abierta tras de sí... el gigante Tobie debía de estar organizando una batida en toda regla.

Pero el coche partió a toda velocidad. Hippolyte Patard y Gaspard Lalouette por fin respiraron. Se creyeron salvados... Pues el gran Loustalot no sabría nunca, ¿no es así?, hasta el momento del castigo... quienes eran esos hombres que habían

descubierto su secreto.

Capítulo XVIII

El secreto del gran Loustalot

De tanta gente no se veía el suelo en la calle Lafitte. En todas las ventanas, grupos de curiosos esperaban a que Gaspard Lalouette saliera del domicilio conyugal para dirigirse a la Academia Francesa, donde debía pronunciar su discurso. Era una fiesta y una gloria para el barrio. Un marchante de cuadros, un vendedor de figuritas académico, era algo que no se había visto nunca aún, y es fácil de imaginar que las circunstancias heroicas en que se estaba desarrollando semejante acontecimiento habían contribuido en gran medida a trastornar a todo el mundo. Los periodistas habían invadido las aceras y a cada instante exhibían sus pases para no ser estorbados en su reportaje por el excepcional servicio de orden que el prefecto de la policía se había visto obligado a organizar. Muchos de los que estaban allí tenían el proyecto no sólo de aclamar a Lalouette, sino también de acompañarlo hasta el final del Pont des Arts... objetivo que, por otra parte, no hubieran podido cumplir, pues a esas horas ya no se cabía en el Pont des Arts. En fin, en lo más hondo de la mente de todos yacía el temor a la nueva muerte que, desde luego, era de esperar.

Como Lalouette seguía manteniéndose invisible, ese temor no hacía más que crecer, la angustia aumentaba con cada minuto que pasaba. Pero toda esa gente no había visto pasar a Lalouette, ya que el nuevo académico se encontraba en la Academia desde las nueve de la mañana, encerrado con Hippolyte Patard en la sala del Diccionario.

Oh, los pobres habían pasado una noche horrible, y estaban en un estado lamentable cuando volvieron a casa del sobrino segundo de Lalouette que tenía un figón en la plaza de la Bastilla. Allí, la Sra. Lalouette se había reunido con ellos muy misteriosamente.

Naturalmente se lo habían contado todo, y hubo a continuación una consulta que se prolongó varias horas. Lalouette quería que fueran inmediatamente a la policía, pero Patard lo conmovió con su elocuencia y sus lágrimas, y se acordó que obrarían con gran prudencia y de manera tal que se evitase —en la medida de lo posible— el escándalo, y que la Academia no se viera deshonrada. Así, Patard trataba de hacer comprender a Lalouette que desde que era académico tenía unos deberes que no incumbían al resto de los hombres, y que por su parte era responsable, cual antigua vestal, del brillo de aquella llama inmortal que arde en el altar del Instituto.

A lo que el Sr. y la Sra. Lalouette creyeron deber responder que esa gloriosa función les parecía ahora acompañada de demasiados peligros como para que les preocupase mucho. A lo que el secretario perpetuo replicó que era tarde para echarse

atrás, y que cuando uno era Inmortal, lo era hasta la muerte.

—¡Pues eso es lo que me angustia! —contestó de nuevo Lalouette.

A fin de cuentas, como estaban seguros de que el gran Loustalot ignoraba que habían descubierto su secreto, la situación podía parecerles más bien tranquilizadora, al menos más tranquilizadora que cuando no conocían en absoluto la causa de la muerte de los tres candidatos precedentes.

La Sra. Lalouette hizo algunas reflexiones más, pero tenía muy caliente el entusiasmo popular que asediaba su casa, y le hubiera resultado muy doloroso renunciar tan pronto a la gloria. Se resolvió que, desde primera hora, para no ser molestados, los caballeros irían a encerrarse en la sala del Diccionario, cuya puerta estaría condenada para todos, y por consiguiente para el gran Loustalot. Por último, compraron algodón y gafas azules.

En la sala del Diccionario, Hippolyte Patard y Lalouette, con el algodón en las orejas y las gafas azules sobre la nariz, aguardaban.

Tan sólo unos pocos minutos los separaban del momento en que la memoria de Lalouette iba a encontrar una ocasión por siempre ilustre para ejercitarse en pro del triunfo de las letras.

Fuera ascendía un rumor impaciente.

—¡Es la hora! —dijo de pronto Patard—. Es la hora.

Y resueltamente, abrió la puerta de la sala, tomando el brazo de su nuevo colega bajo el suyo. Pero la puerta se abrió violentamente, y se volvió a cerrar. Los dos hombres retrocedieron lanzando un grito de espanto...

Ante ellos se hallaba el gran Loustalot.

—¡Mira por donde! —soltó este, con un ligero temblor en la voz y el ceño fruncido—, ¡vaya!, ¿ahora lleva usted gafas, señor secretario perpetuo? ¡Oh, cáspita! ... ¡Gaspard Lalouette también!... Buenos días, señor Gaspard Lalouette... Hace mucho que no tengo el honor de verle... ¡Encantado!

Lalouette balbució unas palabras ininteligibles. Patard, entretanto, trataba de recuperar algo de sangre fría, pues el momento era de los más críticos. Lo que le molestaba era que el gran Loustalot ocultaba obstinadamente una mano detrás de la espalda. Y lo más terrible era que había que «hacer como si nada». Pues no cabía duda de que el gran Loustalot sospechaba algo.

Hippolyte Patard dejó oír una tosecilla seca y respondió, sin perder de vista ni un solo movimiento del sabio.

—Sí —dijo—, el señor Lalouette y yo hemos descubierto que teníamos la vista algo cansada.

Loustalot dio un paso adelante.

Los otros dos dieron dos pasos atrás.

—¿Y dónde lo han descubierto? —preguntó, lúgubre, el sabio—. ¿No será acaso

en mi casa, precisamente, ayer noche?

Lalouette tuvo como un mareo, pero Patard, con todas sus escasas fuerzas, protestó, afirmando que el gran Loustalot era el hombre más distraído del mundo, y que no sabía lo que decía, pues ayer noche ni él ni Lalouette habían salido de París.

El gran Loustalot lanzó otra risotada, siempre con la mano escondida a la espalda. Y de repente, su brazo se extendió hacia delante, para mayor terror de los dos caballeros, que con una mano se sujetaron bruscamente las gafas y con la otra el algodón de las orejas, creyendo ver aparecer la pequeña linterna sorda o el adorable picaoídos.

Pero lo que mostraba la mano del gran Loustalot era un paraguas.

—¡Mi paraguas! —exclamó el secretario perpetuo.

—¡Usted mismo lo ha dicho! —rugió sordamente el sabio—. ¡Su paraguas, señor secretario perpetuo, que olvidó usted en el tren que le traía de vuelta de La Varenne! ... Un empleado fiel que le conoce y me conoce a mí, y que nos ha visto viajar juntos en ocasiones, me lo ha devuelto... ¡Ahá!, ¡señor secretario perpetuo!

El gran Loustalot se exaltaba cada vez más, agitando el paraguas que Hippolyte Patard trataba en vano de coger al vuelo.

—¡Ahá!... Le parece a usted que yo soy distraído... pero nunca llegaré a serlo tanto como usted, que se olvida el paraguas más querido del mundo... ¡el paraguas del secretario perpetuo!... ¡Oh, verdaderamente lo he cuidado... como si fuera mío!

Y el sabio lanzó el paraguas como una ráfaga a través de la sala. El objeto dio varias vueltas sobre sí mismo y fue a partirse contra el rostro impassible de Armand Duplessis, cardenal de Richelieu.

Ante tamaño sacrilegio, Patard comenzó un grito, pero el semblante de Loustalot se había vuelto tan espeluznante, que no pudo terminarlo... Se quedó en estado potencial —o impotencial— en la garganta del secretario perpetuo.

¡Ah, la fulgurante faz del demonio! Loustalot seguía cortando el paso hacia la puerta, y agitaba los brazos como un auténtico Mefisto de teatro, que quiere hacer creer que tiene alas.

Para un verdadero sabio, resultaba inaudito; todo el mundo hubiera pensado que estaba chiflado. Patard y Lalouette pensaron que era el diablo.

Al seguir él avanzando, volvieron a retroceder.

—¡Vamos, vamos!... ¡Atajo de ladrones! —les gritó con tal brío que cada vez los dejaba más fulminados—. ¡Atajo de ladrones de mi secreto! Tuvieron que bajar al sótano, ¿eh?, mientras yo no estaba... ¡Como gente maleducada o como un atajo de ladrones! Y él les habría podido freír, ¿lo saben?... ¡Y los perros podrían haberse los comido como golondrinas, o haberlos matado como a moscas! Así habla Dédé. ¿Lo han visto, a Dédé? ¡Atajo de ladrones!... ¡Pero quítense las gafas, atajo de imbéciles!

Loustalot echaba espuma por la boca. Se secaba la boca y también el sudor de la

frente con grandes golpes con la mano, como si se diera tortas.

—¡Pero demontre, quítense las gafas! —los otros, por supuesto, no se las quitaban—. ¡Han debido ponerse también algodón en las orejas!... ¡Toda la pesca! ¡Toda la locura de Dédé!... ¡Y que me hace los inventos a cambio de un mendrugo de pan!... ¡Y el secreto de Toth!, ¿a que sí? ¿Y la luz que mata? ¡Y el adorable picaoídos!... ¡Todas las locuras, todas las locuras de Dédé!... ¡Qué no les habrá contado!... ¡El pobre loquito!... ¡El pobre loquito!... ¡El pobre loquito!

Y Loustalot, dejándose caer sobre una silla, lloriqueó de manera tan desesperada que «los otros dos» tuvieron como un ataque al corazón. Y ese inmenso miserable, que apenas hacía un segundo les parecía el criminal más grande de la Tierra, de golpe les pareció infinitamente lastimero. Oh, estaban completamente asombrados de verlo llorar así, pero si se acercaron a él fue con prudencia, y con las gafas puestas. Loustalot bramaba y gemía:

—¡El pobre loquito!..., ¡el pobre niño!... ¡Mi niño!... Caballeros, ¡mi hijo!... ¿Lo entienden ahora? ¡Mi hijo, que está loco!... loco peligroso, muy peligrosamente loco... Las autoridades sólo me permitieron quedármelo en casa como un prisionero. ¡Un día le quitaron de entre las manos a una chiquilla a la que casi había estrangulado para cogerle de su garganta lo que tenía allí dentro para cantar tan bien! ¡Ah!, no hay que decir que... es mi único hijo. ¡Me lo quitarían!... ¡Me lo encerrarían!... ¡Me lo robarían!... Sólo tienen que hablar ustedes para que me roben a mi hijo... ¡Atajo de ladrones de niños!

Y lloró, lloró...

Hippolyte Patard y Lalouette lo observaban, inmóviles, fulminados por esa revelación. Lo que acababan de oír y la sinceridad de esa desesperación les explicaba el singular y doloroso misterio del hombre tras los barrotes.

¿Pero y los tres muertos?

Patard posó una mano tímida en la espalda del gran Loustalot, cuyas lágrimas no se agotaban...

—¡No diremos nada! —declaró el secretario perpetuo—. Pero, antes que nosotros, hubo tres hombres que también prometieron no decir nada... y que están muertos.

Loustalot se levantó, extendió los brazos como si quisiera abarcar todo el dolor del mundo.

—¡Están muertos!, ¡los pobres!... ¿Pero acaso cree usted que a mí no me espantó aquello tanto como a usted?... ¡El destino parecía ser mi cómplice!... ¡Murieron porque no tenían buena salud! ¿Qué quieren que le haga yo?

Y se fue para Lalouette.

—Pero usted, señor, usted... dígame, ¿tiene usted buena salud?

Antes de que Lalouette hubiera podido contestar, la sala se vio invadida de

colegas impacientes que venían a buscar al secretario perpetuo y a su héroe.

El patio, las salas y los pasillos del Instituto estaban atestados del más ardiente tumulto. A pesar del algodón que tenía metido en las orejas, Lalouette no se perdió nada de ese ruido de gloria. En suma, tras la última confesión de Loustalot, podía pasar a la Inmortalidad en paz y sin remordimientos. Se dejó llevar hasta la entrada de la sala de sesiones públicas. Allí, se detuvo un instante por el atasco, y se encontró cara a cara con el propio Loustalot. Antes de seguir adelante, consideró que debía tomar una última precaución y, acercándose a la oreja del sabio, le dijo:

—¿Me ha preguntado usted si gozo de buena salud?... Gracias, excelente. Creo firmemente en todo lo que nos ha contado usted, pero en cualquier caso, le deseo que yo no muera, pues he tomado precauciones... Yo mismo he escrito un relato de todo cuanto vimos y oímos en su casa, relato que será divulgado inmediatamente después de mi muerte.

Loustalot consideró a Gaspard Lalouette con curiosidad, y luego le respondió sencillamente:

—¡Eso no es cierto, puesto que usted no sabe leer!

Capítulo XIX

El triunfo de Gaspard Lalouette

Gaspard Lalouette ya no podía echarse atrás con decencia. En la sala ya lo habían visto. Unos «bravos» ensordecedores saludaron su entrada. La visión de la Sra. Lalouette, en primera fila, devolvió al candidato algo de su valor, pero en verdad Loustalot acababa de asestarle un golpe terrible. Aún se tambaleaba. ¿Cómo sabía ese hombre que él, Lalouette, no sabía leer? No obstante el secreto había sido cuidadosamente guardado. ¡Patard no podía haber sido! Y Eliphas había demostrado demasiada alegría por ver en la Academia a un hombre que no sabía leer como para comprometer su venganza por una indiscreción. Eulalie era una tumba con sus secretos. ¿Entonces, cómo? ¿Cómo?

Creía «tener en sus manos» a Loustalot, y había sido él quien, en el último momento, le había demostrado su impotencia. Pero, después de todo, tal vez Loustalot no le había contestado con mala intención. ¿Acaso no era un padre desgraciado y desesperado, y un lustroso sabio digno de lástima? Evidentemente. Entonces, ¿qué tenía que temer Lalouette? ¡Sobre todo con gafas azules y algodón en las orejas!

Lalouette se enderezó ante los homenajes que lo acogían, que seguían cada uno de sus pasos. Quiso parecer orgulloso, como un general romano triunfante y también como Artabán. Y lo consiguió. Sobre todo gracias a las gafas azules, que ocultaban un resto de inquietud en su mirada.

A su lado, muy tranquilo y muy triste, vio al gran Loustalot, que parecía estar a mil leguas de la reunión. Y en el acto se sintió tranquilizado, qué caray, por completo. Y, cuando le dieron la palabra, comenzó su discurso muy reposadamente, arqueando el brazo para volver las páginas, como si leyera, por supuesto.

Toda su buena memoria estaba allí, tan buena... tan buena... que despachaba su «elogio» mientras pensaba en otra cosa.

Lo que pensaba era: «Pero bueno, ¿cómo sabe el gran Loustalot que no sé leer?». Y de repente, golpeándose bruscamente en la frente, exclamó, en medio de su discurso:

—¡Ya lo tengo!

Ante ese gesto inesperado, ante ese grito inexplicable, toda la sala respondió con un clamor. Y con un único movimiento de indecible angustia, se incorporó, inclinada sobre el hombre... aguardándose a verlo bambolearse, como los otros.

Pero, después de haber tosido libremente para despejarse la garganta, Gaspard Lalouette declaró:

—¡No ha sido nada, caballeros, ya sigo!... Como iba diciendo... como iba diciendo... ¡Ah!, como iba diciendo, ese pobre Martin Latouche, que nos fue arrebatado tan prematuramente...

¡Ah, qué aspecto tan bueno y calmoso tenía, el bueno de Lalouette!, ¡y ahora seguro de sí mismo! ¡Oh, completamente seguro!... Hablaba de la muerte de los otros con la tranquilidad del hombre que no ha de morir jamás... ¡Lo aplaudieron hasta casi reventar los cristales! Era el delirio. ¡Sobre todo las mujeres, estaban como locas! Se arrancaban los guantes a fuerza de golpearse las manitas, rompían los abanicos, soltaban grititos agudos de entusiasmo, encanto y satisfacción —era algo extraordinario, para ser una recepción académica—, dos amigas devotas sujetaban a la Sra. Lalouette, y en su fresco rostro se podían contemplar auténticos ríos de lágrimas de felicidad que no se agotaban.

Así que Lalouette seguía hablando.

Había encontrado la clave del enigma y ya nada podía detenerlo en su discurso. Hacía efectos con la voz, los brazos y el torso. Y he aquí porqué había gritado «¡Ya lo tengo!». «¡Ya lo tengo!, porque el famoso día en que fui solo a La Varenne-Saint Hilaire y me escapé de donde Loustalot como si huyera de Charenton... ese día llegué a la estación justo a tiempo para saltar al tren de vuelta a París. En el compartimiento había una dama que se puso a gritar como un pavo. Era un compartimiento cerrado que no daba al pasillo, y vi que ella creyó que la iba a asesinar. Cuanto más trataba de calmarla, más gritaba. En la siguiente estación llamó al jefe del tren, quien me reprochó haberme subido al compartimiento de “sólo damas”, y me mostró una pancarta, anunciándome que iba a hacer un atestado y que me pondrían una buena multa».

¡Felizmente llevaba en el bolsillo mi cartilla militar, gracias a la cual pude demostrar que no sabía leer! Y ahí está... ese empleado debía de ser el mismo que encontró el paraguas de Patard y se lo devolvió a Loustalot. ¡Y ante las preguntas de Loustalot sobre mi descripción, seguramente el empleado contestó que el señor secretario perpetuo viajaba con el hombre que no sabía leer!

—Caballeros... Mons. d'Abbeville era, como yo, un hijo del pueblo.

En ese momento del discurso un mozo de sala nuevo —pues los antiguos no se hubieran atrevido a semejante trámite que recordaba fastidiosos precedentes—, atravesó el recinto de puntillas, con una carta en la mano.

Cuando el público vio esa carta, de nuevo se adueñó de todos una intensa emoción... Se creyó que la carta iba destinada también al candidato, y enseguida hubo gritos:

—¡No!... ¡No!... ¡Nada de cartas!... ¡No la abra!... ¡Que no la abra!

Y un grito desgarrador: era la Sra. Lalouette, que se encontraba mal. Lalouette había vuelto la cabeza hacia el mozo de sala, y al ver la carta lo había comprendido...

tal vez lo acechaba el perfume más trágico... Por último, había oído la desesperación de la Sra. Lalouette... Entonces se enderezó sobre la punta de los pies y se hizo más grande de lo que nunca había sido y, dominando realmente a esa extraviada congregación, al menos con toda su fuerza moral, señaló la carta fatal con un dedo que no temblaba:

—¡Ah, no! ¡Conmigo no...! —soltó— ¡no funcionará!... ¡Yo no sé leer!

Y hubo una explosión de loca alegría. ¡Ah, al menos este era ocurrente! Valiente y ocurrente: ¡que no sabía leer!

La frase resultaba adorable. Y el triunfo de Lalouette fue completo. Unos colegas vinieron a estrecharle las manos con salvaje energía, y la sesión concluyó con un maravilloso arrebató de entusiasmo...

El triunfo fue tanto más completo por cuanto que Gaspard Lalouette no murió y que el hombre que no sabía leer pudo finalmente sentarse en el sillón de Mons. d'Abbeville sin haber sido envenenado de ninguna manera.

La carta no iba dirigida a Lalouette. La Sra. Lalouette volvió en sí para encontrarse a un marido vivito y coleando y que le pareció el más apuesto de los hombres. Más adelante tuvieron un bebé de sexo masculino a quien llamaron Académus.

En cuanto al gran Loustalot, experimentó, algo después de los acontecimientos que nos han ocupado, un gran dolor. Perdió a su hijo. Dédé murió. Hippolyte Patard y Gaspard Lalouette fueron invitados al entierro, que tuvo lugar de noche, casi en secreto. En el cementerio, a Lalouette le resultó muy intrigante la presencia de un misterioso personaje que se deslizaba detrás de las tumbas, no lejos del gran Loustalot. Cuando el ilustre sabio cayó de rodillas, el desconocido se acercó y se inclinó hacia él como si quisiera escuchar, interrogar ese dolor. El rostro del hombre era invisible, de tan envuelto que iba tras el sombrero y el abrigo. Durante toda la ceremonia, Lalouette se preguntó «¿Quién diantre será ese?», pues desde luego le parecía que su aspecto no le era extraño. Finalmente el hombre se perdió en la noche.

El secretario perpetuo y Lalouette regresaron juntos. En el tren, donde Lalouette estuvo a punto de subirse de nuevo en el compartimiento de «sólo damas», creyendo estar subiendo al de «fumadores», los dos académicos fueron charlando.

—Ese pobre Loustalot parece estar muy apenado —decía Hippolyte Patard.

—Sí, sí, muy apenado —contestó, asintiendo con la cabeza, Lalouette.

Dos años más tarde, Gaspard Lalouette atravesaba el Pont des Arts del brazo de Hippolyte Patard, camino de la Academia. De pronto se paró.

—Mire —dijo—, ahí delante... el hombre del abrigo...

—¿Qué? —preguntó, sorprendido, el secretario perpetuo.

—¿No reconoce esa silueta?

—¡Demontre, pues no!

—Es que a usted no le impactó como a mí, señor secretario perpetuo... Ese hombre no se separaba ni un paso del gran Loustalot la noche de la ceremonia, en el cementerio... y yo estaba convencido de no equivocarme al afirmar que ya había visto esa silueta en alguna parte...

En ese momento, el hombre del abrigo se dio la vuelta:

—¡Eliphas de La Nox! —exclamó Lalouette.

Y en efecto, era el mago. Se acercó hacia los dos Inmortales y le estrechó la mano a Lalouette.

—¡Usted, aquí! —exclamó este—, ¿y no nos ha hecho una visitilla? ¡La Sra. Lalouette se hubiera alegrado mucho de saludarle! Háganos pues el placer de venir a cenar a casa, sin boato, una de estas noches.

Y volviéndose hacia Patard:

—Mi querido secretario perpetuo, le presento a Eliphas de Saint-Elme de Taillebourg de La Nox, cuya letra nos trajo de cabeza en una época. Y aparte de esto, ¿qué es de su vida, querido señor de La Nox?...

—Pues sigo vendiendo pieles de conejo, señor académico —respondió con una sonrisa aquel que había sido el «Hombre de Luz».

—¿Y no echa de menos la Academia? —preguntó con valor Lalouette.

—¡No, ya que está usted! —replicó suavemente Eliphas.

Lalouette se tomó esas palabras como un elogio y lo agradeció. El secretario perpetuo tosió. Y Lalouette dijo:

—¡A propósito!... Figúrese que al verle, antes de haberle reconocido, le estaba diciendo al secretario perpetuo: «Es gracioso, pero me parece haber visto esa silueta en el entierro del hijo del gran Loustalot»...

—Allí estuve —dijo Eliphas.

—¿Conocía al gran Loustalot? —preguntó Patard, que hasta entonces no había dicho nada.

—No personalmente —contestó Eliphas de La Nox en un tono de pronto tan serio que sus dos interlocutores se quedaron algo apurados—. No, no lo conocía personalmente, pero tuve ocasión de tratar con él a consecuencia de una investigación que creí deber hacer para mi satisfacción personal, en relación con ciertos hechos que ocuparon a la opinión pública en una época en que se moría mucho en la Academia, señor secretario perpetuo...

Al oír eso, el secretario perpetuo deseó que el Pont des Arts se partiera en dos para poner fin a esa conversación que le recordaba las horas más nefastas de toda su honrada y triste vida. Presto, balbució:

—Sí, yo también recuerdo haberle visto en el cementerio... El gran Loustalot estaba muy apenado por la muerte de su hijo...

Lalouette añadió enseguida:

—Su pena no ha menguado. No lo hemos vuelto a ver en la Academia desde ese luto cruel, nos ha dejado solos para trabajar en el Diccionario... ¡Oh, al pobre hombre le impactó mucho!

—Le impactó tanto... le impactó tanto —replicó de repente el Hombre de Luz, inclinando su noble y misterioso semblante hacia los dos académicos temblorosos—, ¡le impactó tanto, que desde la muerte de Dédé no ha inventado nada más!

En esas, habiendo pronunciado esa terrible frase, Eliphaz de Saint-Elme de Taillebourg de La Nox, dando la espalda al Instituto, desapareció por el final del Pont des Arts...

Entretanto, apoyados ahora el uno en el otro como para sostenerse mutuamente, Hippolyte Patard y Gaspard Lalouette dirigían heroicamente sus pasos tambaleantes hacia el umbral de la Inmortalidad.

Mientras estuvieron fuera no pronunciaron ni una sola palabra, pero en cuanto se hubieron encerrado en el gabinete del secretario perpetuo, Gaspard Lalouette recobró repentinamente sus fuerzas para declarar que su conciencia, definitivamente iluminada por las trágicas palabras de Eliphaz de La Nox, no le permitía mantener durante más tiempo un silencio censurable. En vano Patard, entre sollozos, trataba de hacerlo callar y defendía aún el beneficio de la duda que pretendía otorgarle al abominable Loustalot, por el honor de la Academia; Lalouette ya no quería oír nada.

—¡No, no! —gritó—, ¡Martin Latouche tenía razón! ¡Él vislumbró la verdad: no ha habido un crimen peor en el mundo!

—¡Sí! —replicó el secretario perpetuo, estallando a su vez—. ¡Sí! ¡Ha habido uno más grande!

—¿Y cuál, señor?

—¡El de permitir la entrada a la Academia a alguien que no sabe leer! ¡Y ese crimen, soy yo el que lo he cometido!

Y añadió, temblando de santa ira:

—¡Denúnciame si te atreves!

Era la primera vez, desde la edad de nueve años, cuando tuvo la desgracia de perder a su madre, que el Sr. Hippolyte Patard empleaba, en el discurso, el tuteo.

Esa amenazadora familiaridad, en lugar de sofocar la discusión, no hizo sino encresparla más, y los dos Inmortales se habían alzado el uno contra el otro como dos gallos de pelea, cuando un golpe dado en la puerta les devolvió el sentido de las conveniencias. Lalouette se dejó caer en un sillón, en el rincón de la chimenea, y Patard fue a abrir. Era el conserje, que traía un pliego bastante voluminoso que le habían encomendado y que debía entregar en mano al secretario perpetuo. El conserje se fue y Patard tomó conocimiento del mensaje. Primero leyó, en el sobre, estas palabras: «Al Sr. Secretario Perpetuo, para ser abierto en sesión privada de la Academia Francesa».

Patard reconoció la letra y se estremeció.

—¿Qué hay? —preguntó Lalouette.

Pero, extremadamente agitado, el secretario perpetuo no contestó.

Con el mensaje entre las manos, daba vueltas por la habitación como si ya no supiera lo que hacía. De pronto se decidió, hizo saltar los lacres y desplegó un cuadernillo bastante voluminoso en cuyo encabezamiento leyó: «Esto es mi confesión».

Lalouette lo observaba leer, sin comprender nada de la prodigiosa emoción que se iba adueñando de Patard a medida que iba volviendo las hojas del misterioso dossier. El rostro del honorable académico iba perdiendo poco a poco ese bonito color amarillo con el que acostumbraba a traducir las emociones funestas de ese corazón dedicado a la institución más gloriosa. Ahora Patard estaba más pálido que el mármol que, algún día, después de su muerte, había de conmemorar sus rasgos inmortales en el umbral de la sala del Diccionario.

Y el Sr. Lalouette vio que de pronto Patard arrojaba, con gesto deliberado, todo el dossier al fuego. Tras lo cual, el susodicho Patard, habiendo asistido, inmóvil, a su pequeño incendio, se dirigió hacia su cómplice y le tendió la mano.

—Sin rencores, señor Lalouette —le dijo—. No nos peleemos más. Era usted el que tenía razón. El gran Loustalot era sobre todo un gran miserable. Olvidémosle. Está muerto. ¡Ya ha pagado su deuda! Pero ¿y usted, mi querido Gaspard, cuándo pagará usted la suya? Y sin embargo no es muy difícil de aprender: la b con la a, ba, la b con la e, be, la b con la i, bi: ¡ba, be, bi, bo, bu!